

*Traducción de*  
NÉSTOR MÍGUEZ

# CONSIDERACIONES SOBRE EL MARXISMO OCCIDENTAL

*por*  
PERRY ANDERSON





---

siglo veintiuno editores, sa de cv  
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

---

siglo veintiuno de españa editores, sa  
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

---

siglo veintiuno argentina editores, sa

---

siglo veintiuno de colombia, ltda  
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

---

## INDICE

PROLOGO	1
1. LA TRADICION CLASICA	7
2. EL ADVENIMIENTO DEL MARXISMO OCCIDENTAL	35
3. CAMBIOS FORMALES	64
4. INNOVACIONES TEMATICAS	94
5. CONTRASTES Y CONCLUSIONES	118
EPILOGO	132
INDICE DE NOMBRES	149

portada de anheló hernández

primera edición en español, 1979  
©siglo xxi de españa editores, s.a.  
séptima edición en español, 1987  
c siglo xxi editores, s.a. de c.v.  
ISBN 968-23-1105-5

primera edición en inglés, 1976  
©new left books, ltd., londres  
título original: considerations on western marxism

derechos reservados conforme a la ley  
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

## PROLOGO

Son necesarias unas pocas palabras para explicar la ocasión y el carácter de este breve texto. Escrito a principios de 1974, pretendía ser una introducción a una colección de ensayos de varios autores sobre los teóricos recientes del marxismo europeo. Por circunstancias fortuitas, la editorial educativa que había encargado esta antología dejó de existir un mes más tarde. La anulación del proyecto privó al texto de su propósito original. Estas circunstancias explican algunas de las anomalías del trabajo que aquí presentamos, aunque no las excusan necesariamente. En efecto, el ensayo aquí publicado trata de las coordenadas generales del «marxismo occidental» como tradición intelectual común; no contiene un análisis específico o una evaluación comparativa de ninguno de los sistemas teóricos particulares a que hace referencia. Esta iba a ser la tarea de los estudios cuyo preámbulo iba a constituir. Estos debían ser una serie de exposiciones críticas de cada una de las escuelas o teóricos principales de esta tradición, desde Lukács hasta Gramsci, desde Sartre hasta Althusser, desde Marcuse hasta Della Volpe. El presente texto, centrado en las estructuras formales del marxismo que se desarrolló en Occidente después de la revolución de Octubre, se abstiene de formular juicios sustantivos sobre los méritos o cualidades relativos de sus principales representantes. En realidad, por supuesto, éstos no han sido todos equivalentes o idénticos. Un balance histórico de la unidad del marxismo occidental no excluye la necesidad de estimaciones discriminatorias sobre la diversidad de los logros alcanzados dentro de él. El debate sobre ellos, imposible de efectuar aquí, es esencial y fructífero para la izquierda.

Si, más allá del momento particular de su redacción, este texto fue inspirado por preocupaciones más perdurables, lo cual permite su publicación actual, ello se debió a que reflejó ciertos problemas hallados en el curso de la labor realizada en una publicación socialista, la *New Left Review*, a lo largo de años. En un ensayo escrito a fines del decenio de 1960-1970 para esta revista, había tratado de delimitar y analizar una particular configuración de la cultura nacional surgida en Inglaterra desde la primera guerra mundial<sup>1</sup>. Uno de sus temas principales era que la cultura inglesa había carecido esencialmente de toda tradición de «marxismo occidental» en esta época, ausencia registrada en una perspectiva inequívocamente negativa. Mucha de la labor de la *New Left Review* en este período estuvo dedicada al intento consciente de remediar de algún modo esta deficiencia, publicando y discutiendo, a menudo por primera vez en Gran Bretaña, la obra de los más destacados teóricos de Alemania, Francia e Italia. Este programa, seguido metódicamente, estaba llegando a su fin a principios de la década de 1970-1980. Lógicamente, se necesitaba un balance final del legado que la revista había tratado de dejar en una forma organizada. En esta perspectiva se desarrollaron por primera vez los temas aquí considerados. Así, este ensayo sobre una tradición «continental» europea es en parte una continuación de la exposición anterior sobre el caso «insular» de Inglaterra. Fue el producto de una conciencia cada vez mayor de que la herencia de la cual había carecido Gran Bretaña, en detrimento suyo, faltaba también en algunas de las características clásicas del materialismo histórico. Una consecuencia tácita de esto fue una mayor equidad de juicio al evaluar las variaciones nacionales y el destino internacional del marxismo en esta época.

Retomando uno de los puntos centrales de interés de la revista, el texto fue discutido y criticado por colegas de la *New Left Review* desde una gran variedad de puntos de

<sup>1</sup> «Components of the national culture», *New Left Review*, 50 julio-agosto de 1968 (*La cultura represiva: elementos de la cultura nacional británica*, Barcelona, Anagrama, 1977). Algunas partes de este escrito hoy serían sometidas a modificaciones.

vista, poco después de que se abandonara la «antología» para la cual había sido escrito. Al revisar el texto para su publicación, he tratado de tomar en cuenta esas reflexiones y críticas. También lo he modificado allí donde era posible mejorar la argumentación y dar referencias de desarrollos posteriores<sup>2</sup>. El documento subsistente ha sido modificado en la medida en que lo permite su forma intrínseca. Sin embargo, desde su redacción inicial, me parece que algunos de los puntos subrayados plantean problemas que no admiten una solución fácil dentro del texto. Estas dudas no son superables mediante ninguna reelaboración del presente ensayo. Por lo tanto, son remitidas a un epílogo que expone otras cuestiones a las que no se ha dado respuesta, para servir a una investigación sobre el futuro del materialismo histórico.

<sup>2</sup> Las notas entre corchetes son las que se refieren a textos o sucesos posteriores a este ensayo.



Una acertada teoría revolucionaria sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

LENIN

Pido al vulgo, y a aquellos que tienen pasiones similares a las del vulgo, que no lean mi libro, antes preferiría que lo ignorasen completamente a que lo interpretaran según su costumbre.

SPINOZA

## 1. LA TRADICION CLASICA

Aún está por escribirse la historia del marxismo desde su nacimiento hace poco más de un siglo. Su desarrollo, aunque relativamente breve, ha sido complejo y movido. Las causas y las formas de sus sucesivas metamorfosis y transferencias se hallan todavía sin explorar en gran medida. El tema limitado de las consideraciones que aquí expondremos será el «marxismo occidental», expresión que en sí misma no indica ningún espacio o tiempo preciso. El objetivo de este breve ensayo, pues, será situar históricamente cierto cuerpo de obra teórica y señalar las coordenadas estructurales que definen su unidad; en otras palabras, que la constituyen, pese a las divergencias y oposiciones internas, como una tradición intelectual común. Esto requiere ciertas referencias iniciales a la anterior evolución del marxismo, antes de la aparición de los teóricos aludidos, pues sólo de este modo podremos discernir la novedad específica del modelo que ellos representan. Desde luego, una exposición adecuada de toda la historia anterior del materialismo histórico exigiría un tratamiento mucho más extenso del que podemos ofrecer aquí. No obstante, un esbozo retrospectivo, incluso resumido, nos ayudará a ver con más claridad los cambios posteriores.

Los fundadores del materialismo histórico, Marx y Engels, nacieron en la primera década posterior a las guerras napoleónicas. Marx (1818-83) era hijo de un abogado de Tréveris; Engels (1820-95), de un fabricante de Barmen; ambos eran renanos de origen, provenientes de prósperas familias burguesas, de las regiones más avanzadas y occidentales de Alemania. No necesitamos detenernos aquí en su vida y su obra, recordadas por todos. Es bien sabido

desigual y mediata: raramente hubo una coincidencia directa entre ambas. La complejidad de la articulación objetiva entre «clase» y «ciencia» en este período (aún prácticamente sin estudiar) se reflejó, a su vez, en la naturaleza y el destino de los mismos escritos de Marx. En efecto, los límites del movimiento obrero de la época pusieron ciertas limitaciones a la obra de Marx y Engels. Esto puede verse en dos planos: en la recepción de sus textos y en su alcance. La influencia teórica de Marx, en sentido estricto, fue relativamente limitada durante su vida. La mayor parte de sus escritos, al menos las tres cuartas partes de ellos, estaban inéditos cuando murió, y lo que había publicado estaba disperso al azar en una serie de países y lenguas, sin poder disponerse del conjunto de esos escritos en ninguno de ellos<sup>2</sup>. Iba a transcurrir otro medio siglo antes de que el público pudiera conocer todas sus obras principales, y la historia de su publicación póstuma iba a formar una trama central en las vicisitudes posteriores del marxismo. El registro de las publicaciones de Marx durante su vida es un indicador de las barreras a la difusión de su pensamiento entre la clase a la que estaba dirigido. Pero, recíprocamente, la inexperiencia del proletariado de la época —aún a mitad de camino entre el taller artesanal y la fábrica, carente en gran medida incluso de organización sindical y sin esperanzas de conquistar el poder en ninguna parte de Europa— circunscribió los límites externos del mismo pensamiento de Marx. Fundamentalmente, Marx dejó una teoría *económica* coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El capital*, pero no dejó una teoría *política* semejante de las estructuras del Estado burgués o de la estrategia y la táctica de la lucha socialista revolucionaria por un partido obrero para derrocarlo. A lo sumo dejó unas pocas previsiones crípticas en

<sup>2</sup> Entre las obras inéditas en vida de Marx se contaban: *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1843); *Manuscritos económico-filosóficos* (1844); *Tesis sobre Feuerbach* (1845); *La ideología alemana* (1846); los *Grundrisse* (1857-58); *Teorías sobre la plusvalía* (1862-63); libros II y III de *El capital*; *Crítica del programa de Gotha* (1875), y *Notas sobre Wagner* (1880).

el decenio de 1840-1850 y algunos principios lacónicos en el de 1870-1880 («la dictadura del proletariado»), además de sus famosos análisis coyunturales del Segundo Imperio. A este respecto, la obra de Marx no pudo ir más de prisa en la invención de los instrumentos y las modalidades de su autoemancipación que el ritmo histórico real de las masas. Al mismo tiempo, y ésta era una laguna más obvia para sus contemporáneos, Marx nunca elaboró una exposición general extensa del materialismo histórico. Esta fue la tarea que asumió Engels a fines de la década de 1870-1880 y durante la de 1880-1890, con el *Anti-Dühring* y las obras que le siguieron, en respuesta al surgimiento de nuevas organizaciones obreras en el Continente. Porque la paradoja final de la relación histórica entre la obra teórica de Marx y Engels y las luchas prácticas del proletariado reside en la forma característica de su internacionalismo. Ninguno de ellos echó raíces en un partido político nacional después de 1848. Establecidos en Inglaterra, donde permanecieron en gran medida al margen del escenario cultural y político local, ambos decidieron conscientemente no volver a Alemania en el decenio de 1860-1870, cuando hubieran podido hacerlo. Aunque se abstuvieron de toda intervención directa en la construcción de organizaciones nacionales de la clase obrera en los principales países industriales, aconsejaron y guiaron a militantes y dirigentes de toda Europa y Norteamérica. Su correspondencia iba sin esfuerzo de Moscú a Chicago y de Nápoles a Oslo. La misma debilidad e inmadurez del movimiento obrero de la época les permitió realizar, a cierto precio, un internacionalismo más puro que el que iba a ser posible en la fase siguiente de su desarrollo.

El grupo de teóricos que sucedieron a Marx y Engels en la generación siguiente era aún pequeño. Estaba formado por hombres que, en su mayoría, llegaron al materialismo histórico en un momento relativamente tardío de su desarrollo personal. Las cuatro figuras principales de este período fueron Labriola (nacido en 1843), Mehring (nacido en 1846), Kautsky (nacido en 1854) y Plejánov (nacido en

1856)<sup>3</sup>. Todos ellos provenían de las regiones orientales o meridionales más atrasadas de Europa. Mehring era hijo de un *junker* de Pomerania; Plejánov, de un terrateniente de Tambov; Labriola, de un terrateniente de Campania, y Kautsky, de un pintor de Bohemia. Después de una década de actividad clandestina como *narodnik*, Plejánov se convirtió al marxismo en el exilio, en Suiza, en el decenio de 1880-1890; Labriola era en Roma un conocido filósofo hegeliano que se pasó al marxismo en 1890; Mehring había tenido una carrera más larga como demócrata liberal y publicista en Prusia, antes de incorporarse al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en 1891; sólo Kautsky no tenía un pasado premarxista, pues había ingresado en el movimiento obrero como periodista socialista a sus veintipocos años. Ninguno de estos intelectuales iba a desempeñar un papel central en la dirección de los partidos nacionales de sus países, pero estuvieron todos íntimamente vinculados a su vida política e ideológica y ocuparon cargos oficiales en ellos, con excepción de Labriola, quien fue ajeno a la fundación del Partido Socialista Italiano<sup>4</sup>. Plejánov, después de contribuir a fundar el Grupo para la Emancipación del Trabajo, fue miembro del equipo editorial de *Iskra* y del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia elegido en el II Congreso. Kautsky fue director de *Die Neue Zeit*, que se convirtió en el principal órgano teórico del SPD, y redactó el programa oficial del partido en el Congreso de Erfurt. Mehring fue un destacado colaborador de *Die Neue Zeit*, y Labriola, de su equivalente francés, *Le Devenir Social*. Los cuatro hombres mantuvieron una correspondencia personal con Engels, quien tuvo una influencia formativa sobre ellos. De hecho, puede verse la dirección principal de su labor como una continuación del pe-

<sup>3</sup> Bernstein (1850-1932), intelectualmente una figura secundaria, perteneció a la misma generación. Morris (1834-96), de más edad que todos los de este grupo, tuvo mucha mayor importancia, pero, injustamente, no tuvo mucha influencia en su propio país y era desconocido fuera de él.

<sup>4</sup> Labriola había urgido a Turati la creación de un partido socialista en Italia, según el modelo alemán, pero a último momento decidió no participar en el congreso de fundación del PSI, celebrado en Génova en 1892, a causa de sus reservas con respecto a su claridad ideológica.

ríodo final de Engels. En otras palabras, se ocuparon, de diferentes maneras, de *sistematizar* el materialismo histórico como teoría general del hombre y la naturaleza, capaz de reemplazar a disciplinas burguesas rivales y brindar al movimiento obrero una visión amplia y coherente del mundo que pudiera ser captada fácilmente por sus militantes. Esta tarea les llevó, como había sucedido con Engels, a una doble actividad: elaborar los principios filosóficos generales del marxismo como concepción de la historia y extender éste a dominios que no habían sido abordados directamente por Marx. La semejanza de los títulos de algunos de sus escritos principales indica sus preocupaciones comunes: *Sobre el materialismo histórico* (Mehring), *Ensayos sobre la concepción materialista de la historia* (Labriola), *El desarrollo de la concepción monista de la historia* (Plejánov), *La concepción materialista de la historia* (Kautsky)<sup>5</sup>. Al mismo tiempo, Mehring y Plejánov escribieron ensayos sobre literatura y arte (*La leyenda de Lessing* y *El arte y la vida social*), mientras Kautsky realizó un estudio de la religión (*Los orígenes del cristianismo*), temas todos que Engels había sondeado brevemente en sus últimos años<sup>6</sup>. El sentido general de estas obras fue el de completar, más que desarrollar, la herencia de Marx. El comienzo de la publicación erudita de los manuscritos de Marx y del estudio biográfico de su vida, con la intención de recuperarlos y publicarlos en su totalidad por primera vez para el movimiento socialista, también es de esta generación. Engels había publicado los libros segundo y tercero de *El capital*; Kautsky luego editó las *Teorías sobre la plusvalía*; Mehring posteriormente colaboró en la publicación de la *Correspondencia Marx-Engels*, y al final de su vida escribió la primera biografía importante de Marx<sup>7</sup>. La sistema-

<sup>5</sup> El ensayo de Mehring fue publicado en 1893; el de Plejánov, en 1895, y el de Labriola en 1896. El tratado de Kautsky, mucho más vasto, fue publicado muy posteriormente, en 1927.

<sup>6</sup> Estos textos fueron escritos, respectivamente, en 1893 (Mehring), 1908 (Kautsky) y 1912-13 (Plejánov).

<sup>7</sup> El libro II de *El capital* apareció en 1885, y el libro III en 1896; *Teorías sobre la plusvalía*, en 1905-10; la *Correspondencia*, en 1913; *Karl Marx*, de Mehring, en 1918.

tización y recapitulación de una herencia aún muy reciente y cercana a ellos fueron las metas predominantes de estos sucesores.

Pero mientras tanto estaba cambiando todo el clima internacional del capitalismo mundial. En los últimos años del siglo XIX se produjo un pronunciado auge económico en los principales países industriales a medida que el proceso de monopolización se afirmaba en el interior y la expansión imperialista se aceleraba en el exterior, dando comienzo a una tensa época de impetuosas innovaciones tecnológicas, tasas de beneficios en ascenso, creciente acumulación de capital y una rivalidad militar cada vez mayor entre las grandes potencias. Estas condiciones objetivas eran muy diferentes de la fase relativamente tranquila de desarrollo capitalista durante el largo receso que hubo de 1874 a 1894, después de la derrota de la Comuna y antes del primer estallido de conflictos interimperialistas en la guerra anglo-bóer y la hispano-norteamericana (pronto seguidas por la guerra ruso-japonesa). Los herederos inmediatos de Marx y Engels se habían formado en un período de relativa calma. La generación siguiente de marxistas llegó a la madurez en un ambiente mucho más turbulento, cuando el capitalismo europeo comenzó la carrera hacia la tempestad de la primera guerra mundial. Los teóricos de esta generación eran mucho más numerosos que sus predecesores, y confirmaban aún más dramáticamente un cambio que ya había comenzado a percibirse en el período anterior: el desplazamiento de todo el eje geográfico de la cultura marxista hacia la Europa oriental y central. Las figuras dominantes de la nueva generación provenían, sin excepción, de regiones situadas al este de Berlín. Lenin era hijo de un funcionario de Astrakán; Luxemburgo, hija de un comerciante en madera de Galitzia; Trotski, hijo de un granjero de Ucrania; Hilferding, de un agente de seguros, y Bauer, de un fabricante de tejidos de Austria. Todos ellos escribieron obras de importancia antes de la primera guerra mundial. Bujarin, hijo de un maestro de Moscú, y Preobrazhenski, cuyo padre era un sacerdote de Orel, se distinguieron luego, pero pueden ser considerados como

productos posteriores de la misma formación. La datación y distribución geográfica del desarrollo de la teoría marxista hasta este punto, pues, puede ser tabulada de la siguiente manera:

Marx ... ..	1818-1883	Tréveris (Renania)
Engels ... ..	1820-1895	Barmen (Westfalia)
Labriola ... ..	1843-1904	Cassino (Campania)
Mehring ... ..	1846-1919	Schlawa (Pomerania)
Kautsky ... ..	1854-1938	Praga (Bohemia)
Plejánov ... ..	1856-1918	Tambov (Rusia central)
Lenin ... ..	1870-1923	Simbirsk (Volga)
Luxemburgo ... ..	1871-1919	Zamosc (Galitzia)
Hilferding ... ..	1877-1941	Viena
Trotski ... ..	1879-1940	Jersón (Ucrania)
Bauer ... ..	1881-1938	Viena
Preobrazhenski ... ..	1886-1937	Orel (Rusia central)
Bujarin ... ..	1888-1938	Moscú

Prácticamente todos los miembros de la generación más joven de teóricos iban a desempeñar un papel destacado en la dirección de sus respectivos partidos nacionales, papel mucho más importante y activo que el de sus predecesores. Lenin, por supuesto, fue el creador del Partido Bolchevique en Rusia. Luxemburgo fue el intelecto rector del Partido Socialdemócrata de Polonia y luego la fundadora de mayor autoridad del Partido Comunista de Alemania. Trotski fue una figura importante en las disputas de facciones en el seno de la socialdemocracia rusa, y Bujarin, un lugarteniente en ascenso de Lenin, antes de la primera guerra mundial. Bauer encabezó el secretariado del grupo parlamentario del Partido Socialdemócrata Austríaco, mientras Hilferding llegó a ser un prominente diputado del Reichstag por el Partido Socialdemócrata Alemán. Una característica común a todos los miembros de este grupo era la extraordinaria precocidad de su desarrollo: cada una

de las figuras que acabamos de mencionar había escrito una obra teórica fundamental antes de los treinta años.

¿Cuáles eran las nuevas orientaciones que representaban sus escritos? Determinadas por la aceleración de todo el ritmo histórico desde principios de siglo, sus preocupaciones apuntaban esencialmente hacia dos direcciones nuevas. En primer término, las evidentes transformaciones del modo de producción capitalista que habían sido engendradas por el monopolio y el imperialismo exigían un análisis y una explicación económica constantes. Además, por primera vez la obra de Marx era objeto de crítica profesional por parte de economistas académicos<sup>8</sup>. *El capital* ya no podía ser defendido sencillamente: debía ser desarrollado. El primer intento en esta dirección fue emprendido realmente por Kautsky, en su obra *La cuestión agraria*, de 1899, una vasta exploración categorial de los cambios en la agricultura europea y norteamericana, que mostraba a Kautsky como el miembro de la vieja generación más sensible a las necesidades de la situación contemporánea y afirmaba su autoridad entre los marxistas más jóvenes<sup>9</sup>. Luego, el mismo año, Lenin publicó *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, sólido estudio de una economía rural cuya inspiración formal era muy cercana a la de *La cuestión agraria*, pero cuyo objetivo específico era más audaz y más novedoso. Esta obra, en efecto, fue la primera aplicación seria de la teoría general del modo de producción capitalista, expuesta en *El capital*, a una formación social concreta que combinaba varios modos de producción en una totalidad histórica articulada. Así, la investigación de Lenin sobre el campo zarista representó un avance de-

<sup>8</sup> La primera crítica neoclásica seria de Marx fue la de Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marxschen System* (1896). Böhm-Bawerk fue tres veces ministro de Finanzas en el Imperio austríaco y ocupó la cátedra de Economía Política de la Universidad de Viena desde 1904 hasta 1914.

<sup>9</sup> El debate sobre los problemas agrarios dentro del Partido Socialdemócrata Alemán fue en gran medida originalmente desencadenado por el estudio de Max Weber sobre la situación de los trabajadores agrícolas en Alemania Oriental, publicado por el periódico alemán *Verein für Sozialpolitik* en 1892. Véase la excelente introducción de Giuliano Procacci a la reciente reedición italiana de la obra de Kautsky *La questione agraria*, Milán, 1971, pp. l-iii, lviii.

cisivo para el materialismo histórico en su conjunto. Tenía veintinueve años cuando lo terminó. Seis años más tarde, Hilferding —que se había dado a conocer en 1904 con una eficaz respuesta a la crítica marginalista de Marx realizada por Böhm-Bawerk— terminó su fundamental estudio del *Capitalismo financiero*, a los veintiocho años. Publicada en 1910, la obra de Hilferding fue más allá de una aplicación «sectorial» o «nacional» de *El capital*, como la realizada por Kautsky y Lenin, para presentar una «actualización» en gran escala de él, tomando en cuenta los cambios globales del modo capitalista de producción en la nueva época de los trusts, las barreras aduaneras y las guerras comerciales. Centrando su análisis en el creciente poder de los bancos, el impulso acelerado a la formación de monopolios y el uso cada vez mayor de la maquinaria estatal para la expansión agresiva del capital, Hilferding ponía de relieve la ascendente tensión internacional y la anarquía que acompañaba a la organización y la centralización cada vez más rígidas de cada capitalismo nacional. Entre tanto, en 1907 (después de la terminación de *El capital financiero*, pero antes de su publicación), Bauer había publicado un volumen igualmente grande sobre *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, cuando tenía veintiséis años de edad. En esta obra abordaba un problema político y teórico fundamental que apenas había sido considerado por Marx y Engels, y que por entonces adquiría cada vez mayor importancia para el movimiento socialista. En este campo, prácticamente nuevo, Bauer elaboró una ambiciosa síntesis para explicar el origen y la composición de las naciones, que terminaba con un análisis de la oleada contemporánea de anexionismo imperialista fuera de Europa. El imperialismo en sí fue objeto de un importante examen teórico en la obra de Luxemburgo, *La acumulación del capital*, publicada en 1913, en vísperas de la primera guerra mundial. La insistencia de Luxemburgo en el papel indispensable de las regiones no capitalistas del capitalismo para la realización de la plusvalía, y por ende en la necesidad estructural de la expansión militar e imperialista por las potencias metropolitanas en los Balcanes, Asia y Africa,

distinguía su obra — pese a sus errores analíticos— como el esfuerzo más radical y original encaminado a reelaborar y desarrollar el sistema de categorías de *El capital* a escala mundial, a la luz de la nueva época. Fue inmediatamente criticada en *Die Neue Zeit* por Bauer, quien desde 1904 había estado trabajando en el problema de los esquemas de Marx para la reproducción ampliada del capital. Por último, ya comenzada la guerra, Bujarin presentó su explicación del proceso del capitalismo internacional en *La economía mundial y el imperialismo*, escrito en 1915<sup>10</sup>, y al año siguiente Lenin publicó su famoso breve estudio *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Ambos proporcionaban un resumen descriptivo de las conclusiones económicas comunes del debate anterior, y por primera vez las insertaban en un análisis político coherente del belicismo imperialista y la explotación colonial, derivado de la ley general del desarrollo desigual del modo de producción capitalista.

Así, en la primera década y media del siglo se produjo un gran florecimiento del pensamiento económico marxista en Alemania, Austria y Rusia. Todo teórico importante de la época daba por sentada la vital importancia de descifrar las leyes fundamentales del movimiento del capitalismo en su nueva etapa de desarrollo histórico. Pero al mismo tiempo hubo un meteórico surgimiento, por primera vez, de una teoría política marxista. Mientras que los estudios económicos del período podían basarse directamente en los imponentes cimientos de *El capital*, ni Marx ni Engels habían legado un cuerpo similar de conceptos para la estrategia y la táctica políticas de la revolución proletaria.

Como hemos visto, su situación objetiva excluía esto. El rápido crecimiento de los partidos obreros en Europa central y el tempestuoso ascenso de las rebeliones populares contra los antiguos regímenes de Europa oriental crearon las

<sup>10</sup> Más tarde, en 1924, Bujarin también publicó una extensa crítica de la teoría de Luxemburgo; este escrito ha sido recientemente traducido al inglés, en K. Tarbuck, comp., *Imperialism and the accumulation of capital*, Londres, 1971 (*El imperialismo y la acumulación de capital*, Córdoba, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975).

condiciones para un nuevo tipo de teoría, basada directamente en las luchas de masas del proletariado y naturalmente integrada en las organizaciones de los partidos. La revolución rusa de 1905, atentamente observada en Alemania y Austria, dio origen al primer análisis político *estratégico* de tipo científico en la historia del marxismo: los *Resultados y perspectivas*, de Trotski. Fundada en una notable comprensión de la estructura del sistema estatal del imperialismo mundial, esta breve obra exponía con brillante precisión el carácter y el curso futuros de la revolución socialista en Rusia. Escrita por Trotski a los veintisiete años de edad, no fue seguida por ninguna otra contribución suya de importancia antes de la primera guerra mundial, por su aislamiento del partido bolchevique después de 1907. La construcción *sistemática* de una teoría política marxista de la lucha de clases, en el aspecto organizativo y táctico, fue obra de Lenin. La escala de esta realización en este plano transformó toda la arquitectura del materialismo histórico de modo permanente. Antes de Lenin, el dominio político propiamente dicho estaba prácticamente inexplorado dentro de la teoría marxista. En el lapso de veinte años, Lenin creó los conceptos y los métodos necesarios para llevar a cabo una lucha proletaria victoriosa por la conquista del poder en Rusia, dirigida por un partido de los trabajadores hábil y abnegado. Los modos específicos de combinar la propaganda y la agitación, dirigir huelgas y manifestaciones, forjar alianzas de clases, cimentar la organización del partido, abordar la autodeterminación nacional, interpretar las coyunturas internas e internacionales, caracterizar tipos de desviación, utilizar la labor parlamentaria y preparar ataques insurreccionales, todas estas innovaciones, contempladas a menudo como medidas meramente «prácticas», representaban también en realidad decisivos avances *intelectuales* en ámbitos hasta entonces desconocidos. ¿Qué hacer?, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, *Dos tácticas de la socialdemocracia*, *Las lecciones del levantamiento de Moscú*, *El programa agrario de la socialdemocracia rusa*, *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, todas estas obras, y un centenar de otros artículos o en-

sayos «ocasionales» anteriores a la primera guerra mundial, fueron el comienzo de una ciencia marxista de la política, en adelante capaz de abordar una amplia gama de problemas que antes habían estado fuera de toda jurisdicción teórica rigurosa. La fuerza de la obra de Lenin en esos años, desde luego, le fue dada por las inmensas energías revolucionarias de las masas rusas en el ocaso del zarismo. Sólo su práctica elemental espontánea, que empujaba cada vez más vigorosamente hacia el derrocamiento del absolutismo ruso, hizo posible el gran enriquecimiento de la teoría marxista realizado por Lenin.

Necesariamente, también, estas condiciones materiales reales de un descubrimiento intelectual fueron, una vez más, las que determinaron sus límites objetivos. No disponemos aquí de espacio para examinar las limitaciones y omisiones de la obra de Lenin: sólo podemos decir que éstas se relacionaban todas, en lo fundamental, con el particular atraso de la formación social rusa y el Estado que la gobernaba, que diferenciaba al imperio zarista del resto de la Europa de preguerra. Lenin, mucho más profundamente vinculado a un movimiento obrero nacional de lo que nunca había estado Marx, no se preocupó directamente por el contexto de lucha necesariamente distinto de otros países del continente, que iba a hacer que el camino hacia la revolución fuera cualitativamente más difícil que en Rusia. Así, en Alemania, país industrialmente mucho más avanzado, el sufragio universal masculino y las libertades cívicas habían creado una estructura estatal muy distinta de la autocracia de los Romanov, y por ende un campo de batalla político que nunca se asemejó al de Rusia. En él, el temperamento de la clase obrera organizada era notablemente menos revolucionario, a la par que su cultura era considerablemente superior, al igual que el marco institucional de toda la sociedad. Luxemburgo, el único pensador marxista de la Alemania imperial que produjo un cuerpo original de teoría política, reflejó significativamente esta contradicción en su propia obra, aunque también se hallaba parcialmente influida por su experiencia en el movimiento clandestino

polaco de la época, de carácter mucho más insurreccional. Los escritos políticos de Luxemburgo nunca alcanzaron la profundidad o la coherencia de los de Lenin o la perspicacia de los de Trotski. El suelo del movimiento alemán no permitía un desarrollo similar. Pero las apasionadas intervenciones de Luxemburgo dentro del SPD contra su creciente deslizamiento hacia el reformismo (cuyo alcance Lenin, en el exilio, curiosamente no llegó a percibir) contenían elementos de una crítica de la democracia capitalista, una defensa de la espontaneidad proletaria y una concepción de la libertad socialista que se adelantaron a la conciencia de Lenin de esos problemas, en el ambiente más complejo en que ella se movía. La obra *Reforma o revolución*, mordaz polémica con la que respondió al evolucionismo de Bernstein a los veintiocho años de edad, la imprimió su rumbo distintivo: le siguieron sucesivas teorizaciones sobre la huelga general como arma agresiva arquetípica de la emancipación de la clase obrera, para llegar a su conclusión en un decisivo debate con Kaustky en 1909-10, en el cual trazó finalmente las líneas divisorias básicas de la futura política de la clase obrera.

La primera guerra mundial iba a dividir las filas de la teoría marxista en Europa tan radicalmente como dividió al movimiento mismo de la clase obrera. Todo el desarrollo del marxismo en las últimas décadas anteriores a la guerra había logrado una unidad de teoría y práctica mucho mayor que en el período precedente, a causa del ascendiente de los partidos socialistas organizados de la época. Sin embargo, la integración de los principales teóricos marxistas en la práctica de sus partidos nacionales no les infundió un espíritu particularista ni los segregó unos de otros. Por el contrario, el debate y la polémica internacionales eran consustanciales a ellos: si ninguno de ellos alcanzó el universalismo olímpico de Marx y Engels, ello fue una consecuencia necesaria de su arraigo más concreto en la situación y la vida particulares de sus países, mediatizado, en el caso de los rusos y los polacos, por largos períodos de exilio que recuerdan los de los fundadores del materialis-



mo histórico<sup>11</sup>. Dentro de las nuevas condiciones de la época, sin embargo, crearon un medio relativamente homogéneo de discusión y comunicación en el cual los autores destacados de las principales secciones de la II Internacional de los países de Europa oriental y central, donde se concentró el marxismo como teoría viva, conocieron mutuamente su obra en forma directa o indirecta, y la crítica no respetó ninguna frontera. Así, cuando estalló la guerra, en 1914, la escisión con motivo de ella se produjo no entre los diversos contingentes nacionales de teóricos marxistas que habían dominado el escenario de preguerra, sino a través de ellos. De la vieja generación, Kaustky y Plejánov optaron clamorosamente por el chovinismo social y el apoyo a sus respectivas patrias imperialistas (en conflicto). Mehring, en cambio, se negó firmemente a todo compromiso con la capitulación del SPD. Entre la generación más joven, Lenin, Trotski, Luxemburgo y Bujarin se lanzaron a la resistencia total contra la guerra y a la denuncia de la traición de las organizaciones socialdemócratas contendientes, que se habían alineado detrás de sus opresores de clase en el holocausto capitalista previsto desde hacía largo tiempo. Hilferding, quien inicialmente se había opuesto a la guerra en el Reichstag, pronto se dejó reclutar en el ejército austríaco; Bauer de inmediato se incorporó al servicio para luchar contra Rusia en el frente oriental, donde fue rápidamente capturado. La unidad y realidad de la II Internacional, tan acariciada por Engels, quedó destruida en una semana.

Las consecuencias que tuvo para Europa agosto de 1914 son bien conocidas. En Rusia, un levantamiento espontáneo de las masas hambrientas y cansadas de la guerra, en Petrogrado, dio al traste con el zarismo en febrero de 1917. A los ocho meses, el partido bolchevique, dirigido por Lenin, estaba dispuesto para tomar el poder. En octubre,

<sup>11</sup> Dan una idea de lo que fue la emigración rusa los países en los que Lenin, Trotski y Bujarin vivieron o por los que viajaron antes de 1917: Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, Suiza y Austria (Lenin y Trotski); Italia y Polonia (Lenin); Rumania, Serbia, Bulgaria y España (Trotski); Estados Unidos (Trotski y Bujarin); Dinamarca, Noruega y Suecia (Bujarin).

Trotski tomó en Petrogrado medidas para llevar a cabo la revolución socialista que había previsto doce años antes. La rápida victoria de 1917 pronto fue seguida por el bloqueo imperialista, la intervención extranjera y la guerra civil de 1918-22. El curso épico de la revolución rusa en esos años halló su guía teórica en los escritos de Lenin, en quien el pensamiento y la acción políticos se fundieron en una firme unidad sin precedentes ni secuelas. Desde las *Tesis de abril*, pasando por *El Estado y la revolución* y *El marxismo y la insurrección*, hasta *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo* y *El impuesto en especie*, las obras de Lenin de esos años crearon nuevas normas dentro del materialismo histórico; el «análisis concreto de una situación concreta», que él llamaba el «alma viviente del marxismo», adquirió en ellos tal fuerza dinámica que poco tiempo después empezó a usarse el término «leninismo». Por supuesto, en este período heroico de la revolución proletaria en Rusia, el rápido desarrollo de la teoría marxista no se limitó en modo alguno a la obra de Lenin. Trotski escribió textos fundamentales sobre el arte de la guerra (*Escritos militares: cómo se armó la revolución*) y el destino de la literatura (*Literatura y revolución*). Bujarin trató de compendiar el materialismo histórico como sociología sistemática en un tratado que fue muy discutido (*Teoría del materialismo histórico*)<sup>12</sup>. Poco después, Preobrazhenski, con quien aquél había colaborado en el popular manual bolchevique *El ABC del comunismo*, comenzó a publicar el más original y radical estudio económico de las tareas que tenía ante sí el Estado soviético en la transición hacia el socialismo, campo hasta entonces no explorado, naturalmente, por la teoría marxista. Las primeras partes de *La nueva economía* aparecieron en 1924. Al mismo tiempo, el centro de gravedad internacional de la erudición histórica dedicada al descubrimiento y edición de escritos inéditos de Marx se desplazó a Rusia. Riazanov, quien ya antes de la primera guerra mundial había adquirido reputación como

<sup>12</sup> El manual de sociología de Bujarin fue publicado en 1921; el estudio de Trotski sobre la literatura, en 1924.

investigador de archivo sobre Marx, se hizo cargo de la primera edición completa y científica de las obras de Marx y Engels, la mayoría de cuyos manuscritos fueron trasladados a Moscú y depositados en el Instituto Marx-Engels, del cual había sido nombrado director<sup>13</sup>. Todos estos hombres, desde luego, ocuparon puestos destacados en la lucha práctica por el triunfo de la revolución en Rusia y en la construcción del naciente Estado soviético. Durante la guerra civil, Lenin fue presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo; Trotski, comisario de la Guerra; Bujarin, director del periódico del partido; Preobrazhenski, miembro destacado del secretariado del partido, y Riazanov, organizador de los sindicatos. La pléyade de esta generación, que estaba en la flor de su vida cuando la guerra civil llegaba al triunfo final, parecía asegurar el futuro de la cultura marxista en la nueva fortaleza de los trabajadores, la URSS.

Pero en el resto de Europa, la gran oleada revolucionaria que había comenzado en 1918, al final de la guerra, y había durado hasta 1920 fue derrotada. Fuera de Rusia, en todas partes el capital demostró ser más fuerte. El cerco internacional contrarrevolucionario al Estado soviético en los años 1918-1921 no logró derribarlo, aunque la guerra civil infligió un enorme daño económico a la clase trabajadora rusa. Pero aisló totalmente a la revolución rusa del resto de Europa durante los tres años de más aguda crisis social del orden imperialista en todo el continente, y de este modo permitió hacer frente con éxito a los levantamientos proletarios fuera de la Unión Soviética. La primera y más importante amenaza a los Estados mucho más fortificados del continente fue la gran serie de revueltas masivas que se produjeron en Alemania en 1918-19. Luxemburgo, al observar desde la prisión el curso de la revolución rusa, entrevió algunos de los peligros de la dictadura ins-

<sup>13</sup> David Riazanov (cuyo verdadero nombre era Goldendaj) nació en 1870. Fue una disputa sobre su admisión en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso lo que inicialmente enfrentó a Martov con Lenin, muy poco antes de su conflicto en torno a las reglas de organización del partido. Después de la revolución de 1905, Riazanov publicó muchos artículos en *Die Neue Zeit* y trabajó en la edición de la correspondencia entre Marx y Engels.

taurada durante la guerra civil más claramente que cualquier dirigente bolchevique de la época, pero al mismo tiempo puso en evidencia los límites de su propia comprensión de aquellos problemas (las nacionalidades, el campesinado, etc.) cuya importancia era menos obvia en las regiones altamente industrializadas de Europa<sup>14</sup>. Liberada de la prisión al caer el II Reich, Luxemburgo se entregó inmediatamente a la tarea de organizar a la izquierda revolucionaria en Alemania; como figura más autorizada en la creación del Partido Comunista Alemán (KPD) un mes más tarde, escribió el programa del partido y pronunció el informe político en su conferencia de fundación. Dos semanas más tarde fue asesinada cuando un levantamiento confuso y semiespontáneo de las famélicas multitudes de Berlín fue aplastado por los Freikorps a requerimiento de un gobierno socialdemócrata. La represión de la insurrección del mes de enero en Berlín pronto fue seguida por la reconquista militar de Munich por la Reichswehr, donde grupos socialistas y comunistas locales habían creado en abril una efímera República Soviética Bávara. La revolución alemana, nacida de los consejos de obreros y soldados formados en noviembre de 1918, fue definitivamente derrotada en 1920.

Mientras tanto, en el Imperio austrohúngaro se habían producido sucesos similares. En el Estado rural de Hungría, más atrasado, las exigencias de la Entente habían provocado la renuncia voluntaria del gobierno burgués creado después del armisticio y la breve creación de una República Soviética bajo la dirección conjunta de socialdemócratas y comunistas. Seis meses más tarde, las tropas rumanas suprimieron la Comuna húngara y restauraron un régimen blanco. En Austria, el peso objetivo de la clase obrera industrial era mucho mayor que en Hungría (como ocurría en Prusia comparada con Baviera), pero el partido socialdemócrata, único al que el proletariado era fiel, se pronunció en contra de llevar a cabo una revolución socialista, y en cambio entró a formar parte de un gobierno burgués de

<sup>14</sup> Su ensayo *La revolución rusa*, escrito en 1918, fue publicado por primera vez por Paul Levi en 1922.

coalición; gradualmente, suprimió desde arriba los consejos de obreros y soldados, con el pretexto de evitar la intervención de la Entente. Para 1920, había abandonado el gobierno, pero ya estaba asegurada la estabilización capitalista. Bauer, quien pronto se convirtió en la figura dominante del Partido Socialdemócrata Austríaco (öSPD), fue ministro de Asuntos Exteriores de la República en 1919, y posteriormente escribió la principal defensa teórica de la actuación del partido después de la guerra, un volumen impropriadamente titulado *La revolución austríaca*, en 1924. Mientras tanto, su antiguo colega Hilferding era dos veces ministro de Finanzas de la República de Weimar. La unidad entre teoría y práctica, característica de esta generación, se mantuvo hasta en las filas reformistas del austromarxismo<sup>15</sup>. Más al sur, en Italia, se produjo la última insurrección proletaria importante del trienio posterior a la guerra. El partido socialista de la patria de Labriola siempre había sido mucho más pequeño que el alemán o el austríaco, pero era más brillante: había resistido al socialpatriotismo y hecho alarde de un maximalismo verbal durante la guerra. Pero la huelga general y el tumultuoso movimiento de ocupación de fábricas que se produjeron en Turín en 1920 lo tomaron de sorpresa y faltó de preparación para llevar una estrategia revolucionaria agresiva. Las rápidas medidas del gobierno liberal y la patronal lograron paralizar el movimiento, en ausencia de una dirección política clara. La marea de la insurrección popular retrocedió, dejando el camino libre para que las bandas armadas de la contrarrevolución prepararan el advenimiento del fascismo en Italia.

Los decisivos reveses de Alemania, Austria, Hungría e Italia —la clásica zona de influencia del marxismo de preguerra, junto con Rusia— ocurrieron antes de que la revolución bolchevique se hallara suficientemente liberada de la intervención imperialista como para poder ejercer una

<sup>15</sup> Otros dos destacados economistas, uno de ellos un ex marxista y el otro un crítico del marxismo, ocuparon cargos gubernamentales por esa época en la Europa oriental y central. En Ucrania, Tugan-Baranovski fue ministro de Finanzas de la Rada contrarrevolucionaria de 1917-18; en Austria, Schumpeter ocupó el mismo cargo en 1919.

influencia organizativa o teórica directa sobre el curso de la lucha de clases en esos países. La III Internacional se fundó en 1919, cuando Moscú era todavía una ciudad asediada por los ejército blancos, pero su verdadera creación tuvo lugar en su II Congreso, en julio de 1920. Por entonces, era demasiado tarde para influir en las batallas decisivas de la coyuntura de posguerra. El avance del Ejército Rojo sobre Polonia, que por breve tiempo pareció ofrecer la oportunidad de establecer un vínculo material con las fuerzas revolucionarias de Europa central, fue rechazado el mismo mes; y a las pocas semanas la ocupación de fábricas en Turín había fracasado, mientras Lenin instaba telegráficamente al *est* a que emprendiera una acción nacional en Italia. Por supuesto, estas derrotas no se debieron principalmente a errores o fallos subjetivos: éstos eran un indicio de la fuerza objetivamente superior del capitalismo en Europa central y occidental, donde su ascendiente histórico sobre la clase obrera había sobrevivido a la guerra. Sólo después de librarse y perderse estas batallas, la III Internacional se implantó sólidamente en los principales países continentales, fuera de la URSS. Una vez levantado el bloqueo del Estado soviético, desde luego, el enorme contraste entre el derrumbe de los aparatos socialdemócratas y la derrota de los levantamientos espontáneos en Europa central y meridional, por un lado, y el éxito del partido bolchevique en Rusia, por el otro, aseguró la formación relativamente rápida de una internacional revolucionaria centralizada, basada en los principios esbozados por Lenin y Trotski. En 1921, Lenin escribió su «mensaje» teórico fundamental a los nuevos partidos comunistas que por entonces se habían fundado prácticamente en todos los países del mundo capitalista avanzado: *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*. En esta obra sintetizaba las lecciones históricas de la experiencia bolchevique en Rusia para los socialistas del exterior, y por primera vez comenzaba a abordar los problemas de la estrategia marxista en medios sociales más avanzados que el del imperio zarista, en los que el parlamentarismo burgués era mucho más fuerte y el reformismo de la clase obrera mucho más

profundo de lo que él había pensado antes de la primera guerra mundial. Por primera vez, también, la traducción sistemática de la obra de Lenin la reveló a los militantes de toda Europa como un sistema teórico organizado, lo que fue como un repentino descubrimiento político para miles de ellos. Parecían darse entonces las condiciones para la difusión y la fertilización internacionales de la teoría marxista en una escala totalmente nueva, y la Komintern parecía la garantía de su vínculo material con las luchas cotidianas de las masas.

En realidad, esta perspectiva desapareció rápidamente. Los brutales golpes asestados por el imperialismo a la revolución rusa habían diezmado a la clase obrera soviética, aun en medio de su victoria militar sobre las fuerzas blancas en la guerra civil. Después de 1920, no cabía esperar ninguna ayuda inmediata de los países más desarrollados de Europa. La URSS se vio condenada al aislamiento; su industria estaba arruinada, su proletariado debilitado, su agricultura asolada y su campesinado se mostraba hostil al régimen. La estabilización capitalista se había logrado en Europa central mientras Rusia estaba separada de ella. Tan pronto se levantó el cerco y se restableció el contacto con el resto del continente, el Estado soviético —enfrentado al obstáculo del atraso ruso y sin ayuda política del exterior— comenzó a tener dificultades internas. La usurpación cada vez más endurecida del poder por el aparato del partido, la rígida subordinación de la clase obrera y la marea en ascenso del chovinismo oficial se hicieron tardíamente obvias para el mismo Lenin, después de caer mortalmente enfermo en 1922. Sus últimos escritos —desde su artículo sobre la Rabkrin hasta su *Testamento*<sup>16</sup>— pueden considerarse como un desesperado intento teórico de hallar las formas que permitiesen un renacer de una auténtica práctica política de masas, capaz de destruir el burocratismo del nuevo Estado soviético y restaurar la unidad y la democracia perdidas de Octubre.

<sup>16</sup> Lenin, *Collected works*, vol. 33, pp. 481-502; vol. 36, pp. 593-97 (*Contra la burocracia*, Córdoba, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, 1971, pp. 67-80 y 127-146).

Lenin murió a principios de 1924. A los tres años, la victoria de Stalin dentro del PCUS selló el destino del socialismo, y del marxismo, en la URSS durante las décadas futuras. El aparato político de Stalin suprimió activamente las prácticas revolucionarias de masas en la misma Rusia, y las desalentó o las sabotó de manera creciente fuera de la Unión Soviética. La consolidación de un estrato burocrático privilegiado, por encima de la clase obrera, quedó asegurada por un régimen policial de creciente ferocidad. En estas condiciones, se destruyó ineluctablemente la unidad revolucionaria entre teoría y práctica que había hecho posible el bolchevismo clásico. Las masas fueron reprimidas, y su autonomía y espontaneidad eliminadas por la casta burocrática que había usurpado el poder en el país. El partido fue gradualmente purgado de los últimos compañeros de Lenin. Toda labor teórica sería cesó en la Unión Soviética después de la colectivización. Trotski fue enviado al exilio en 1929 y asesinado en 1940. Riazanov fue despojado de sus cargos en 1931 y murió en un campo de trabajos forzados en 1939. Bujarin fue silenciado en 1929 y fusilado en 1938. Preobrazhenski fue destrozado moralmente en 1930 y murió en la cárcel en 1938. Cuando la dominación de Stalin llegó a su apogeo, el marxismo quedó en gran medida reducido a un recuerdo en Rusia. El país más avanzado del mundo en el desarrollo del materialismo histórico, que había aventajado a toda Europa por la variedad y el vigor de sus teóricos, se convirtió en diez años en un páramo intelectual, sólo impresionante por el peso de la censura y la tosquedad de su propaganda.

Entre tanto, fuera de la URSS, mientras el estalinismo caía como una mordaza sobre la cultura soviética, la fisonomía política del capitalismo europeo adquiría caracteres cada vez más violentos y convulsos. La clase obrera había sido derrotada en todas partes en la gran crisis revolucionaria de posguerra, pero seguía siendo una temible amenaza para las burguesías de toda Europa central y meridional. La creación de la III Internacional y el desarrollo de partidos comunistas disciplinados que agitaban la bandera del leninismo inspiraban temor a todas las clases domi-

nantes de los epicentros de 1918-20. Además, la recuperación económica del imperialismo que había logrado y asegurado la nueva estabilización del orden de Versalles demostró tener corta vida. En 1929 se abatió sobre el continente la mayor quiebra de la historia del capitalismo, propagando el paro masivo e intensificando la lucha de clases. La contrarrevolución social se movilizó entonces en sus formas más brutales y violentas, aboliendo la democracia parlamentaria en un país tras otro, para eliminar todas las organizaciones autónomas de la clase obrera. Las dictaduras terroristas del fascismo fueron la solución histórica del capital a los peligros del movimiento obrero en esta región: estaban destinadas a suprimir todo rastro de resistencia e independencia proletarias, en una coyuntura internacional de crecientes antagonismos interimperialistas. Italia fue el primer país que experimentó plenamente la fuerza de la represión fascista: en 1926 Mussolini había puesto fin a toda oposición legal dentro del país. El nazismo se apoderó del poder en Alemania en 1933, después de que la Komintern impusiera un rumbo suicida al KPD. El movimiento obrero alemán fue aniquilado. Un año más tarde, el fascismo clerical lanzó en Austria un ataque armado que destruyó las fortalezas de los partidos y sindicatos de la clase obrera. En Hungría se había instalado desde hacía tiempo una dictadura blanca. En el Sur, un golpe militar en España dio origen a una guerra civil de tres años que terminó con el triunfo del fascismo español, ayudado por su vecino Portugal y sus aliados de Italia y Alemania. La década terminó con la ocupación y el control nazi de Checoslovaquia y la caída de Francia.

¿Cuál fue, en esta época catastrófica, el destino de la teoría marxista en la región de Europa central, que había desempeñado un papel tan importante en el desarrollo del materialismo histórico antes de la primera guerra mundial? El pensamiento político leninista, como hemos visto, apenas se había difundido fuera de Rusia cuando fue esterilizado por la estalinización de la III Internacional, que subordinó progresivamente la política de sus partidos consti-

tuyentes a los objetivos de la política exterior de la URSS. Tampoco los partidos socialdemócratas o centristas ajenos a la Komintern, naturalmente, dieron cabida a la aplicación o extensión del leninismo. Así, dentro del ámbito de las organizaciones obreras de masas de esta región, la teoría marxista sustancial en el período comprendido entre las dos guerras mundiales se limitó principalmente al análisis económico, en una línea que descendía directamente de los grandes debates de la preguerra. En la República de Weimar se creó, en Francfort, en 1923, un Instituto de Investigación Social independiente, subvencionado por un acaudalado comerciante en cereales, para promover los estudios marxistas dentro de un marco casi académico (el Instituto estaba formalmente vinculado a la Universidad de Francfort)<sup>17</sup>. Su primer director fue el historiador de Derecho Carl Grünberg, quien había ocupado una cátedra en la Universidad de Viena antes de la primera guerra mundial. Nacido en Transilvania en 1861, Grünberg era un miembro típico de la vieja generación de eruditos marxistas de Europa oriental; había fundado y dirigido el primer periódico importante de historia del trabajo en Europa, el *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, que luego trasladó a Francfort. Este distinguido representante de la tradición austromarxista constituyó en lo sucesivo un puente para la generación más joven de intelectuales socialistas de Alemania. Durante el decenio 1920-1930, el Instituto de Investigación Social que él presidió contó en su equipo con comunistas y socialdemócratas y mantuvo una relación regular con el Instituto Marx-Engels de Moscú, enviando material de archivo a Riazanov para la primera edición científica de las obras de Marx y Engels. El volumen inicial de la *Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, en efecto, fue publicado en Francfort, en 1927, bajo los auspicios conjuntos de las dos instituciones.

En el mismo período, el Instituto también patrocinó

<sup>17</sup> Sobre los orígenes del Instituto de Investigación Social de Francfort, véase el exhaustivo y erudito estudio de Martin Jay, *The dialectical imagination*, Londres, 1973, pp. 4-12 ss (*La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1974).

la principal obra de teoría económica marxista de los años comprendidos entre las dos guerras, la de Henryk Grossmann, otro emigrante de las tierras orientales del continente. Nacido en 1881 en Cracovia, hijo de un propietario de minas de Galitzia, Grossmann tenía la misma edad que Bauer y era siete años mayor que Bujarin; en otras palabras, pertenecía a la descollante generación que había alcanzado tales alturas antes de 1914. Grossmann, sin embargo, había evolucionado más lentamente: en un principio discípulo de Böhm-Bawerk en Viena, se había afiliado al Partido Comunista Polaco después de la primera guerra mundial y ocupado una cátedra de economía en la Universidad de Varsovia. En 1925 la represión política le llevó de Polonia a Alemania, y en 1926-27 dio una serie de conferencias en el Instituto de Francfort que fueron luego reunidas para formar un extenso volumen titulado *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*<sup>18</sup>. Publicada el mismo año de la gran depresión de 1929, la obra de Grossmann resumía los debates clásicos de la preguerra sobre las leyes del movimiento del modo de producción capitalista en el siglo xx, y adelantaba el más ambicioso y sistemático intento de deducir su colapso objetivo de la lógica de los esquemas de la reproducción de Marx. Sus tesis centrales, que parecían tan oportunas, fueron inmediatamente puestas en tela de juicio por el joven economista Fritz Sternberg, socialdemócrata de izquierda. La obra de Sternberg *El imperialismo* (1926), que era en gran medida una reformulación de la perspectiva de Luxemburgo complementada con un nuevo análisis de las funciones y las fluctuaciones del ejército de reserva del trabajo en el capitalismo, había sido antes atacada por Grossmann. Ambos, a su vez, fueron criticados por una marxista de origen polaco, Natalie Moszkowska, en un breve libro sobre las teorías modernas de las crisis, escrito después de que los nazis se adue-

<sup>18</sup> *Die Akkumulations- und Zusammenbruchgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929; reeditado en Francfort en 1971 (*La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1978).

ñaran del poder en Alemania<sup>19</sup>. Al año siguiente, Bauer publicó su última obra teórica, proféticamente titulada *¿Entre dos guerras mundiales?*, en su exilio checoslovaco<sup>20</sup>. En este testamento político y económico, el más valioso exponente de la escuela austromarxista perfeccionó la experimentación de toda una vida con los esquemas de la reproducción de Marx para construir la argumentación más compleja expuesta hasta entonces a favor de una teoría subconsumista de las crisis capitalistas; registró su desilusión final con el reformismo gradual que él mismo había practicado durante largo tiempo como dirigente de partido, y llamó a la reunificación de los movimientos socialdemócrata y comunista en la lucha contra el fascismo.

En 1938, Bauer murió en París, poco después de que el pacto de Munich le obligara a abandonar Bratislava. A los pocos meses estalló la segunda guerra mundial, y la invasión nazi de Europa cerró una época del marxismo en el continente. En 1941, Hilferding pereció en París a manos de la Gestapo. Las posdatas a la tradición que ellos habían encarnado sólo podían escribirse ahora en el campo de batalla. En 1943, Moszkowska publicó en Suiza su obra última y más radical, *Sobre la dinámica del capitalismo tardío*<sup>21</sup>. Mientras tanto, en los Estados Unidos, el joven economista norteamericano Paul Sweezy reconstruyó y resumió toda la historia de los debates marxistas sobre las leyes dinámicas del capitalismo, desde Tugan-Baranovski hasta Grossmann, y suscribió la última solución que dio Bauer al problema del subconsumo, en una obra de ejemplar claridad: *Teoría del desarrollo capitalista*<sup>22</sup>. Sin embargo, en su libro, escrito en el clima del New Deal, Sweezy renunciaba implícitamente al supuesto de que las crisis de desproporcionalidad o subconsumo eran inevitables en el modo de producción capitalista y admitía la potencial eficacia de las

<sup>19</sup> *Zur Kritik moderner Kriesentheorien*, Praga, 1935 (*Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, México, Cuadernos de Pasado y Presente 1978). Moszkowska nació en Varsovia en 1866 y emigró a Suiza en 1908, donde vivió en Zurich hasta su muerte, en 1968.

<sup>20</sup> *Zwischen Zwei Weltkriegen?*, Bratislava, 1936.

<sup>21</sup> *Zur Dynamik des Spätkapitalismus*, Zurich, 1943.

<sup>22</sup> Sweezy tenía treinta y dos años cuando fue publicada, en 1942.

intervenciones keynesianas anticíclicas por el Estado para asegurar la estabilidad interna del imperialismo. La desintegración final del capitalismo fue asignada, por primera vez, a un determinante puramente externo: los superiores logros económicos de la Unión Soviética y los países de los que podía esperarse que siguiesen su camino al fin de la guerra, logros cuyo «efecto de persuasión» haría posible, con el tiempo, una transición pacífica al socialismo en los Estados Unidos<sup>23</sup>. Con esta concepción, la *Teoría del desarrollo capitalista* señalaba el fin de una época intelectual.

<sup>23</sup> *The theory of capitalist development*, Nueva York, 1968, reedición, páginas 348-62 (*Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945).

## 2. EL ADVENIMIENTO DEL MARXISMO OCCIDENTAL

La marca de la segunda guerra mundial cambió en el Volga. Las victorias del Ejército Rojo sobre la Wehrmacht en 1942-43 aseguraron la liberación de Europa de la dominación nazi. En 1945, el fascismo había sido derrotado en todas partes, excepto en la región ibérica. La URSS, enormemente fortalecida en cuanto a su poder y prestigio internacional, era dueña del destino de Europa oriental, con excepción de los Balcanes más meridionales. Pronto hubo regímenes comunistas en Prusia, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania; las clases capitalistas locales fueron expropiadas; se inició la industrialización al estilo soviético. Un «campo socialista» integrado cubría ahora la mitad del continente. La otra mitad fue rescatada para el capitalismo por los ejércitos norteamericanos y británicos. En Francia e Italia, sin embargo, su papel dirigente en la Resistencia convirtió por primera vez a los partidos comunistas nacionales en las organizaciones mayoritarias de la clase obrera. En Alemania Occidental, en cambio, la ausencia de una experiencia similar y la división del país permitió eliminar con éxito, por el Estado burgués restablecido bajo la protección de la ocupación angloamericana, la tradición comunista de preguerra en el proletariado. En los veinte años siguientes se produjo una situación económica y política diametralmente opuesta a la del período de entreguerras. No hubo regresiones a dictaduras militares o policiales en los principales países occidentales. La democracia parlamentaria, basada en el sufragio totalmente universal, por primera vez en la historia del capitalismo se hizo estable y normal en todo el mundo industrial avanzado. Tampoco se repitieron las catastróficas crisis de los años veinte y treinta. Por el con-



trario, el capitalismo mundial gozó de un prolongado auge de dinamismo sin precedentes, la fase de expansión más rápida y próspera de su historia. Entre tanto, los regímenes burocráticos represivos que ejercían la tutela sobre el proletariado en la Unión Soviética y Europa oriental sufrieron sucesivas crisis y ajustes después de la muerte de Stalin, pero ninguna modificación fundamental de su estructura. Se abandonó el terror como arma sistemática del Estado, pero la coerción armada siguió sometiendo las revueltas populares en esta zona. El crecimiento económico fue rápido, desde sus puntos de partida comparativamente bajos, pero no constituyó ningún desafío político a la estabilidad del bloque capitalista.

Fue en este universo alterado donde la teoría revolucionaria completó la mutación que dio origen a lo que hoy, retrospectivamente, podemos llamar el «marxismo occidental». Pues el cuerpo de la obra de los autores de los que ahora nos ocuparemos, en efecto, constituyó una configuración intelectual totalmente nueva dentro del desarrollo del materialismo histórico. En sus manos, el marxismo se convirtió en un tipo de teoría que en ciertos aspectos críticos era muy diferente de todo lo que la había precedido. En particular, los temas y preocupaciones característicos de todo el conjunto de teóricos que llegó a la madurez política antes de la primera guerra mundial se desplazaron drásticamente, en un viraje que fue al mismo tiempo generacional y geográfico.

La historia de este desplazamiento es larga y compleja; sus comienzos parten del mismo período de entreguerras y coinciden en parte con el declive de una tradición anterior. La manera más clara de abordar este problema quizá sea mediante una sencilla tabulación inicial de las fechas y la distribución geográfica de los teóricos que ahora consideraremos:

Lukács ... ..	1885-1971	Budapest
Korsch ... ..	1886-1961	Todstedt (Sajonia occidental)
Gramsci ... ..	1891-1937	Ales (Cerdeña)

Benjamin ... ..	1892-1940	Berlín
Horkheimer ... ..	1895-1973	Stuttgart (Suabia)
Della Volpe ... ..	1897-1968	Imola (Romaña)
Marcuse ... ..	1898	Berlín
Lefebvre ... ..	1901	Hagetmau (Gascuña)
Adorno ... ..	1903-1969	Francfort
Sartre ... ..	1905	París
Goldmann ... ..	1913-1970	Bucarest
Althusser ... ..	1918	Birmandreis (Argelia)
Colletti ... ..	1924	Roma

Los orígenes sociales de estos pensadores no eran distintos de los de sus predecesores<sup>1</sup>. Geográficamente, en cambio, las características de este grupo ofrecen un acentuado contraste con las de los intelectuales marxistas que se destacaron después de Engels. Como hemos visto, prácticamente todos los teóricos importantes de las dos generaciones siguientes a los fundadores del materialismo histórico eran de la Europa oriental o centro-oriental; aun dentro de los imperios germánicos, fueron Viena y Praga, no Berlín, las que proporcionaron las mayores luminarias de la II Internacional. Pero desde el fin de la primera guerra mundial, la situación se invirtió. Con la importante excepción de Lukács, y de su discípulo Goldmann, todas las figuras significativas de la tradición antes indicada provenían de regiones más occidentales. El mismo Lukács se formó en gran parte en Heidelberg, y su cultura fue siempre más alemana que húngara; y Goldmann vivió en Francia y Suiza toda su vida adulta. De los dos alemanes que

<sup>1</sup> Lukács era hijo de un banquero; Benjamin, de un marchante; Adorno, de un comerciante en vinos; Horkheimer, de un fabricante textil; Della Volpe, de un terrateniente; Sartre, de un oficial de la Marina; Korsch y Althusser, de directores de banco; Colletti, de un empleado bancario; Lefebvre, de un burócrata, y Goldmann, de un abogado. Solamente Gramsci se crió en condiciones de verdadera pobreza; su abuelo había sido coronel de la policía, pero la carrera de su padre como funcionario de rango inferior quedó arruinada al ser encarcelado por corrupción; la familia sufrió desde entonces grandes penurias.



nacieron en Berlín, Benjamin era notable y conscientemente galo en su orientación cultural, mientras que Marcuse recibió su principal enseñanza en Friburgo (Suabia)<sup>2</sup>. Dentro de esta tradición pueden hacerse dos divisiones generacionales<sup>3</sup>. El primer grupo de intelectuales estaba constituido por aquellos cuya experiencia política formativa fue la primera guerra mundial, o la influencia de la revolución rusa, que se produjo antes de que dicha guerra terminase. Lukács era tres años mayor que Bujarin; Korsch, dos años mayor. Pero lo que les separaba de la generación de marxistas de la preguerra era que habían llegado al socialismo revolucionario mucho más tarde; mientras que Bujarin era ya un activo y templado lugarteniente de Lenin bastante antes de 1914, ellos fueron radicalizados por la gran guerra y los levantamientos de masas que la siguieron, y sólo se manifestaron como marxistas después de 1918. Gramsci, en cambio, era ya un militante del PSI en vísperas de la primera guerra mundial, pero era aún joven e inmaduro, y su inexperiencia le llevó a cometer serios errores en un comienzo (llegó a abogar por la intervención de Italia en el holocausto en un momento en que su partido la denunciaba vigorosamente). Marcuse fue enrolado en el ejército alemán antes de los veintidós años, y entró por poco

<sup>2</sup> La Alemania del sudoeste parece haber desempeñado un papel importante como zona cultural distinta en esta tradición. Adorno y Horkheimer nacieron en ella; Lukács y Marcuse fueron educados en ella. Heidelberg y Friburgo mantuvieron estrechos lazos filosóficos desde la época del II Reich. Con respecto a la francofilia de Benjamin, véanse sus tempranas observaciones de 1927: «En Alemania me siento totalmente aislado en mis esfuerzos e intereses entre los de mi generación, mientras que en Francia hay ciertas fuerzas [...] las que veo en acción, lo que me atrae a mí también.» *Illuminations*, Londres, 1970, p. 22 (ninguno de los volúmenes publicados en castellano bajo el título genérico *Illuminaciones* corresponde exactamente a la edición inglesa de *Illuminations*; véanse *Discursos interrumpidos*, I, Madrid, Taurus, 1973, e *Illuminaciones*, I, Madrid, Taurus, 1971).

<sup>3</sup> Toda clasificación generacional debe basarse en intervalos de aproximadamente veinte años, obviamente; el problema es saber dónde hacer los cortes históricos pertinentes dentro del continuo biológico de las vidas en cada época. No disponemos aquí de espacio para explorar el tema adecuadamente. Las líneas divisorias esenciales, sin embargo, están bastante claramente trazadas en este caso por las sucesivas connotaciones políticas de la época.

tiempo en el USPD, en 1917-18; Benjamin eludió el servicio militar, pero fue arrastrado a la izquierda por la guerra. En cambio, la segunda generación «instalada» dentro de la tradición del marxismo occidental, estaba formada por hombres que llegaron a la madurez mucho después de la primera guerra mundial y a quienes formó políticamente el avance del fascismo y la segunda guerra mundial. El primero de ellos en descubrir el materialismo histórico fue Lefebvre, quien en muchos aspectos es una figura poco común de este grupo y que se incorporó al Partido Comunista Francés (PCF) en 1928. Adorno, diez años menor que Marcuse y Benjamin, no parece haberse vuelto hacia el marxismo hasta después de la conquista del poder por los nazis en 1933. Sartre y Althusser, aunque de edades muy dispares, parecen haberse radicalizado, al mismo tiempo, por el impacto de la guerra civil española, el desastre francés de 1940 y su encarcelamiento en Alemania. Ambos completaron su evolución política después de 1945, en los primeros años de la guerra fría. Althusser se afilió al PCF en 1948, mientras que Sartre se alineaba con el movimiento comunista internacional en 1950. Goldmann se sintió atraído por la obra de Lukács antes de la segunda guerra mundial y durante ella, y después de ésta se encontró con él en Suiza en 1946. Della Volpe constituye una excepción cronológica que, sin embargo, confirma el esquema político-generacional: por su edad pertenece a la primera generación, pero la primera guerra mundial no ejerció ninguna influencia sobre él, se comprometió luego con el fascismo italiano y sólo tardíamente llegó al marxismo, en 1944-45, al final de la segunda guerra mundial, cuando tenía cerca de cincuenta años. Finalmente, puede discernirse un caso límite de una posible tercera generación: Colletti, quien era demasiado joven para que la segunda guerra mundial lo marcara profundamente, y sólo se hizo discípulo de Della Volpe en el período de posguerra. Se afilió al PCI en 1950.

Esencialmente, como se verá, desde los comienzos del decenio 1920-1930 el marxismo europeo se centró cada vez más en Alemania, Francia e Italia, tres países que, antes o después de la segunda guerra mundial, contaban con un par-

tido comunista de masas al que se adherían sectores importantes de la clase obrera y se sumaba una intelectualidad numerosa y radical. La ausencia de una clase u otra de estas condiciones impidió el surgimiento de una cultura marxista desarrollada fuera de esta zona. En Gran Bretaña se produjo una amplia radicalización entre los intelectuales en el período comprendido entre las dos guerras, pero la masa de la clase obrera permaneció fiel al reformismo socialdemócrata. En España, el proletariado demostró ser de temperamento más revolucionario que cualquier otra clase obrera del continente durante los años treinta, pero hubo muy pocos intelectuales en el movimiento obrero. Ninguno de estos países produjo nada de importancia en la teoría marxista durante este período<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> El caso español, no obstante, sigue siendo un importante enigma histórico. ¿Por qué España nunca dio un Labriola o un Gramsci, pese a la extraordinaria combatividad de su proletariado y su campesinado, aún mayor que la de Italia, y a una herencia cultural del siglo XIX, que, si bien ciertamente menor que la de Italia, estaba lejos de ser despreciable? Sería menester dedicar una investigación a fondo a este complejo problema. Su solución sería importante para un análisis más amplio de las condiciones del surgimiento y el desarrollo del materialismo histórico como teoría. Aquí podemos solamente señalar en lo que concierne al problema de las herencias culturales relativas que, sorprendentemente, mientras Croce estudiaba y difundía la obra de Marx en Italia en el decenio de 1890-1900, el intelectual análogo más cercano en España, Unamuno, se convertía también al marxismo. Unamuno, a diferencia de Croce, participó activamente en la organización del partido socialista español en 1894-97. Sin embargo, mientras el compromiso de Croce con el materialismo histórico iba a tener profundas consecuencias para el desarrollo del marxismo en Italia, el de Unamuno no dejó huellas en España. El enciclopedismo del italiano, tan en contraste con el «ensayismo» del español, fue sin duda una de las razones de las diferencias en los resultados. Unamuno era un pensador mucho menor. Hablando con mayor generalidad, sus limitaciones eran sintomáticas de la ausencia de España de una importante tradición de pensamiento filosófico sistemático, algo de lo que la cultura española, pese a todo el virtuosismo de su literatura, su pintura o su música, había carecido desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Fue quizá la ausencia de este catalizador lo que impidió la aparición de una obra marxista de importancia en el movimiento obrero español del siglo XX. Esto contribuiría también a explicar el hecho curioso de que el marxismo no lograra una buena cosecha teórica en Inglaterra, con su tradición nativa de empirismo (abrupta e intensamente agudizada después de 1900), mientras que fue capaz de producir una notable historiografía. La importancia de un elemento filosófico dentro de la compleja síntesis social necesaria para engendrar un marxismo vivo en cualquier formación nacional fue, claro está, clásicamente subrayada por Engels. La conciencia de esto debe atemperar la

Las fechas históricas y la distribución geográfica del «marxismo occidental» brindan el marco formal preliminar para situarlo dentro de la evolución del pensamiento socialista como un todo. Quedan por identificar los rasgos sustantivos específicos que lo definen y lo delimitan como una tradición integrada. La primera y más fundamental de sus características fue el divorcio estructural entre este marxismo y la práctica política. La unidad orgánica entre teoría y práctica realizada en la generación clásica de marxistas anterior a la primera guerra mundial, quienes desempeñaron una función política y una función intelectual inseparables dentro de sus respectivos partidos, en Europa oriental y central, iba a romperse cada vez más en el medio siglo que va de 1918 a 1968, en Europa occidental. La ruptura no fue inmediata o espontánea en el nuevo contexto generacional y geográfico del marxismo posterior a la primera guerra mundial. Fue producida lenta y progresivamente por grandes presiones históricas, que sólo en los años treinta provocaron la disolución final del vínculo entre teoría y práctica. Pero en la época posterior a la segunda guerra mundial la distancia entre ellas era tan grande que parecía prácticamente consustancial con la tradición misma. En verdad, sin embargo, los tres primeros teóricos importantes de la generación posterior a 1920 —los verdaderos creadores del modelo del marxismo occidental— fueron todos, en un comienzo, destacados dirigentes políticos de sus respectivos partidos: Lukács, Korsch y Gramsci. Cada uno de ellos, también, fue un participante y organizador directo de los levantamientos revolucionarios de masas de la época; en verdad, su labor teórica sólo puede ser comprendida sobre ese fondo político.

Lukács fue vicecomisario del pueblo para la educación en la República Soviética Húngara de 1919, y luchó con su ejército revolucionario en el frente de Tisza contra el ataque de la Entente. Exiliado en Austria durante los años veinte, fue dirigente del Partido Comunista Húngaro y, después de

apreciación crítica del predominio de la filosofía en el marxismo occidental en otras partes de Europa, hecho que examinaremos más adelante; pero no debe inhibirla.

una década de luchas de facciones dentro de su organización, fue por breve tiempo secretario general del partido en 1928. Korsch fue ministro comunista de Justicia en el gobierno de Turingia de 1923, encargado de los preparativos paramilitares a nivel regional para la insurrección del KPD en Alemania central de ese año, que fue abortada por la Reichswehr. Luego fue un destacado diputado del Reichstag por el partido, director de su periódico y uno de los dirigentes de su facción de izquierda en 1925. Gramsci, por supuesto, desempeñó un papel mucho más importante que ambos en las luchas de masas de la posguerra inmediata. Organizador y teórico principal de los consejos de fábrica de Turín y director de *L'Ordine Nuovo* en 1919-20, al año siguiente fue uno de los fundadores del PCI y gradualmente llegó a ser el principal dirigente del partido en 1924, cuando éste libraba una difícil batalla defensiva contra la consolidación del fascismo en Italia. El destino de estos tres hombres simbolizó las fuerzas que iban a alejar la teoría marxista de toda práctica de clase en los años siguientes. Korsch fue expulsado del KPD en 1926 por negar que el capitalismo se había estabilizado, exigir la reanudación de la agitación en los consejos de obreros y criticar la política exterior soviética por acomodarse al capitalismo mundial. Luego trató de mantener durante dos años un grupo político independiente, y aun después de su disolución permaneció activo en los círculos intelectuales y proletarios marxistas hasta 1933, cuando la victoria del nazismo le obligó a abandonar Alemania y marchar al exilio y al aislamiento, en Escandinavia y luego en Estados Unidos<sup>5</sup>. Lukács, en cambio, redactó las tesis oficiales del Partido Comunista Húngaro en 1928, las cuales rechazaban implícitamente las perspectivas catastróficas que acababa de adoptar el VI Congreso de la Komintern, la famosa línea del «tercer período», con sus violentos ataques a las organizaciones obreras reformistas —calificadas de «socialfascistas»— y su negación nihilista de toda distinción entre regímenes demo-

<sup>5</sup> Con respecto a esta trayectoria, véase Hedda Korsch, «Memories of Karl Korsch», *New Left Review*, 76, noviembre-diciembre de 1972, páginas 42-44.

craticoburgueses y dictaduras militarpoliciales como instrumentos de la dominación capitalista<sup>6</sup>. El intento de Lukács de esbozar una tipología diferencial de los sistemas políticos capitalistas en la nueva coyuntura, y su énfasis en la necesidad de lemas democráticos de transición en la lucha contra la tiranía de Horthy en Hungría, fueron violentamente atacados por el secretariado de la Komintern, y fue amenazado con la expulsión sumaria del partido. Para evitarla, publicó una retractación (sin modificar sus opiniones privadas); pero el precio de esta desaprobación fue la renuncia permanente a las responsabilidades organizativas dentro de su partido o de la Internacional. Desde 1929, Lukács dejó de ser un militante político, limitándose en su obra intelectual a la crítica literaria y la filosofía. Después de pasar un breve período en Berlín, la conquista del poder por los nazis le obligó a exiliarse en la dirección opuesta, a la URSS, donde permaneció hasta el final de la segunda guerra mundial.

El destino de Gramsci fue más sombrío. Arrestado en Roma por orden de Mussolini, en 1926, cuando el fascismo italiano terminó de imponer su total dictadura sobre el país, pasó nueve terribles años en prisión, en condiciones que le produjeron la muerte en 1937. Apartado por la prisión de la participación en la vida clandestina del PCI, se salvó del enfrentamiento directo con las consecuencias de la estalinización de la Internacional. Aun así, su último acto político antes de su arresto fue escribir una enérgica protesta a Togliatti, que estaba en Moscú, contra la supresión por éste de la carta del partido italiano al Comité Central del PCUS en la que se pedía mayor tolerancia en sus disputas internas, en vísperas de la expulsión de la Oposición de Izquierda en Rusia; desde la prisión, se opuso luego categóricamente a la línea del «tercer período» desde 1930, manteniendo posturas similares a las de Lukács en 1928, que destacaban la importancia de las exigencias democráticas intermedias bajo el fascismo y la necesidad vital de

<sup>6</sup> Véanse los pasajes esenciales de las llamadas tesis de Blum (seudónimo de Lukács en la clandestinidad), en Georg Lukács, *Political writings 1919-1929*, Londres, NLB, 1972, pp. 240-51.

lograr la alianza del campesinado para derrocarlo<sup>7</sup>. El clima de la época en la III Internacional era tal, que su hermano, a quien confió sus opiniones para que las transmitiera al centro del partido, que estaba fuera de Italia, permaneció en silencio para evitarle el riesgo de expulsión. Así, las dos grandes tragedias que, de maneras tan diferentes, se abatieron sobre el movimiento obrero europeo en el período de entreguerras, el fascismo y el estalinismo, se sumaron para dispersar y destruir a los potenciales exponentes de una teoría marxista nativa unida a la práctica de masas del proletariado occidental. La soledad y muerte de Gramsci en Italia, el aislamiento y el exilio de Korsch y Lukács en los Estados Unidos y en la URSS, respectivamente, señalaron el fin de un período en el que el marxismo occidental aún tenía arraigo entre las masas. De allí en adelante iba a hablar su propio lenguaje críptico a una distancia cada vez mayor de la clase a cuyos destinos trataba formalmente de servir o articular.

El profundo cambio que se iba a producir halló su primera expresión en Alemania. Su centro fue el Instituto de Investigación Social de Francfort, cuyos orígenes y desarrollo ya hemos considerado. Aunque su concepción como centro académico para la investigación marxista dentro de un Estado capitalista era algo nuevo en la historia del socialismo —pues implicaba una separación institucional de la política que Luxemburgo, por ejemplo, jamás habría aceptado antes de la guerra—, se había dedicado durante todos los años veinte a problemas tradicionales del movimiento obrero, combinando una sólida labor empírica con un análisis teórico serio. Específicamente, su director, en su alocución inaugural, advirtió contra el peligro de que se convirtiera en una escuela para «mandarines», y su equipo incluyó miembros activos de los partidos proletarios de la República de Weimar, especialmente del KPD<sup>8</sup>. El periódico del Instituto publicó trabajos de Korsch y Lukács, junto a

<sup>7</sup> Véase Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci*, Londres, NLB, 1970, pp. 249-258 (*Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, Península, 1968).

<sup>8</sup> Jay, *The dialectical imagination*, pp. 11-17.

ensayos de Grossmann o Riazanov. Así, formó el punto nodal de conjunción en el que las corrientes «occidental» y «oriental» se encontraron dentro del marxismo en los años veinte. Su trayectoria, por tanto, iba a ser de importancia decisiva para la evolución de la teoría marxista en su conjunto en la Europa del período comprendido entre las dos guerras. En 1929, Grünberg, el historiador austromarxista que lo había dirigido desde su fundación, se retiró. En 1930, Horkheimer se convirtió en el nuevo director del Instituto: un año después de ser silenciado Lukács y el mismo año en que Gramsci fue censurado por su propia seguridad, aunque estaba en prisión. Filósofo en vez de historiador como Grünberg, en su discurso inaugural Horkheimer dio la tónica de una importante reorientación de la labor del Instituto, lejos de la preocupación por el materialismo histórico como «ciencia» y hacia un desarrollo de la «filosofía social» complementada con investigaciones empíricas. En 1932, el Instituto dejó de publicar los *Archivos para la Historia del Socialismo y el Movimiento Obrero*; su nueva publicación fue titulada, inocentemente, *Revista de Investigación Social*. En el breve período anterior a la contrarrevolución fascista de 1933, Horkheimer reunió un variado y talentoso grupo de jóvenes intelectuales en el Instituto, los más importantes de los cuales fueron Marcuse y Adorno. A diferencia de Grünberg o Grossmann, Horkheimer nunca había sido miembro de ningún partido obrero, aunque antaño había admirado a Luxemburgo y seguía siendo políticamente radical, en una postura crítica frente al SPD y al KPD. Marcuse, que había sido miembro de un consejo de soldados en 1918, conservó algunos vínculos con el movimiento obrero organizado, en particular con la izquierda del SPD; en los últimos años anteriores a la toma del poder por Hitler fue colaborador del periódico teórico de Hilferding, *Die Gesellschaft*. Adorno, en cambio, el más joven de los tres, no tenía ningún vínculo personal con la vida política socialista. El escepticismo del nuevo equipo del Instituto con respecto a las perspectivas de la lucha de clases en Alemania, en un tiempo en que tanto el partido socialdemócrata como el comunista proclamaban su confianza en

el futuro, se demostró ya al comienzo de la ocupación de su cargo por Horkheimer, cuando sus fondos se transfirieron calladamente a Holanda, en 1931, y se establecieron oficinas externas en Suiza<sup>9</sup>.

Así, la victoria nazi de 1933 exilió al Instituto, pero no lo destruyó como centro. Horkheimer pudo negociar su transferencia formal a los Estados Unidos en 1934, donde se incorporó a la Universidad de Columbia, en Nueva York; y antes del estallido de la segunda guerra mundial todos sus colegas más cercanos se le unieron en América. La emigración del Instituto a los Estados Unidos lo transfirió a un medio político carente de un movimiento obrero siquiera formalmente adherido al socialismo o de toda tradición marxista sustancial. En su nuevo ambiente, el Instituto como tal se orientó decididamente hacia su adaptación al orden local burgués, censurando su propia labor pasada y presente para adecuarse a las susceptibilidades académicas o corporativas locales y efectuando análisis sociológicos de carácter convencionalmente positivista. Para camuflarse en su nuevo hábitat, se efectuó una retirada prácticamente completa de la política. Privadamente, Horkheimer y Adorno continuaron manteniendo una acerba hostilidad a la sociedad estadounidense, revelada después de la guerra en su obra conjunta *Dialéctica de la Ilustración* (prudentemente publicada en Holanda), cuya argumentación básica identificaba el liberalismo norteamericano y el fascismo alemán. El retorno del Instituto a Francfort, en 1949-50, sin embargo, no alteró el cambio fundamental en su función y su orientación social que había sufrido en los Estados Unidos. Porque la Alemania Occidental de la posguerra era ahora, desde el punto de vista político y cultural, el más reaccionario de los países capitalistas importantes de Europa, extirpadas sus tradiciones marxistas por el chovinismo nazi y la represión angloamericana y, temporalmente, con un proletariado pasivo y en reposo. En este ambiente, en el que el KPD iba a ser prohibido y el SPD iba a abandonar formalmente toda conexión con el marxismo, se completó

<sup>9</sup> Jay, *The dialectical imagination*, p. 26.

la despolitización del Instituto: mientras que en los Estados Unidos había sido un enclave aislado dentro del mundo académico, en Alemania Occidental fue oficialmente festejado y protegido. La «teoría crítica» defendida por Horkheimer en los años treinta ahora renunciaba explícitamente a todo lazo con la práctica socialista. El mismo Horkheimer finalmente cayó en ignominiosas apologías del capitalismo en su retiro<sup>10</sup>. En cambio, Adorno, que llegó a ser director del Instituto en 1958 y produjo su obra más vigorosa después de la segunda guerra mundial, nunca siguió ese camino; su mismo alejamiento de la política, siempre mayor que el de sus colegas, le preservó de ello. Por el contrario, Marcuse, que permaneció en los Estados Unidos, iba a mantener una intransigente postura revolucionaria, en medio de un gran aislamiento intelectual e institucional, en los años cincuenta y sesenta. Pero la tensión objetiva de esta situación iba a cobrar su precio dentro de su pensamiento. Adherido a los ideales políticos del marxismo clásico, pero totalmente alejado de toda fuerza social activa que luchase por ellos, Marcuse llegó en América a teorizar sobre una «integración» estructural de la clase obrera en el capitalismo avanzado, y, por consiguiente, sobre el carácter insuperable del abismo entre el pensamiento socialista —ahora inevitablemente «utópico» una vez más— y la acción proletaria en la historia contemporánea. La ruptura entre la teoría y la práctica que había comenzado silenciosamente en Alemania a fines de los años veinte fue consagrada abiertamente en teoría a mediados de los años sesenta, con la publicación de *El hombre unidimensional*.

Antes de la victoria del nazismo, Alemania era el único país importante de Europa, fuera de Rusia, que tenía un partido comunista de masas. Después, Francia tuvo por primera vez un movimiento comunista de masas durante el período del Frente Popular. Después de la segunda guerra mundial, mientras que el KPD quedaba prácticamente eliminado de Alemania Occidental, el PCF se convirtió en la organización mayoritaria de la clase obrera en Francia.

<sup>10</sup> Véase su entrevista en *Der Spiegel*, 6 de enero de 1970.

Este doble cambio transformó todo el equilibrio de la cultura marxista en Europa. Desde la época de la II Internacional, el movimiento obrero francés —que a principios del siglo XIX había estado a la cabeza del continente en militancia política y creatividad intelectual— en el campo teórico había quedado bastante a la zaga de sus equivalentes en Europa oriental y central, y aun en Italia. El marxismo nunca había penetrado profundamente en la SFIO o la CGT. Las razones de este retraso cultural en la III República fueron esencialmente dos: la fuerza de las tradiciones premarxistas nativas (el proudhonismo, el blanquismo y el anarcosindicalismo) en el proletariado y el sostenido vigor del radicalismo burgués (de un tardío tipo jacobino) que aún anclaba firmemente a la intelectualidad local en su propia clase. Donde se producía la confluencia de estas dos corrientes, por ejemplo, en un dirigente como Jean Jaurès, el resultado era una doctrina social de un acentuado idealismo y provincialismo. En Francia no se hizo ninguna contribución importante a los grandes debates marxistas de la época anterior a 1914. Para todos los fines del Partido Socialista Francés, *El capital* era un libro cerrado; es significativo que antes de la primera guerra mundial no se tradujera en Francia ninguna obra teórica importante escrita después de Marx y Engels. La victoria de la Entente en 1918, al mantener la dominación de la burguesía francesa y ahorrar a la clase obrera la prueba de una derrota, amplió las condiciones para el crecimiento del marxismo como una fuerza real en el país. El Partido Comunista Francés, después de un comienzo aparentemente triunfal en 1920, pronto quedó reducido a proporciones relativamente modestas, con unos 50.000 afiliados, durante el resto de la década. Los intelectuales que atrajo eran en su mayoría personalidades literarias, con una relación más sentimental que científica con la herencia de las ideas socialistas.

Sólo en 1928 se unió al partido el primer grupo de intelectuales más jóvenes con un verdadero interés por el marxismo. Este grupo incluía a Nizan, Lefebvre, Politzer, Guterman y Friedmann; había cristalizado en la revuelta

contra la esterilidad y el provincialismo de la filosofía francesa oficial y había tenido en un comienzo simpatías por el surrealismo<sup>11</sup>. Sin embargo, su entrada en el PCF coincidió con la estalinización final del movimiento comunista internacional durante el tercer período. Por ello, desde el principio su labor teórica estuvo sujeta a estrictas limitaciones políticas, pues por entonces todas las cuestiones fundamentales concernientes al análisis del desarrollo capitalista y a la conducción de la lucha de clases eran dominio exclusivo no ya de la dirección nacional del partido en Francia, sino de la Komintern en la misma Rusia. Así, el campo para la actividad intelectual dentro del marxismo se había reducido mucho dentro de las filas de los partidos comunistas europeos. Politzer, después de un precursor intento de llevar a cabo una crítica marxista del psicoanálisis<sup>12</sup>, se convirtió en poco más que un obediente funcionario cultural del PCF. El espíritu polémico de Nizan fue rápidamente ahogado por las presiones organizativas, hasta que finalmente se rebeló contra el pacto nazi-soviético y fue expulsado del partido<sup>13</sup>. Sólo Lefebvre mantuvo un nivel y un volumen relativamente elevados de producción escrita y la fidelidad pública al PCF. Pudo hacerlo mediante una innovación táctica que más tarde se haría característica de los teóricos marxistas posteriores en Europa occidental: dar al César lo que era del César, es decir, una lealtad política combinada con una labor intelectual lo suficientemente disociada de los problemas centrales de la estrategia revolucionaria como para escapar al control o la censura directos. Los principales escritos de Lefebvre de los años treinta fueron sobre todo de carácter filosófico, con un nivel de abstracción que le permitía mantenerse dentro de los límites de la disciplina del partido. La publicación de su obra más importante, *El materialismo dialéctico*, retrasada durante

<sup>11</sup> Sobre los orígenes de este grupo, véase Henri Lefebvre, *La somme et le reste*, París, 1959, pp. 389-414.

<sup>12</sup> *Critique des fondements de la psychologie*, París 1928. Politzer había sido testigo de la Comuna húngara en su juventud, lo cual sugiere un tenue vínculo con el marxismo de Europa central.

<sup>13</sup> Véase el vívido ensayo de Sartre en la reedición de *Aden Arabie*, de Paul Nizan, París, 1960; ambos eran íntimos amigos.

tres años después de su conclusión, fue recibida con recelos oficialmente<sup>14</sup>; por su tono y sus preocupaciones, se la puede situar entre la obra anterior de Lukács, de carácter directo, con sus apelaciones explícitas a la «historia», y la obra contemporánea de Horkheimer, de carácter evasivo, con sus apelaciones cada vez más escurridizas a la «teoría crítica». Lefebvre, aunque leído por Benjamin (con quien compartía la simpatía hacia el surrealismo) en París<sup>15</sup>, permaneció internacionalmente aislado a fines de los años treinta; dentro de Francia, su caso era único.

La ocupación alemana de 1940-44 trastornó todo el universo político y cultural de la III República, y por primera vez creó las condiciones para la difusión del marxismo como producto teórico corriente en Francia. El PCF, que había llegado a ser un partido de masas —con más de 300.000 miembros— en los últimos años del Frente Popular, se convirtió en la fuerza popular dominante de la Resistencia desde 1941, y surgió de la guerra enormemente fortalecido. Después de 1945, su supremacía organizativa dentro de la clase obrera francesa era abrumadora. El resultado de ello fue un rápido crecimiento de su poder de reclutamiento y atracción intelectuales. Politzer había muerto en la Resistencia; Nizan había perecido en Dunkerque. Lefebvre siguió siendo el filósofo más distinguido y prolífico del partido durante la década siguiente. En efecto, en este período, el incremento en la masa de intelectuales llevados al PCF dio una obra teórica relativamente escasa, porque se vio en gran medida neutralizado por la extrema intensificación de los controles culturales dentro del partido al comenzar la guerra fría y el violento reforzamiento del zhdanovismo por la dirección del PCF. Así, el principal fenómeno nuevo de la primera década posterior a la guerra fue la influencia del marxismo en los medios existencialis-

<sup>14</sup> Sobre este episodio, véase la narración autobiográfica de Lefebvre en *La somme et le reste*, p. 47.

<sup>15</sup> Véase el ensayo de Benjamin, «Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker», en *Angelus Novus*, Francfort, 1966, pp. 326-41 [«Historia y coleccionismo: Eduardo Fuchs», en *Discursos interrumpidos*, 1]. Los contactos de Benjamin en París constituyen un importante tema para futuras investigaciones.

tas que habían surgido durante la ocupación y que adquirieron una gran irradiación cultural después de ella, con las obras de Sartre, Merleau-Ponty y De Beauvoir. Esta influencia fue mediatizada por Kojève, el primer filósofo académico que introdujo sistemáticamente a Hegel en Francia antes de la guerra y cuya interpretación «existencial» de *La fenomenología del espíritu* brindó a Sartre y Merleau-Ponty un puente indirecto hacia el marxismo<sup>16</sup>. En 1946, éstos fundaron un periódico socialista independiente, *Les Temps Modernes*, cuya amplia gama de contribuciones filosóficas, políticas, literarias, antropológicas y psicoanalíticas rápidamente lo convirtió en la revista teórica más influyente del país. Ni Merleau-Ponty ni Sartre se sintieron tentados a entrar en el PCF, pero ambos trataron sucesivamente de mantener una actitud revolucionaria activa junto a él, articulando ideas políticas que el partido mismo se negaba a admitir, pero sin oponerse a él ni atacarlo. Esta ambigua relación, basada en la creencia de que la masa de la clase obrera francesa estaba incommoviblemente organizada por un partido que sofocaba la labor intelectual dentro de él, condujo finalmente al extraordinario intento de Sartre, en 1952-54, de realizar una teorización directa de la práctica política del PCF desde fuera, en la serie de ensayos titulados *Los comunistas y la paz*<sup>17</sup>. Naturalmente, se demostró que tal «excéntrica» unidad de teoría y práctica no era posible. La revuelta húngara de 1956 llevó a Sartre a una espectacular ruptura con el PCF; a partir de entonces desarrolló su obra teórica fuera de todo marco de referencia organizativo como filósofo y publicista particular declaradamente sin contacto con las masas. Mientras tanto, dentro del partido comunista, las repercusiones del XX Congreso del PCUS y la rebelión húngara finalmente habían llevado a Lefebvre

<sup>16</sup> Las clases de la preguerra de Kojève fueron publicadas en 1947 con el título de *Introduction à la lecture de Hegel*. Alexandre Kojève (Kozhevnikov) nació en Rusia en 1902 y estudió filosofía en Alemania de 1921 a 1927 bajo la influencia de Jaspers y Heidegger. Luego pasó a Francia, donde Alexandre Koyré, otro emigrado ruso, dirigió su interés a Hegel. Como sucesor de Koyré, Kojève dio clases sobre Hegel en la Ecole Pratique des Hautes Etudes desde 1934 hasta la segunda guerra mundial.

<sup>17</sup> Publicados recientemente en traducción inglesa, Londres, 1969.



a la oposición activa, y en 1958 fue expulsado del partido. En esos años la pasividad política del PCF llegó a su punto culminante durante la guerra de Argelia.

Sin embargo, la limitada liberalización del régimen interno del partido en los años sesenta reveló que nuevas fuerzas intelectuales habían estado gestándose dentro de él calladamente. Ya la publicación por entregas de la biografía de Marx y Engels de Cornu, desde 1955, había señalado el paso a Francia de la tradición erudita de Mehring y Riazanov<sup>18</sup>. Pero fue la aparición de la obra de Louis Althusser, de 1960 a 1965, lo que supuso un cambio decisivo en el nivel del debate intelectual dentro del partido. Por primera vez se había articulado un importante sistema teórico dentro del marco organizativo del comunismo francés, sistema cuyo valor y originalidad fueron reconocidos hasta por sus más decididos oponentes. La influencia de Althusser se difundió muy rápidamente después de 1965, tanto dentro como fuera de las filas del PCF, dándole una posición única en la historia del partido<sup>19</sup>. Sin embargo, la paradoja de este ascendente ha sido su desarrollo en sentido contrario a la evolución política del PCF. La acentuada moderación del comunismo occidental en los años sesenta, en efecto, alcanzó su expresión más desarrollada en el programa del partido en pro de una «democracia avanzada» en Francia, mientras internacionalmente el PCF se distinguía por su alto grado de hostilidad hacia China y su adhesión a la postura rusa en el conflicto chino-soviético. Por el contrario, la obra de Althusser se definía explícitamente como antihumanista en una época en que la doctrina oficial del partido francés alababa las virtudes del humanismo como vínculo común entre socios contractuales (comunistas, socialistas y católicos) en la edificación de una democracia avanzada, y el partido soviético proclamaba «todo para el hombre» como lema de masas; al mismo tiempo, Althusser apenas disimulaba sus simpatías hacia China.

<sup>18</sup> Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels*, París, 1955-70; hasta ahora han aparecido cuatro volúmenes, que llegan hasta 1846.

<sup>19</sup> Las dos obras principales de Althusser, *Pour Marx y Lire Le capital* aparecieron a pocos meses de distancia una de otra, en 1965.

Así, una vez más, había una marcada tirantez en la relación entre teoría y partido en el PCF: mientras que antes este último había impuesto estridentemente la «ortodoxia» frente a las inclinaciones «liberales» de la primera, ahora los papeles se invertían, y la primera reclamaba silenciosamente el rigor frente a la laxitud del segundo. Pero en la nueva situación, la misma liberalización del PCF, destinada a tranquilizar a sus aliados y asociados, se combinó con la estudiada cautela personal de Althusser para evitar todo choque frontal. A este respecto, la posición de Althusser dentro del partido francés llegó a asemejarse a la de Lukács en el partido húngaro después de la intervención soviética de 1956. En ambos casos, importantes intelectuales con un profundo vínculo personal con el movimiento comunista se negaron a abandonarlo o a romper con él, sellando el pacto tácito con su partido de guardar silencio sobre la política propiamente dicha, si su obra teórica (cualesquiera que fuesen sus implicaciones prácticas finales) permanecía relativamente intacta. La viable prestigio intelectual acomodación suponía un considerable prestigio independiente por parte de ambos teóricos, lo que hacía posible una coexistencia táctica que la organización del partido tenía interés en no dar por terminada. La ambigüedad y la tensión inherentes a este tipo de lazo no eran menos evidentes, particularmente en el caso de Althusser, a causa de la falta de restricciones coercitivas en el PCF.

La extraordinaria escala y velocidad de la difusión del marxismo en Italia después de la liberación, que no sólo se manifestó en el crecimiento del PCI, sino también del PSI y de vastos sectores no organizados de la intelectualidad, no tuvo paralelo en ningún otro país europeo. Sumada a la recepción que en la posguerra se dio al materialismo histórico en Francia, hizo que el eje principal de la cultura marxista después de 1945 pasara en Europa de la zona germánica a la latina por primera vez en el siglo. Pero el desarrollo del marxismo italiano iba a seguir un rumbo notablemente diferente del seguido por el marxismo francés en las dos décadas siguientes. Italia había poseído una tradición marxista nativa que se remontaba a la época de Engels,



a fines del siglo XIX. La obra de Labriola había sido heredada y continuada en la generación siguiente por Mondolfo, otro filósofo ex hegeliano que a su vez había ejercido una influencia directa sobre la generación de Gramsci<sup>20</sup>. Luego, en el largo interludio del fascismo, se incubaron en la prisión los escritos de Gramsci, que fueron descubiertos y publicados por primera vez en 1947-49. Su efecto fue enorme, tanto dentro del PCI como fuera de él. La presencia de esta herencia marxista nativa que culminó en la gran obra emprendida por Gramsci ayudó, pues, a inmunizar al comunismo italiano contra los mayores estragos de la guerra fría: el PCI resistió al zhdanovismo en mucha mayor medida que el PCF. La dirección del partido, aún compuesta en gran parte por hombres que habían sido contemporáneos y colegas de Gramsci, atenuó lo peor de la represión cultural típica del período de la Kominform y permitió cierta libertad de expresión intelectual dentro de la organización, siempre que estuviese segregada de la actividad política del partido. Por otro lado, la canonización póstuma de Gramsci, paradójicamente, sirvió para esterilizar la vitalidad de su legado teórico al marxismo italiano. La figura de Gramsci fue convertida en un icono ideológico oficial del partido, invocado en todos los actos públicos, mientras sus escritos eran manipulados u olvidados: veinticinco años después del fin de la guerra, el PCI no había publicado una edición crítica seria de sus obras. Así, los mezclados aromas de incienso y polvo que rodearon a los *Cuadernos de la prisión* dieron el inesperado resultado de que la principal tendencia teórica que se desarrolló dentro del marxismo italiano después de la segunda guerra mundial fue una reacción contra toda la ascendencia filosófica desde Labriola a Gramsci.

El fundador de la nueva escuela era Galvano Della Volpe, un filósofo afiliado al PCI en 1944 que escribió una serie de obras influyentes de 1947 a 1960. Della Volpe, como la mayoría de los intelectuales académicos italianos de la pre-

<sup>20</sup> Sobre el papel de Mondolfo, véase Christian Riechers, *Antonio Gramsci. Marxismus in Italien*, Frankfurt, 1970, pp. 21-24.

guerra, había aceptado el fascismo. Formalmente absuelto de su pasado por su adhesión al PCI después del golpe de Badoglio, con todo, sus antecedentes le impedían adquirir una autoridad política dentro del partido, mientras que los mismos rasgos personales que antaño le habían llevado a aceptar y justificar el Estado corporativo, posteriormente le inclinaban a una consecuente conformidad con la política de la dirección del PCI. De este modo, si bien la orientación teórica de Della Volpe divergía claramente de la ortodoxia prevaleciente en el partido, su obra carecía de toda carga política autónoma. Aunque era el más eminente filósofo profesional del partido, también era en muchos aspectos el más marginal a él. No hubo ninguna fricción seria entre Della Volpe y el partido en el transcurso de las dos décadas de su pertenencia a él; pero también, el aparato cultural del partido le rindió escaso homenaje. Sin embargo, bajo su influencia surgió un grupo de jóvenes intelectuales que formaron la escuela más coherente y productiva dentro del PCI: Pietranera, Colletti, Rossi, Merker, Cerroni y otros. De éstos, el más dotado y agudo era Colletti, quien se unió al partido a los veintiséis años, en 1950. Después del XX Congreso del PCUS y de la rebelión húngara, la revista teórica del PCI, *Società*, fue ampliada en su equipo editorial en 1957 mediante la inclusión (entre otros) de Della Volpe y Pietranera, a los que se sumó Colletti al año siguiente. En este período, los temas filosóficos de la escuela empezaron a adquirir resonancias políticas entre algunos de los miembros más jóvenes del grupo. En particular, se podía interpretar que la insistencia filosófica en la importancia de la «abstracción científica determinada» característica de la obra de Della Volpe, implicaba la necesidad de un análisis de la sociedad italiana en términos de las categorías «puras» del capitalismo desarrollado, con unos objetivos políticos correspondientemente «avanzados» a perseguir por la clase obrera. Esto se hallaba en oposición con la ortodoxia del PCI, que subrayaba el carácter históricamente atrasado e híbrido de la sociedad italiana, lo cual exigía reivindicaciones más limitadas, de tipo «democrático» más

que socialista, políticamente más adecuadas<sup>21</sup>. Las tensiones teóricas dentro de *Società* provocaron finalmente la supresión de la revista por el PCI a principios de 1962, seguida por un debate filosófico en gran escala en el semanario del partido, *Rinascita*, donde apareció una acusación contra la escuela de Della Volpe, a la que Colletti respondió acremente. Dos años más tarde, disgustado por el fracaso de toda democratización real dentro de la URSS o de los partidos comunistas occidentales desde 1956, Colletti abandonó el PCI<sup>22</sup>. Su obra principal durante la década siguiente fue escrita fuera de todo marco organizativo.

Así, de 1924 a 1968, el marxismo no se «detuvo», como iba a afirmar Sartre más tarde, pero avanzó mediante un interminable rodeo lejos de toda práctica política revolucionaria. Este divorcio estuvo determinado por toda la época histórica. En el plano más profundo, el destino del marxismo en Europa fue regido por la ausencia de grandes levantamientos revolucionarios después de 1920, excepto en la periferia cultural de España, Yugoslavia y Grecia. También fue, inseparablemente, un resultado de la estalinización de los partidos comunistas, herederos formales de la revolución de Octubre, lo cual hizo imposible una genuina labor teórica dentro de la política aun en ausencia de todo levantamiento revolucionario, lo que, a su vez, contribuyó a impedirlo. Así, la característica oculta del marxismo oc-

<sup>21</sup> Véase Franco Cassano, comp., *Marxisme e filosofia in Italia*, Bari, 1973, pp. 7-8, 14-19, 180-81. Este volumen contiene los textos de los principales debates teóricos dentro del PCI en los años cincuenta y sesenta, incluida la controversia de 1962 a que nos referiremos más adelante.

<sup>22</sup> [Sobre esta historia, véase ahora el propio relato de Colletti, «A political and philosophical interview», *New Left Review*, 86, julio-agosto de 1974, pp. 3-9 («Entrevista a Lucio Colletti», *Zona Abierta*, 4, 1975). Este notable texto es de gran importancia para toda una serie de problemas teóricos y políticos analizados en este ensayo. En efecto, muchas de sus conclusiones son similares a algunas tesis que aquí presentamos, aunque, naturalmente, con sus fundamentos propios. Ningún otro pensador importante de la tradición del marxismo occidental ha mostrado tanta lucidez sobre la naturaleza y los límites de éste como Colletti. Es innecesario decir que no hay razón alguna para suponer que él estaría de acuerdo con muchas de las argumentaciones o juicios particulares de este ensayo.]

cidental en su conjunto es que se trata de un producto de la *derrota*. El fracaso de la revolución socialista fuera de Rusia, causa y consecuencia de su corrupción dentro de Rusia, es el trasfondo común a toda la tradición teórica de este período. Sus obras principales fueron creadas, sin excepción, en situaciones de aislamiento político y desesperación. *Historia y consciencia de clase* (1923), de Lukács, fue escrita en el exilio, en Viena, mientras el terror blanco reinaba en Hungría después de la supresión de la Comuna húngara. Los *Cuadernos* de Gramsci fueron escritos en la prisión, cerca de Bari, después de la definitiva represión del movimiento obrero italiano por el fascismo triunfante. Las dos obras más importantes de la Escuela de Francfort se publicaron en el momento culminante de la reacción política en Alemania Occidental y los Estados Unidos después de la guerra: *Minima moralia* (1951), de Adorno, en el año en que se inició en Alemania Occidental el proceso formal de proscripción del KPD; *Eros y civilización* (1954), de Marcuse, durante la histeria del macartismo en Norteamérica. En Francia, la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), de Sartre, fue publicada después del golpe gaullista de 1958 y en el momento más álgido de la guerra de Argelia, cuando la masa de la clase obrera francesa —conducida por el PCF— permanecía paralizada e inerte, mientras los ataques terroristas de la OAS golpeaban a los pocos individuos que se oponían activamente a la guerra. Fue también en esos años cuando Althusser comenzó a elaborar sus primeros y más originales estudios: *Contradicción y sobredeterminación* (1962), el más importante de éstos, coincidió con la instalación autoritaria del gobierno presidencial directo y la plena consolidación política de la V República. Esta serie ininterrumpida de derrotas políticas —para la clase obrera, para el socialismo— no pudo por menos de tener profundos efectos sobre la naturaleza del marxismo de esta época.

Al mismo tiempo, la estalinización de los partidos creados por la III Internacional, desde fines de los años veinte, burocráticamente organizados e ideológicamente subordinados a la política de la URSS, dejó en el marxismo otro sello distintivo. El resultado de la segunda guerra mundial, como he-

mos visto, señaló un cambio profundo en el esquema geográfico del marxismo como cultura activa en Europa, con la práctica desaparición del comunismo como fuerza viva en la clase obrera de Alemania Occidental y con el surgimiento y el predominio de partidos comunistas de masas en Francia e Italia. Estas diferentes situaciones originaron una variedad de respuestas al problema de cómo relacionar la teoría marxista con la política proletaria en las regiones aludidas, pero sin hallarle solución. La incorporación formal a partidos obreros (Lukács, Della Volpe, Althusser), la salida de ellos (Lefebvre y Colletti), el diálogo fraternal con ellos (Sartre) o la renuncia explícita a toda conexión con ellos (Adorno y Marcuse) resultaron ser actitudes todas ellas incapaces de vincular la teoría marxista con la lucha de masas. Podría decirse que para todos estos teóricos el movimiento comunista oficial era el polo central o único de la relación con la política socialista organizada, lo aceptarían o lo rechazarían. Dentro del marco de esta relación había dos opciones generales. El teórico podía incorporarse a un partido comunista y aceptar el rigor de su disciplina. En este caso, podía mantener cierto contacto nominal con la vida de la clase obrera nacional (a la que, pese a todo, el partido estaba inevitablemente ligado) y una continuidad al menos filológica con los textos clásicos del marxismo y el leninismo (cuyo estudio era obligatorio dentro del partido). El precio de esta cercanía, por relativa que fuese, a las realidades de la lucha cotidiana de la clase obrera era el silencio sobre su conducción real. Ningún intelectual (o trabajador) de un partido comunista de masas de este período que no formase parte de su dirección podía hacer la menor declaración independiente sobre problemas políticos importantes, excepto en la forma más oracular. Lukács y Althusser ejemplifican esta opción. La opción opuesta era permanecer fuera de toda organización de partido, como intelectual independiente. En este caso, no había ningún control institucional sobre las formas políticas de expresión, pero, en cambio, tampoco había ningún arraigo en la clase social en cuyo beneficio la labor teórica marxista tiene sentido en definitiva. Sartre y Marcuse representan,

de diferentes maneras, variantes de esta postura. El primero mantuvo una serie inigualada de intervenciones personales por la causa del socialismo internacional, al escribir importantes ensayos sobre Francia, Hungría, Argelia, Cuba, el Congo, Vietnam y Checoslovaquia, pero sin un conocimiento íntimo de la herencia clásica del marxismo y sin influencia sobre el movimiento obrero de su propio país. El segundo poseía una formación superior en las anteriores tradiciones marxistas y escribió extensos libros que trataban, a su manera oblicua, de los Estados Unidos y la URSS (*El hombre unidimensional* y *El marxismo soviético*), pero elaboró una teoría que negaba a la clase obrera industrial todo potencial socialista activo. Una última alternativa era abandonar toda adhesión y toda referencia a la política: fue la actitud Adorno en la Alemania de posguerra.

La consecuencia de tal estancamiento fue el meditado silencio del marxismo occidental en los campos más importantes para las tradiciones clásicas del materialismo histórico: el examen de las leyes económicas del movimiento del capitalismo como modo de producción, el análisis de la maquinaria política del Estado burgués y la estrategia de la lucha de clases necesaria para derribarlo. Gramsci es la única excepción a esta regla y éste es el sello de grandeza que lo distingue de todas las otras figuras de esta tradición. Es lógico que así sea, pues sólo él encarnó en su persona la unidad revolucionaria de teoría y práctica, tal como la definía la herencia clásica. La experiencia de la insurrección de los obreros italianos en 1919-20 y de la dirección organizativa del PCI de 1924 a 1926 constituyeron las fuentes creadoras de su pensamiento durante los largos años de cárcel que le protegieron contra las consecuencias intelectuales de la estalinización fuera de Italia y que le mataron lentamente. Pero aun sus escritos revelan las rupturas y los límites en las luchas de la clase de la cual nacieron, así como las circunstancias materiales de su cautiverio. Después de Gramsci, ningún otro marxista de Europa occidental lograría realizaciones similares. La reducción del ámbito para la labor teórica a las restringidas alternativas de la obediencia institucional o el aislamiento individual

suprimió toda posibilidad de una relación dinámica entre el materialismo histórico y la lucha socialista e impidió todo desarrollo directo de los temas principales del marxismo clásico. Dentro de los partidos comunistas, todo examen de las economías imperialistas de posguerra, de los sistemas estatales de Occidente y de la conducción estratégica de la lucha de clases quedó estrictamente reservado a la cúspide burocrática de esas organizaciones, condicionada a su vez por la subordinación general a las posturas oficiales soviéticas. Fuera de las filas del comunismo organizado, no había ningún punto de apoyo dentro de la masa de la clase obrera desde el cual desarrollar un análisis o una estrategia revolucionarios inteligibles, o bien a causa del predominio comunista en el proletariado local (Francia, Italia), o bien a causa de sus abrumadoras tendencias reformistas (Alemania, Estados Unidos). La generación de teóricos formados en la doble experiencia del fascismo y la segunda guerra mundial quedó marcada por ello: o desesperaron totalmente de la clase obrera (los alemanes, que no tuvieron una Resistencia) o la identificaron inevitablemente con su representación comunista (los franceses o los italianos, que tuvieron una Resistencia). Probablemente sea significativo que el miembro más joven del grupo aludido, Colletti, el único cuya formación principal fue posterior al fascismo y a la Resistencia, fuese también el único teórico de esta tradición capaz de escribir sobre problemas políticos y económicos de la posguerra con libertad intelectual y rigor profesional desde su alejamiento del PCI.<sup>23</sup> Pero aun las contribuciones de Colletti han sido esencialmente recapitulaciones expositivas del balance de los debates clásicos, más que innovaciones sustanciales por derecho propio. Durante más de veinte años después de la segunda guerra mundial, el registro intelectual del marxismo occidental en obras de teoría económica o política propiamente dicha

<sup>23</sup> Véanse, en particular, sus ensayos «The question of Stalin», en *New Left Review*, 61, mayo-junio de 1970; e «Introduzione», en C. Napoleoni y L. Colletti, comps., *Il futuro del capitalismo: crollo o sviluppo?*, Bari, 1970, páginas lxxi-cxii (*La cuestión de Stalin*, Barcelona, Anagrama 1977; «Introducción», en *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978).

—en la producción de obras importantes en cualquiera de los dos campos— quedó prácticamente en blanco.

Las trabas institucionales representadas por los efectos del fascismo o las restricciones del comunismo de posguerra, sin embargo, no fueron en modo alguno la única razón de la esterilidad de la teoría marxista en esos dominios en el escenario de Europa occidental. Porque ésta fue también la época de una consolidación objetiva sin precedentes del capital en todo el mundo industrial avanzado. Económicamente, el dinamismo global del prolongado auge de los años cincuenta y sesenta fue mayor que el de cualquier período anterior en la historia del capitalismo. El crecimiento general y masivo que se registró en este período inició, en efecto, una nueva fase en el desarrollo del modo de producción como tal, desmintiendo aparentemente las predicciones clásicas de su inminente decadencia o crisis y planteando problemas radicalmente nuevos al análisis científico. La tradición de la economía marxista que halló su término en la *Teoría del desarrollo capitalista*, de Sweezy, en 1942, fue relegada al pasado al final de esta obra, a causa del visible éxito de la renovación keynesiana en la economía de Estados Unidos. Cuando Sweezy y Baran volvieron al tema veinte años más tarde en una extensa obra, *El capital monopolista*, renunciaron en gran medida al marco ortodoxo de las categorías económicas marxistas<sup>24</sup>. La escala y el vi-

<sup>24</sup> Es bien conocido el abandono por Baran y Sweezy del concepto de plusvalor, piedra angular de *El capital*, de Marx. Sin embargo, lo que hacen en *Monopoly capital* (Nueva York, 1966) no es tanto estudiar y rechazar conceptos como el de plusvalor o el de composición orgánica del capital, mediante una crítica directa, como apartarse tácitamente de ellos para efectuar analogías más vagas, a menudo de un cierto carácter keynesiano. En este sentido, dicha obra se sitúa en gran medida fuera de los términos y los procedimientos del marxismo clásico. Debe recordarse que Baran pasó un año (1930) de formación en el ambiente del Instituto de Investigación Social de Frankfurt; las últimas secciones de *El capital monopolista* revelan signos evidentes de su influencia. Sweezy, por su parte, ha subrayado recientemente que no considera que la noción de «excedente» [*surplus*] de *El capital monopolista* esté en contradicción con la de «plusvalor» [*surplus-value*] de *El capital*. Véase su declaración directa al respecto en *Monthly Review*, enero de 1974, pp. 31-32. En general, puede decirse que desde la publicación de *El capital monopolista* (Baran murió poco antes) los análisis de Sweezy del capitalismo estadounidense en *Monthly Review* han sido más ortodoxos en su terminología.

gor de la expansión imperialista de las fuerzas de producción, tanto en la región atlántica como en la del Pacífico, presentó un formidable desafío teórico al desarrollo del materialismo histórico: la tarea, en todas sus dimensiones, nunca fue llevada a cabo dentro de la tradición del marxismo occidental<sup>25</sup>. Al mismo tiempo, después de la segunda guerra mundial se produjo el establecimiento, por primera vez en la historia de la dominación burguesa, de la democracia representativa basada en el sufragio universal como estructura normal y estable del Estado en todos los principales países capitalistas: Alemania Occidental, Japón, Francia, Estados Unidos, Inglaterra e Italia. La novedad de este orden político como sistema perdurable y uniforme a escala internacional a menudo se olvida en el mundo anglosajón, debido a la relativa antigüedad de sus tradiciones locales en Inglaterra y los Estados Unidos<sup>26</sup>. Puede verse

<sup>25</sup> La enigmática carrera del polaco Michal Kalecki constituye quizá el caso más cercano de interés del marxismo europeo de esa época por las principales transformaciones del capitalismo avanzado. Nacido en Lodz en 1899, Kalecki —ingeniero de formación, sin títulos formales en economía— se anticipó a la mayoría de las ideas de Keynes en su obra *Estudios sobre la teoría de los ciclos económicos*, de 1933, dos años antes de la publicación de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Emigró a Inglaterra a través de Suecia en 1935, y fue luego el primer economista que predijo el sistema de posguerra de gestión anticíclica de la demanda en Occidente, en su artículo «The political aspects of full employment» (*The Political Quarterly*, 4, 1943). En 1955 volvió a Polonia, donde ocupó puestos en la universidad y la planificación hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1970. La ambigüedad de la obra de Kalecki reside, por supuesto, en la naturaleza indeterminada de su relación con el marxismo. Sería necesario ahondar la investigación biográfica sobre este punto. Como colaborador anónimo en periódicos socialistas en la Polonia semidictatorial de los coroneles, en los años treinta, Kalecki parece haber sido criticado por el PC polaco por «luxemburguismo», a causa de su preocupación por los problemas de la demanda efectiva y los niveles de inversión. En Inglaterra y Norteamérica, su obra —nunca formulada en categorías marxistas clásicas— fue tomada como una forma de keynesianismo de izquierda. Aún no se ha pronunciado un veredicto final. La obra de Kalecki plantea la cuestión de si no ha existido una tradición específicamente polaca de economía marxista en este siglo, que descendería de Luxemburgo, y a la que Grossmann, Moszkowska y Kalecki, de diferentes maneras, habrían pertenecido oblicuamente.

<sup>26</sup> En la misma Inglaterra, la implantación del sufragio universal sólo data de 1929. En Francia, Italia y Japón fue introducido por primera vez en 1945.

esto en la ausencia de toda teorización importante o convincente sobre él en el marxismo clásico: el Estado democrático-burgués en sí nunca fue objeto de una obra importante de Marx, quien no vivió para ver su realización, ni de Lenin, cuyo enemigo era un tipo de Estado completamente distinto, el de la Rusia zarista. Así, los problemas implícitos en la elaboración de una teoría política capaz de captar y analizar la naturaleza y los mecanismos de la democracia representativa, como forma madura del poder burgués, no fueron menores que los planteados por el rápido avance de la economía capitalista mundial, durante las dos primeras décadas siguientes a la guerra. También ellos constituían una laguna dentro de la corriente principal de la obra marxista en Occidente.

El progresivo abandono de las estructuras económicas o políticas como puntos de interés de la teoría fue acompañado por un cambio básico en todo el centro de gravedad del marxismo europeo, el cual se desplazó hacia la *filosofía*. El hecho más sorprendente de toda la tradición que va de Lukács a Althusser y de Korsch a Colletti es la abrumadora preponderancia de los filósofos profesionales dentro de ella. Socialmente, este cambio significó un emplazamiento académico creciente de la teoría elaborada en la nueva época. En tiempos de la II Internacional, Luxemburgo y Kautsky, por igual, se habían burlado de los *Kathedersozialisten*, los «socialistas de cátedra», que enseñaban en las universidades, sin ningún compromiso de partido. Los intelectuales marxistas de la generación anterior a la primera guerra mundial nunca se incorporaron a los sistemas universitarios de Europa central u oriental. La forma de unidad política entre la teoría y la práctica que ellos representaban era incompatible con cualquier posición académica. En cambio, era habitual que enseñaran en escuelas de partido o voluntarias para obreros, como una actividad más de una vida de militancia. Hilferding y Luxemburgo enseñaron economía política en la escuela del SPD en Berlín, mientras Lenin y Riazanov dieron clases a obreros bolcheviques en Longjumeau, y Bauer dio cursos en el centro del öSPD en Viena. Los primeros teóricos del marxismo occidental siguieron esta tradición. Lukács enseñó en el Círculo Galileo de Budapest durante la primera guerra mundial; Korsch dio clases en la escuela experimental Karl Marx de Berlín en los años veinte. La creación del Instituto de Investigación Social de Francfort —institución independiente, pero adherida a la universidad local del Estado— marcó

una fase de transición en la República de Weimar. Pero al final de la segunda guerra mundial, la teoría marxista había emigrado de manera prácticamente total a las universidades, lugares de refugio y exilio al mismo tiempo de las luchas políticas del mundo exterior. En este periodo, Lukács, Lefebvre, Goldmann, Korsch, Marcuse, Della Volpe, Adorno, Colletti y Althusser ocuparon todos cargos universitarios con rango de profesores<sup>1</sup>; Sartre, que había iniciado una brillante carrera docente universitaria, la abandonó después de triunfar como escritor. En todos los casos, la disciplina que enseñaban era la filosofía.

Los determinantes externos que impulsaron el desplazamiento de los focos principales de la teoría marxista de la economía y la política hacia la filosofía y su traslado formal de las asambleas de los partidos a los departamentos académicos, se inscribían en la sombría historia de este periodo. Pero este cambio nunca habría sido tan general y completo de no haber existido un poderoso determinante interno en la misma cultura marxista. El suceso decisivo fue la tardía revelación de los trabajos tempranos más importantes de Marx: los manuscritos de París de 1844. Estos fueron publicados por primera vez en Moscú en 1932. Su influencia inmediata fue acallada por la victoria en 1933 del nazismo en Alemania, el país donde —por entonces— era probable que su resonancia fuese mayor, y por el comienzo de las purgas en Rusia, en 1934. (Riazanov, que había preparado los manuscritos para su publicación en la edición crítica de las obras de Marx y Engels, fue destituido del Instituto de Moscú antes de que aparecieran.) Sin embargo, causaron una profunda y perdurable impresión en tres pensadores de la época, independientemente. En su exilio en Moscú, Lukács trabajó bajo la dirección de Riazanov en el desciframiento de los manuscritos en 1931: esta experiencia, según su propia declaración, transformó de manera per-

<sup>1</sup> Lukács en Budapest, Korsch en Nueva York, Marcuse en Brandeis y La Jolla, Lefebvre, Goldmann y Althusser en París, Adorno en Francfort Della Volpe en Mesina y Colletti en Roma. Sólo Gramsci y Benjamin, ambos víctimas del fascismo, permanecieron ajenos a toda universidad.

manente su interpretación del marxismo<sup>2</sup>. En Berlín, Marcuse celebró su publicación con un ensayo de 1932 en *Die Gesellschaft*, que empezaba con la resonante declaración de que los manuscritos «daban una nueva base a toda la teoría del 'socialismo científico'»; y subrayaba en particular su opinión de que demostraban la importancia fundamental de los cimientos filosóficos del materialismo histórico en todas las etapas de la obra de Marx<sup>3</sup>. En París, Lefebvre fue autor de las primeras traducciones de los manuscritos a una lengua extranjera: su primera edición de ellos, preparada en colaboración con Guterman, apareció en 1933; la primera obra teórica importante que expuso una reconstrucción del pensamiento de Marx como un todo a la luz de los manuscritos de 1844 fue *El materialismo dialéctico*, de Lefebvre, escrito en 1934-35<sup>4</sup>. Pero fue en el período posterior a la segunda guerra mundial cuando se hicieron sentir dentro del marxismo contemporáneo los plenos efectos del descubrimiento de las primeras obras de Marx y su incorporación al estudio de su pensamiento. En Italia, Della Volpe inició su entrada teórica en el materialismo dialéctico con la primera traducción y examen en italiano de los nuevos textos del joven Marx, no sólo de los manuscritos de París, sino especialmente de la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1947-50)<sup>5</sup>. También en este caso, toda la versión que ofrecía Della Volpe del marxismo —que llegó a inspirar a una gran escuela— se basó en una selección y una interpretación particulares de los primeros escritos fi-

<sup>2</sup> Véase la entrevista «Lukács on his life and work», *New Left Review*, 68, julio-agosto de 1971, pp. 56-57; y el prefacio de 1967 a *History and class consciousness*, Londres, 1971, p. xxxvi (*Historia y consciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969).

<sup>3</sup> Véase Marcuse, *Studies in critical philosophy*, Londres, NLB, 1972, páginas 3-4 cuyo primer ensayo es una traducción de este texto fundamental, «The foundations of historical materialism» («Nuevas fuentes para fundamentar el materialismo histórico», en *Para una teoría crítica de la sociedad*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1971).

<sup>4</sup> *Le materialisme dialectique*, publicado por primera vez en París en 1939; traducido al inglés con el título de *Dialectical materialism*, Londres, 1968, pp. 61-167, *passim*.

<sup>5</sup> Véanse *La teoría marxista dell'emancipazione umana* (1945) y *La libertà comunista* (1946), que se centran principalmente en los manuscritos de París, y *Per la teoria d'un umanesimo positivo* (1947), centra-

losóficos de Marx, aunque un poco diferentes de las de Lukács, Marcuse o Lefebvre. En Francia, fueron también los nuevos textos del joven Marx los que principalmente llevaron a Merleau-Ponty y Sartre al marxismo después de la liberación: la primera aproximación importante de Sartre a los problemas de la teoría marxista, *Materialismo y revolución* (1947), apelaba esencialmente a la autoridad de los manuscritos de París<sup>6</sup>. El cenit de la influencia de los escritos filosóficos del joven Marx se alcanzó a fines de los años cincuenta, cuando los temas provenientes de ellos se difundieron en gran escala por toda Europa occidental. Tanto fue así que el primer rechazo inequívoco de esos textos como constitutivos del materialismo histórico —los primeros ensayos de Althusser— aún los tomaba forzosamente como punto de partida para todo examen realizado dentro del marxismo contemporáneo<sup>7</sup>. Hasta en la negación definían el campo preliminar de discusión. Además, la forma misma del rechazo de los escritos tempranos de Marx permaneció sujeta a la alteración a largo término de los puntos cardinales del marxismo que su descubrimiento había hecho posible. Porque la teoría positiva desarrollada por Althusser, en contra de las anteriores interpretaciones de Marx basadas en ellos, siguió situándose en un plano técnicamente filosófico, desconocido antes de su aparición.

Así, el marxismo occidental en su conjunto, paradójicamente, invirtió la trayectoria del desarrollo del propio Marx. Mientras que el fundador del materialismo histórico se desplazó progresivamente de la filosofía a la política y luego a la economía, como terreno central de su pensamiento, los sucesores de la tradición que surgieron después de 1920 volvieron la espalda cada vez más a la economía y la política para pasar a la filosofía, abandonando el compro-

do en la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. Las traducciones por Della Volpe de ambos textos de Marx aparecieron en 1950.

<sup>6</sup> Véase *Literary and philosophical essays*, Londres, 1955.

<sup>7</sup> En particular, «Feuerbach's 'Philosophical manifestoes'». «On the young Marx» y «The 1844 manuscripts of Karl Marx», en *For Marx*, Londres, 1969 («Los 'manifiestos filosóficos' de Feuerbach», «Sobre el joven Marx» y «Los 'manuscritos de 1844' de Karl Marx», en *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967).



miso directo con lo que había sido la gran preocupación del Marx maduro, casi tan completamente como éste había abandonado el examen directo de los temas de su juventud. En este sentido, la rueda pareció dar un giro completo. En realidad, por supuesto, no se produjo ninguna simple reversión, ni podía producirse. La empresa filosófica del propio Marx estaba dirigida ante todo a saldar cuentas con Hegel y sus principales herederos y críticos en Alemania, especialmente Feuerbach. El objeto teórico de su pensamiento era esencialmente el sistema hegeliano. En cambio, para el marxismo occidental —pese al gran resurgimiento de los estudios hegelianos dentro de él— el principal objeto teórico era el pensamiento del propio Marx. El examen de éste, desde luego, nunca se limitó a los primeros escritos filosóficos solamente. La masiva presencia de las obras económicas y políticas de Marx excluía esto. Pero la totalidad de la obra de Marx fue tratada, típicamente, como la fuente material de la que el análisis filosófico extraería los principios epistemológicos destinados al uso sistemático del marxismo para interpretar (y transformar) el mundo, principios que el mismo Marx nunca expuso de modo explícito o exhaustivo. Ningún filósofo de la tradición marxista occidental sostuvo jamás que la meta principal o final del materialismo histórico fuera constituir una teoría del conocimiento. Pero el supuesto común prácticamente de todos era que la tarea *preliminar* de la indagación teórica dentro del marxismo era discernir las reglas de la investigación social descubiertas por Marx, pero enteradas en las particularidades circunstanciales de su obra, y si era necesario completarlas. El resultado fue que una notable proporción de lo que produjo el marxismo occidental se convirtió en un prolongado e intrincado Discurso del Método. La primacía concedida a esta empresa era extraña a Marx en cualquier fase de su desarrollo. El grado en que los temas epistemológicos predominaron en toda esta tradición puede verse en los títulos de sus obras características. Desde un comienzo, la obra de Korsch, *Marxismo y filosofía*, estableció el modelo básico. El volumen similar publicado por Lukács el mismo año se iniciaba con un en-

sayo titulado «¿Qué es marxismo ortodoxo?», en el que se afirmaba confiadamente que dicho término se refería «exclusivamente al método»<sup>8</sup>. Este precepto iba a hallar fiel reflejo en el metodologismo obsesivo de las obras del catálogo posterior; los libros titulados *Razón y revolución* (Marcuse), *El asalto a la razón* (Lukács), *La lógica como ciencia positiva* (Della Volpe), *El problema del método* y la *Crítica de la razón dialéctica* (Sartre), *Dialéctica negativa* (Adorno) y *Para leer «El capital»* (Althusser).

La naturaleza de segundo orden del discurso elaborado en estas obras —sobre el marxismo más que de marxismo— tuvo una consecuencia adicional. El lenguaje en que estaban escritas adquirió un carácter cada vez más especializado e inaccesible. Durante todo un período histórico, la teoría se convirtió en una disciplina esotérica cuyo lenguaje sumamente técnico daba la medida de su distancia de la política. La obra de Marx, desde luego, no había sido siempre conceptualmente fácil ni para los lectores de su época ni para la posteridad. Pero tanto sus primeros textos filosóficos como sus posteriores obras económicas (las dos partes más difíciles de su obra) debían su sistema inicial de términos a teorías preexistentes —esencialmente, Hegel y Ricardo— que Marx trató de criticar y superar mediante la creación de nuevos conceptos más claros y próximos a la realidad material; menos «hipostasiados» (en el vocabulario del joven Marx), menos «teológicos» (en el del Marx maduro). Además, si bien nunca ocultó al lector las dificultades de llegar a dominar una disciplina científica, después de 1848 Marx trató de exponer su pensamiento de la manera más sencilla y clara posible, a fin de llevar al máximo su inteligibilidad para la clase obrera a la que estaba destinado. Es famoso el cuidado que se tomó a tal fin en la traducción francesa de *El capital*.

En contraste con esto, la extremada dificultad del lenguaje característica de gran parte del marxismo occidental en el siglo xx nunca fue controlada por la tensión de una relación directa o activa con un público proletario. Por

<sup>8</sup> *History and class consciousness*, p. 1.



el contrario, su mismo exceso por encima del mínimo necesario de complejidad verbal fue el indicio de su divorcio de toda práctica popular. El peculiar exoterismo de la teoría marxista occidental iba a asumir múltiples formas: en Lukács, un estilo pesado y abstruso, cargado de academicismo; en Gramsci, una penosa y críptica fragmentación, impuesta por la prisión; en Benjamin, una gnómica brevedad y oblicuidad; en Della Volpe, una sintaxis impenetrable y una autorreferencia circular; en Sartre, un hermético e implacable laberinto de neologismos; en Althusser, una sibilina retórica de la evasión<sup>9</sup>. La mayoría de estos autores eran capaces de expresarse con claridad y llaneza. Algunos de ellos —Sartre, Adorno y Benjamin— eran también literatos de valía. Sin embargo, ninguno de ellos se expresó en un lenguaje llano y sencillo en las importantes obras teóricas por las que se los recuerda habitualmente. Las explicaciones individuales o personales no pueden dar cuenta de este fenómeno colectivo y reiterado. El caso de Gramsci simboliza, por su misma excepción, la regla histórica que rigió este abandono general por la teoría del lenguaje marxista clásico. Los *Cuadernos de la prisión*, la obra más grande de toda esta tradición, fueron escritos por un dirigente revolucionario de la clase obrera, no por un filósofo profesional, proveniente de un estrato social mucho más pobre y humilde que el de cualquier otro intelectual marxista importante de Europa occidental u oriental antes o después de la primera guerra mundial. Sin embargo, contienen numerosos enigmas, muchos de ellos no resueltos aún por la erudición contemporánea, producto de la feroz censura y las privaciones de la cárcel, que obligaban a Gramsci a recurrir a códigos alusivos más que a exposiciones coheren-

<sup>9</sup> Las dificultades literarias de estos autores iban a ser criticadas con frecuencia. La dirección por Gramsci de *L'Ordine Nuovo* iba a ser atacada por su «dificultad» por el periódico socialista francés *L'Humanité* en 1920, acusación a la que Gramsci replicó con una extensa justificación de su prosa en *L'Ordine Nuovo*, 10 de enero de 1920. Lukács fue acusado de «aristocratismo en el estilo» por Revai en 1949; véase Josef Revai, *Lukács and socialist realism*, Londres, 1950, pp. 18-19. La terminología de Sartre fue atacada con particular vigor por Lucien Sève, en «Jean Paul Sartre et la dialectique», *La Nouvelle Critique*, 123, febrero de 1961, páginas 79-82.

tes<sup>10</sup>. Esta reclusión física, consecuencia de la derrota en la lucha de clases, iba a ser una imagen profética del aislamiento que rodeó a los teóricos posteriores, más libres que Gramsci, pero más alejados de las masas. En este sentido, el lenguaje del marxismo occidental estuvo sujeto a una censura histórica más amplia: el abismo abierto durante casi cincuenta años entre el pensamiento socialista y el suelo de la revolución popular.

Este largo divorcio, que modeló la *forma* teórica del marxismo occidental, tuvo sobre él otro llamativo efecto general. Todo ocurrió como si la ruptura de la unidad política entre la teoría marxista y la práctica de masas diese como resultado un irresistible *desplazamiento* hacia otro eje de la tensión que debería haberlas vinculado. En ausencia del polo magnético de un movimiento revolucionario de clase, la aguja de toda esta tradición tendió a dirigirse cada vez más hacia la cultura burguesa contemporánea. La relación original entre la teoría marxista y la práctica proletaria fue sutil, pero constantemente sustituida por una nueva relación entre la teoría marxista y la teoría burguesa. Las razones históricas de esta reorientación, desde luego, no residieron sencillamente en el déficit de la práctica revolucionaria de masas en Occidente. Por el contrario, fue el bloqueo del avance socialista en las naciones de capitalismo avanzado el que determinó la configuración cultural total de esas sociedades en ciertos aspectos fundamentales. Sobre todo, la restabilización del imperialismo, junto con la estalinización del movimiento comunista, hizo que sectores importantes del pensamiento burgués recuperaran una relativa vitalidad y superioridad sobre el pensamiento socialista. En Occidente, el orden burgués no llegó al agota-

<sup>10</sup> Las condiciones de la prisión, sin embargo, no explican las dificultades que presentan los *Cuadernos* de Gramsci. Su lenguaje, como hemos visto, había sido criticado por su innecesaria complejidad aun en Turín; además, al menos algunos de los enigmas de los *Cuadernos* han de ser atribuidos a sus propias contradicciones e incertidumbres intelectuales, al abordar problemas a los que nunca halló una respuesta inequívoca o satisfactoria.

miento de su lapso histórico de vida: su capacidad para sobrevivir a dos guerras mundiales y resurgir económicamente en las dos décadas siguientes con mayor dinamismo que nunca se reflejó, inevitablemente, en su capacidad de cambio y desarrollo cultural. Aún contaba con la adhesión de los estratos intelectuales mayores y mejor preparados del mundo, cuyas realizaciones creadoras siguieron siendo (con importantes variaciones nacionales) esenciales en todos los campos. Estas realizaciones, naturalmente, tenían límites determinados, establecidos por la posición descendente del capitalismo a escala global, en una época en que, pese a todo, un tercio del mundo escapó a su control. Pero la debilidad general de la cultura socialista, dañada o paralizada por la represión oficial del estalinismo y el confinamiento de la revolución internacional a las zonas atrasadas de Eurasia, fue en definitiva mucho mayor. Después de 1920, el marxismo en su conjunto avanzó menos rápidamente, en un gran número de disciplinas, que la cultura no marxista. Esta amarga realidad ejerció una presión central y agobiante sobre el carácter de la labor que se realizaba dentro del materialismo histórico en Europa occidental.

Así, el rasgo más descollante del marxismo occidental, como tradición común, es, quizá, la constante presencia e influencia sobre él de los sucesivos tipos de idealismo europeo. El ámbito de las relaciones entre ellos fue siempre complejo, pues suponía la asimilación y el rechazo, el préstamo y la crítica. Las proporciones de la mezcla variaron de un caso a otro. Pero el esquema básico fue extrañamente similar del decenio de 1920-30 al de 1960-70. Lukács escribió *Historia y consciencia de clase* mientras aún se hallaba bajo la profunda influencia intelectual de la sociología de Weber y Simmel y la filosofía de Dilthey y Lask. En particular, sus categorías fundamentales de «racionalización» y «conciencia adscrita» derivaban de Weber; su tratamiento de la «cosificación» llevaba el claro sello de Simmel; y su hostilidad hacia las ciencias naturales —algo totalmente ajeno a la literatura marxista anterior— estaba en gran medida inspirada por Dilthey y la concepción del vitalismo alemán (*Lebensphi-*

losophie) en general<sup>11</sup>. Gramsci construyó sus *Cuadernos de la prisión*, en gran parte, como un diálogo constante con Croce y una crítica sistemática de éste, y adoptó la terminología y las preocupaciones del filósofo idealista que por entonces dominaba el escenario cultural de Italia, en particular su interés por la historia ético-política<sup>12</sup>; también, secundariamente, desarrolló ideas y enfoques del crítico literario De Sanctis, de una generación anterior. La obra colectiva de la escuela de Francfort se impregnó, desde los años treinta en adelante, de los conceptos y tesis del psicoanálisis freudiano, como referencia organizadora de buena parte de su investigación teórica. El principal estudio de Marcuse, *Eros y civilización*, iba a ser llamado expresamente una «indagación filosófica de Freud», y todo su vocabulario de la «represión» y la «sublimación», el «principio de realidad» y el «principio de rendimiento», «eros» y «tánatos» se movía dentro del universo del discurso de Freud. Sartre es un caso especial, ya que fue el más eminente filósofo existencialista de Francia, formado por Heidegger y Husserl antes de pasar al marxismo. Así, llevó consigo a sus escritos marxistas su pasado intelectual, con sus instrumentos y sus invenciones distintivos. El resultado de esto fue el traslado de muchos de los conceptos de *El ser y la nada* a los de la *Crítica de la razón dialéctica*; entre otros, la noción de «facticidad» que lleva a la de «rareza», la de «inautenticidad» a la de «serialidad», la de inestabilidad del «para-sí-en-sí» a la del «grupo en fusión»<sup>13</sup>. Pero, al

<sup>11</sup> Estas influencias son ampliamente demostradas en el ensayo de Gareth Stedman Jones, «The marxism of the early Lukács», *New Left Review*, 70, noviembre-diciembre de 1971. Weber fue amigo personal y colega de Lukács antes de la primera guerra mundial.

<sup>12</sup> Sobre la complejidad de la actitud de Gramsci hacia Croce y su admiración con reservas por la categoría de éste de la «historia ético-política», que en su opinión debía ser tomada como un «canon empírico» para la investigación histórica, véase *El materialismo storico*, Turín, 1966, páginas 201-2, donde Gramsci compara incluso a Croce con Lenin, como dos teóricos de la hegemonía que, cada uno a su manera, rechazaron el economismo (*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971).

<sup>13</sup> Una exposición completa de las semejanzas conceptuales entre *El ser y la nada* y la *Crítica de la razón dialéctica* se hallará en el admira-

mismo tiempo, las dos principales fuentes anteriores del original sistema existencialista de Sartre siguieron influyendo activamente en su pensamiento posterior: las referencias o alusiones a Husserl y Heidegger abundan en su largo estudio sobre Flaubert, publicado diez años después de la *Crítica de la razón dialéctica*. Althusser concibió su obra como una polémica abierta y radical contra sus principales predecesores, sobre todo Gramsci, Sartre y Lukács. Pero también su sistema teórico debió muchos de sus términos organizadores a tres dispares pensadores idealistas: las nociones de «ruptura epistemológica» y de «problemática» fueron tomadas de Bachelard y Canguilhem, un filósofo y un historiador de la ciencia, ambos de pronunciada tendencia psicologista; las ideas de «lectura sintomática» y «estructura descentrada» provenían de Lacan, un psicoanalista que combinaba la ortodoxia freudiana con resonancias heideggerianas; mientras que la acuñación del término «sobredeterminación», claro está, fue importada directamente de Freud<sup>14</sup>. Estas respectivas correlaciones culturales —que rigen la posición topográfica del pensamiento de Lukács, Gramsci, Marcuse, Sartre y Althusser— son sólo las más importantes y destacadas de tales series en la tradición del marxismo occidental. Relaciones similares pueden encontrarse en casi todos sus representantes<sup>15</sup>. El papel central que desempeñó en la obra de Goldmann la psicología de Piaget (con quien trabajó en Suiza durante la guerra) es un ejemplo típico. Aun fuera del marco de esta tradición propiamente dicha, tiende a aparecer la misma

ble estudio de Frederic Jameson, *Marxism and form*, Princeton, 1971, páginas 230-74, que es con mucho el mejor análisis crítico del tema.

<sup>14</sup> Sobre las propias declaraciones de Althusser en torno a sus deudas con Bachelard, Canguilhem y Lacan, véase *For Marx*, p. 257, y *Reading capital*, p. 16 (*Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969). Bachelard dirigió la tesis doctoral de Althusser.

<sup>15</sup> La principal excepción es la escuela de Della Volpe en Italia. El mismo Della Volpe tomó muchos elementos de la lingüística de Hjelmslev para su teoría estética en la *Crítica del gusto*, pero la escuela en su conjunto permaneció relativamente libre de influencias no marxistas, en comparación con sus homólogas de otras partes. Esta ausencia probablemente estuvo relacionada con la falta de innovaciones temáticas importantes que también la distinguió, como se verá más adelante.

regla: la relación de Sweezy con Schumpeter en la teoría económica es un ejemplo de esto<sup>16</sup>. Recíprocamente, la influencia de un solo pensador idealista puede extenderse a varios teóricos marxistas. Bachelard, por ejemplo, no sólo inspiró a Althusser, sino que también fue admirado por Lefebvre, Sartre y Marcuse, quienes extrajeron conclusiones muy diferentes de su obra<sup>17</sup>. Freud, sobre todo, fue un descubrimiento común, no sólo de Adorno y Marcuse, sino también de Althusser y Sartre, aunque, nuevamente, cada uno de ellos adaptó o interpretó su legado en muy diversas direcciones<sup>18</sup>. Esta constante confluencia con sistemas de pensamiento contemporáneos ajenos al materialismo histórico, y a menudo declaradamente adversos a él, fue algo desconocido en la teoría marxista antes de la primera guerra mundial<sup>19</sup>. Fue una novedad específica y definitoria del marxismo occidental.

La serie de relaciones entre importantes teóricos de esta tradición y pensadores modernos del campo cultural no

<sup>16</sup> Véase *The theory of capitalism development*, p. ix.

<sup>17</sup> Véase *La somme et le reste*, pp. 142-43; *Being and nothingness*, Londres, 1957, pp. 600-3 (*El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1966); *Eros and civilization*, Londres, 1956, pp. 106 y 209 (*Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral 1969), y *One-dimensional man*, Londres, 1964, pp. 249-50 (*El hombre unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1968). Estos autores se sintieron atraídos esencialmente por la poética de Bachelard, más que por su epistemología.

<sup>18</sup> Cf. Adorno «Sociology and psychology», *New Left Review*, 46-47, noviembre de 1967-febrero de 1968; Marcuse, *Eros and civilization*, *passim*; Althusser, «Freud and Lacan», en *Lenin and philosophy and other essays*, Londres, NLB, 1971 (*Freud y Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1970); Sartre, *Between existentialism and marxism*, Londres, NLB, 1974, pp. 35-42.

<sup>19</sup> La influencia del darwinismo en la época de la II Internacional es quizá el equivalente más cercano. Sin embargo, la autoridad del evolucionismo era la de una ciencia natural que no incidía directamente en el dominio social del materialismo histórico. Por ello, podía ser aprobado o adoptado sin una verdadera modificación interna de éste. Aun en el caso de Kautsky, probablemente el teórico más sensible a la influencia del darwinismo, las importaciones directas no son características de su principal obra de la preguerra. Un caso más extremo de esta especie fue, sin duda, el atractivo de Mach sobre ciertos intelectuales bolcheviques, en particular Bogdánov, que instó a Lenin a escribir *Materialismo y empiriocriticismo*. También aquí fue el desarrollo de las ciencias físicas lo que ejerció una atracción —transitoria— sobre ciertas tendencias dentro del marxismo. Sin embargo, ninguna figura importante de la tercera generación del marxismo clásico sufrió su influencia.

marxista fue, por así decir, el eje horizontal de referencia intelectual para el marxismo de Occidente. Pero al mismo tiempo, éste se distinguió también por un eje vertical de referencia de un género en gran medida extraño también a las anteriores tradiciones marxistas: fue su invariable construcción de un linaje filosófico que se remontaba *más allá* de Marx. Todos los principales sistemas teóricos del marxismo occidental revelan, a este respecto, el mismo mecanismo espontáneo. Sin excepción, han apelado a filosofías premarxistas para legitimar, explicar o completar la filosofía de Marx. Este regreso compulsivo más allá de Marx, en busca de un anterior punto de vista ventajoso desde el cual interpretar el significado de la obra de Marx, fue también un indicio sugestivo de la situación histórica básica en que se hallaba el marxismo occidental. El novedoso predominio de los filósofos dentro de la tradición fue, como hemos visto, uno de los signos del cambio general que sufrió la cultura marxista después de 1920. Las líneas verticales de descendencia que reivindicaba ahora el marxismo occidental, para Marx y para sí mismo, obedecían en buena medida a ese ascendente profesional dentro de él, pues el mismo Marx no había dejado ninguna obra filosófica sistemática en el sentido clásico. Tras sepultar sus primeras tesis filosóficas en manuscritos inéditos, en su madurez nunca se aventuró de nuevo en un terreno puramente filosófico. Aun su más importante trabajo posterior sobre el método, la introducción de 1857 a los *Grundrisse*, quedó en forma de fragmento programático, nunca terminado ni preparado para su publicación. El carácter latente y parcial de la producción filosófica de Marx fue compensado por los escritos tardíos de Engels, y sobre todo el *Anti-Dühring*, para sus sucesores inmediatos. Pero esos escritos cayeron en general descrédito después de 1920, cuando se hizo cada vez más obvia la incompatibilidad de algunos de sus temas centrales con los problemas y los hallazgos de las ciencias naturales. En efecto, el marxismo occidental iba a comenzar con un doble y decidido rechazo de la herencia filosófica de Engels por Korsch y Lukács en *Marxismo y filosofía* y en *Historia y consciencia de clase*, respectivamente. En ade-

lante, la aversión a los últimos textos de Engels iba a ser común prácticamente a todas las corrientes en presencia, de Sartre a Colletti, de Althusser a Marcuse<sup>20</sup>. Pero una vez descartada la contribución de Engels, la limitación del legado de Marx se hizo más evidente, y más acuciante la necesidad de completarlo. El recurso a anteriores autoridades filosóficas del pensamiento europeo para tal fin puede ser considerado, en cierto sentido, como una regresión con respecto a Marx. No es casual que la perentoria frase con la que Marx ajustó cuentas con sus antepasados intelectuales —«Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo»— haya encontrado poco eco en el marxismo occidental, cuyos filósofos quedaron legalmente desembarazados de la unidad revolucionaria entre teoría y práctica que exigía la onceava tesis sobre Feuerbach. Por otro lado, una sola frase no puede suprimir siglos de reflexión. La mera afirmación de Marx nunca podía bastar para proporcionar una filosofía al materialismo histórico, ni incluso para hacer un balance de las viejas filosofías anteriores a él. Además, la propia cultura filosófica de Marx no era en modo alguno exhaustiva. Basada esencialmente en Hegel y Feuerbach, no se caracterizaba por su conocimiento íntimo de Kant o Hume, Descartes o Leibniz, Platón o Tomás de Aquino, para no hablar de otras figuras menores. Así, en otro sentido, una regresión cronológica más allá de Marx no era necesariamente una reincidencia filosófica, precisamente porque Marx nunca había evaluado o superado toda la ética, la metafísica o la estética anteriores; ni siquiera

<sup>20</sup> La única excepción a esta regla es el marxista italiano Sebastiano Timpanaro, quien ha defendido el legado filosófico de Engels con dignidad y autoridad en su libro *Sul materialismo*, Pisa, 1970, pp. 1-122 (*Praxis, materialismo y estructuralismo*, Barcelona, Fontanella, 1973). La calidad de la obra de Timpanaro le da con creces derecho a ser considerada en todo examen general del marxismo occidental en esta época. Sin embargo, ha estado dirigida tan expresamente contra todas las otras escuelas, dentro de este último, y representa una postura tan divergente, que su simple inclusión aquí podría parecer gratuita. No obstante, ni siquiera esta obra intransigentemente original ha escapado a ciertas determinaciones comunes del marxismo occidental. Véase más adelante, cap. 4, nota 40.

había abordado muchos problemas básicos de la filosofía clásica. En otras palabras, había cierta legitimidad en los sucesivos intentos hechos dentro del marxismo occidental para establecer un linaje intelectual que se remontara más allá de Marx. Porque *todo* desarrollo creador de la filosofía marxista inevitablemente tendría que pasar por una reconsideración de la compleja historia cognoscitiva que el mismo Marx ignoraba o evitaba. Los puntos de partida existentes en la obra de Marx eran demasiado escasos y demasiado estrechos para que esto no fuese necesario. Al mismo tiempo, no es menester subrayar los riesgos implícitos en un prolongado recurso a las tradiciones filosóficas premarxistas: es bien conocido el peso abrumador de los motivos idealistas y religiosos en ellas.

La primera reinterpretación importante del marxismo que hizo un uso fundamental de un sistema premarxista para construir su propio discurso teórico fue el enfoque que de Hegel hizo Lukács en *Historia y consciencia de clase*. Hegel nunca había sido muy estudiado en la II Internacional: por lo general, sus principales pensadores le habían considerado como un precursor remoto, pero ya sin importancia, de Marx, de menor entidad que Feuerbach<sup>21</sup>. Lukács invirtió radicalmente esta apreciación, y por primera vez elevó a Hegel a una posición absolutamente dominante en la prehistoria del pensamiento marxista. La influencia de esta reevaluación de Hegel iba a ser profunda y duradera para toda la tradición posterior del marxismo occidental, coincidieran o no con ella los pensadores posteriores. Pero el recurso de Lukács a Hegel fue mucho más allá de esta atribución genealógica, pues dos de las tesis teóricas básicas de *Historia y consciencia de clase* provenían de Hegel más que de Marx: la idea del proletariado como el «sujeto-objeto idéntico de la historia», cuya conciencia de clase superaba por ello el problema de la relatividad social del conoci-

<sup>21</sup> Véanse los propios comentarios de Lukács en *History and class consciousness*, p. xxi. La principal excepción fue Labriola, quien había sido un filósofo hegeliano antes de su encuentro con el marxismo. De ahí la repentina revelación del «descubrimiento» de Hegel por Lenin, después del descrédito de la II Internacional en 1916.

miento, y la tendencia a concebir la «alienación» como una objetivación externa de la objetividad humana, cuya reapropiación sería un retorno a una prístina subjetividad interior, lo que permitía a Lukács identificar el logro por la clase obrera de una verdadera conciencia de sí misma con la realización de una revolución socialista. Cuarenta años más tarde, Lukács iba a describir esas tesis distintivas de *Historia y consciencia de clase* como «una pluscuamhegelización de Hegel»<sup>22</sup>. Sin embargo, la reevaluación de la importancia de Hegel para el marxismo, que inició *Historia y consciencia de clase*, halló muchos sucesores. El mismo Lukács más tarde trató de redescubrir categorías fundamentales del pensamiento de Marx en el de Hegel, más que de introducir categorías hegelianas en el marxismo. Su estudio de *El joven Hegel* (1938) fue un esfuerzo mucho más erudito para establecer una continuidad directa entre Hegel y Marx, basado en la lectura por Lukács de los manuscritos de 1844, en Moscú, y en el papel de conceptos económicos como el de trabajo en los primeros escritos de Hegel<sup>23</sup>.

Tres años más tarde, Marcuse publicó *Razón y revolución* en Nueva York, con el subtítulo de *Hegel y el surgimiento de la teoría social*, primer intento de efectuar un análisis marxista de todo el desarrollo del pensamiento de Hegel, en todas sus fases, como preparación y condición para la obra de Marx. La fidelidad de Marcuse a este concepto de Hegel nunca vaciló. Adorno, mucho más crítico que Lukács o Marcuse del idealismo objetivo como «filosofía de la identidad», basó, sin embargo, su importante obra en los procedimientos de la *Fenomenología del espíritu*: «El método de Hegel —declaró— inspiró el de *Minima moralia*»<sup>24</sup>. En Francia, en cambio, aun admitiendo la importancia fundamental de Hegel en la formación de Marx, Sartre iba a invertir su evaluación y a exaltar la contribución antitética de Kierkegaard como correctivo filosófico a Hegel dentro del marxismo. Si bien sostenía que el mismo Marx había superado la

<sup>22</sup> *History and class consciousness*, p. xxiii (p. xxv).

<sup>23</sup> *Der junge Hegel* no fue publicado hasta 1948 a causa de la guerra.

<sup>24</sup> *Minima moralia*, Londres, NLB, 1974, p. 16 (*Minima moralia*, Caracas, Monteávila, 1975).

antinomía entre Kierkegaard y Hegel, afirmó que el marxismo del siglo XX había tendido a convertirse en un neohegelianismo petrificado, revalidando de este modo la protesta del existencialismo en nombre de la experiencia individual frente a un sistema objetivista omnímodo, experiencia que Kierkegaard había sido el primero en expresar<sup>25</sup>. La reconstrucción de Sartre del proceso histórico en la *Crítica de la razón dialéctica* tomó como irreductible punto de partida el individuo concebido de este modo, como término final de toda clase social. Aun después de la *Crítica*, el único filósofo al que dedicó un estudio especial fue Kierkegaard<sup>26</sup>.

En Italia, Della Volpe y su escuela fueron resueltamente antihegelianos desde el comienzo: tajantemente negativos en su evaluación de la filosofía de Hegel y positivos en su aserción de que el pensamiento de Marx fue una ruptura completa con Hegel. Della Volpe ubicó a Marx en un linaje que iba desde Aristóteles, pasando por Galileo, hasta Hume, todos los cuales, sostenía, habían realizado críticas de hipótesis de su época similares a la dirigida por Marx contra Hegel<sup>27</sup>. Pero fue su discípulo Colletti quien escribió el principal ataque sistemático contra el hegelianismo que se llevó a cabo en el marxismo occidental: *Hegel y el marxismo*. Esta obra fue concebida como una demostración en gran escala de que Hegel era un filósofo cristiano intuitivo cuyo propósito teórico básico era la aniquilación de la realidad objetiva y la devaluación del intelecto, al servicio de la religión, y que, por tanto, estaba en las antípodas de Marx. En cambio, Colletti sostenía que el verdadero predecesor filosófico de Marx fue Kant, cuya insistencia en la realidad independiente del mundo objetivo, más allá de todos los conceptos cognoscitivos que se tengan de él, fue la

<sup>25</sup> *The problem of method*, Londres, 1963, pp. 8-14 («Cuestiones de método», en *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963, volumen 1).

<sup>26</sup> Véase el importante ensayo «Kierkegaard: the singular universal», en *Between existentialism and marxism*, pp. 146-69 («Kierkegaard: el universal singular», en Sartre y otros, *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza, 1968).

<sup>27</sup> *Logica come scienza positiva*, Mesina, 1950.

precursora de la tesis materialista de la irreductibilidad del ser al pensamiento. Así, la epistemología de Kant fue precursora de la de Marx, aunque éste nunca tuvo conciencia de la medida de su deuda con el primero<sup>28</sup>. Análogamente, para Della Volpe y Colletti, la teoría política de Marx tenía un importante precedente del que éste era inconsciente: la obra de Rousseau. Las limitaciones filosóficas de Kant residían en su aceptación de los principios de intercambio de la sociedad capitalista liberal, y fueron precisamente estos conceptos los que Rousseau repudió en una crítica radicalmente democrática del Estado representativo burgués que posteriormente Marx, en todo lo esencial, casi no haría más que repetir<sup>29</sup>.

Un realineamiento no menos drástico, pero en agudo contraste con los anteriores, se produjo en la obra de Althusser y su escuela. Aunque menos explícita en su lenguaje, fue en esencia la más total asimilación retroactiva de toda una filosofía premarxista al marxismo. En este caso, el antepasado atribuido a Marx era Spinoza. En verdad, para Althusser, «la filosofía de Spinoza introdujo una revolución teórica sin precedentes en la historia de la filosofía y, sin lugar a dudas, la mayor revolución filosófica de todos los tiempos»<sup>30</sup>. Casi todos los nuevos conceptos y ma-

<sup>28</sup> *Hegel and marxism*, Londres, NLB, 1973, especialmente pp. 113-38 (*El marxismo y Hegel*, México, Grijalbo, 1977). En la época de la II Internacional, Mehring y otros (Adler) se habían sentido atraídos por la ética de Kant, pero ninguna construcción filosófica sistemática del género de la realizada por Colletti trató de vincular la epistemología de Kant con la de Marx.

<sup>29</sup> Véase Della Volpe, *Rousseau e Marx*, Roma, 1964, pp. 72-77 (*Rousseau y Marx*, Barcelona, Martínez Roca, 1970). La formulación extrema de esta opinión se hallará en Colletti, «Introduction», en Karl Marx, *Early writings*, Penguin/NLR, Londres, 1974 («Introducción a los primeros escritos de Marx», en *La cuestión de Stalin*, Barcelona, Anagrama, 1977).

<sup>30</sup> *Reading capital*, p. 102. La primacía implícita otorgada a Spinoza sobre Marx tuvo un importante precedente, en este caso en la II Internacional. Plejánov creía que el marxismo era esencialmente «una variedad de spinozismo», y escribió que «el spinozismo de Marx y Engels representa precisamente el materialismo más moderno»: *Fundamental problems of marxism*, Londres, 1929, pp. 10-11 («Las cuestiones fundamentales del marxismo», en *Obras escogidas*, I, Buenos Aires, Quetzal, 1964, p. 367). Estas afirmaciones han sido vigorosamente atacadas por Colletti, para quien «Plejánov fue uno de quienes consideraban a Marx como una mera extensión y aplicación de Spinoza»; véase *From Rousseau to Lenin*,

tices del marxismo de Althusser, dejando de lado los importados de disciplinas contemporáneas, de hecho fueron tomados directamente de Spinoza. La distinción categórica entre «objetos del conocimiento» y «objetos reales» fue tomado directamente de la famosa distinción de Spinoza entre *idea e ideatum*<sup>31</sup>. El monismo oculto que une los dos polos de este dualismo fue también fielmente tomado de Spinoza: la althusseriana «esencia general de la producción», común al pensamiento y la realidad, no era más que la traducción de la máxima de Spinoza: *ordo et connexio idearum rerum idem est, ac ordo et connexio rerum* («el orden y conexión de las ideas es el mismo que el orden y conexión de las cosas»)<sup>32</sup>. La radical eliminación por Althusser del problema filosófico de las garantías del conocimiento o la verdad, también obedecía al dicho de Spinoza *veritas norma sui et falsi*, consecuencia lógica de todo monismo riguroso<sup>33</sup>. De manera similar, el concepto fundamental de «causalidad estructural» de un modo de producción en *Para leer «El capital»* es una versión secularizada de la concepción que tiene Spinoza de Dios como *causa immanens*<sup>34</sup>. Sobre todo, el apasionado ataque de Althusser a las ilusiones ideológicas de la experiencia inmediata en oposición al conocimiento científico propio de la teoría solamente, y a todas las concepciones de los hombres y las clases como sujetos conscientes de la historia, y no como «so-

Londres, NLB, 1972, p. 71 (*Ideología y sociedad*, Barcelona, Fontanella, 1975). En la URSS, durante los años veinte, Debordin y sus discípulos siguieron a Plejánov y consideraron a Spinoza un «Marx sin barba». Un punto que cabe señalar es que Marx desconocía en gran medida la obra de Kant y Descartes, pero había leído detenidamente a Spinoza en su juventud; sin embargo, hay pocos indicios de que haya sido particularmente influido por él. En su obra sólo es posible hallar un puñado de referencias a Spinoza, en su mayoría del género más común.

<sup>31</sup> *Reading capital*, p. 40, lo dice expresamente. Para Spinoza, «*idea vera est diversum quid a suo ideato: nam aliud est circulus, aliud idea circuli*» (*De emendatio intellectus*).

<sup>32</sup> Cf. *For Marx*, p. 169, *Reading capital*, p. 216, y *Ethica*, II, proposición VII.

<sup>33</sup> *Reading capital*, pp. 59-60. «La verdad es tanto el criterio de sí misma como de la falsedad»: *Ethica*, II, prop. XLIII, *scholium*.

<sup>34</sup> *Reading capital*, pp. 187-89. «*Deus est omnium rerum causa immanens, non vero transiens*» («Dios es la causa inmanente, no transitoria, de todas las cosas»): *Ethica*, I, prop. XVIII.

portes» involuntarios de relaciones sociales, era una exacta reproducción de la denuncia de Spinoza de la *experientia vaga* como fuente de todos los errores y su infatigable insistencia en que la ilusión arquetípica era la creencia de los hombres de poseer de algún modo una volición libre, cuando de hecho están permanentemente gobernados por leyes de las que no tienen conciencia: «Su idea de la libertad es sólo su ignorancia de la causa de sus acciones»<sup>35</sup>. El implacable determinismo de Spinoza terminaba con la conclusión de que, aun en la sociedad menos opresiva, nunca será posible librarse del poder de la ilusión: «Quienes creen que los pueblos o los hombres divididos con respecto a los asuntos públicos pueden ser llevados a vivir por la razón solamente, sueñan con la edad de oro del poeta o con un cuento de hadas»<sup>36</sup>. Althusser adaptó también esta afirmación: en una sociedad comunista, los hombres también estarán rodeados por los fantasmas de la ideología como medio necesario de su experiencia espontánea. «Todas las sociedades humanas secretan la ideología como el elemento y la atmósfera misma indispensable a su respiración, a su vida histórica»<sup>37</sup>. La introducción sistemática de Spinoza en el materialismo histórico por Althusser y sus discípulos fue intelectualmente el intento más ambicioso de construir un linaje filosófico para Marx y desarrollar inmediatamente a partir de él nuevas direcciones teóricas para el marxismo contemporáneo<sup>38</sup>. Sólo en un aspecto impor-

<sup>35</sup> «*Haec ergo est eorum libertatis idea, quod suarum actionum nullam cognoscant causam*»: véase *Ethica*, II, prop. xxxv, *scholium*. La parte cuarta de la *Ethica* lleva el título «*De servitute humana, seu de affectum viribus*», «Sobre la esclavitud del hombre, o el poder de las emociones», tema fundamental en toda la obra de Althusser, si se hace la transcripción de las «emociones» a la «ideología». Véase *For Marx*, páginas 232-35, *Reading capital*, p. 180.

<sup>36</sup> Spinoza, *Tractatus theologico-politicus*, I, 5.

<sup>37</sup> *For Marx*, p. 232.

<sup>38</sup> [Después de ser escrito este párrafo. Althusser reconoció por primera vez su deuda con Spinoza. Véase *Eléments d'autocritique*, París, 1974, pp. 65-83 (*Elementos de autocritica*, Barcelona, Laia, 1975). Sin embargo, su exposición de ella sigue siendo vaga y genérica, y carece por lo común de referencias textuales y correspondencias específicas. De este modo, no revela la verdadera extensión y unidad de la transposición del mundo de Spinoza a su obra teórica. Un estudio filológico más profundizado hallaría pocas dificultades para documentarla.]



tante Althusser se dirigió a otra parte en busca de conexiones significativas en la historia de la filosofía. La relativa indiferencia de Spinoza hacia la historia llevó a Althusser a completar su linaje de Marx con una línea de descendencia secundaria que parte de Montesquieu, en una relación muy similar a la de Kant con Rousseau en la genealogía de Colletti. Althusser atribuyó al *Esprit des lois*, de Montesquieu, el trascendental descubrimiento del concepto de una totalidad social «determinada en última instancia» por un aspecto preponderante dentro de ella, concepto que luego iba a ser científicamente fundamentado por Marx en *El capital*<sup>39</sup>.

Estos sucesivos retornos más allá de Marx constituyen los casos más destacados e influyentes dentro del marxismo occidental. Pero no agotan la lista. Según es bien sabido, Goldmann eligió a Pascal como precursor fundamental de la teoría dialéctica en *El Dios oculto*<sup>40</sup>. En su juventud, Lefebvre optó por Schelling como progenitor filosófico<sup>41</sup>. De un modo más profundo y subterráneo, Adorno y Horkheimer probablemente fueron también inspirados por Schelling en su introducción de la idea de una «naturaleza caída» en el marxismo<sup>42</sup>. Marcuse, por su parte, apeló al esteticismo de Schiller en apoyo de su concepto de una futura sociedad comunista<sup>43</sup>. En algunos casos, también, un mismo filósofo recibió homenaje de diversos pensadores pertenecientes a la tradición del marxismo occidental.

<sup>39</sup> *Politics and history*, Londres, NLB, 1973, pp. 52-53 ss. (Montesquieu, la política y la historia, Madrid, Ciencia Nueva, 1968).

<sup>40</sup> *The hidden God*, Londres, 1964, pp. 243-4, 251-2, 300-2. Goldmann había elegido antes a Kant como precursor fundamental de la idea marxista de totalidad: véase *Immanuel Kant*, Londres, NLB, 1971 (*Introducción a la filosofía de Kant*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974).

<sup>41</sup> *La somme et le reste*, pp. 415-24; este episodio, que no es de mucha importancia en sí mismo para la obra posterior de Lefebvre, en otros aspectos es particularmente revelador de la tendencia general de esta tradición. Lefebvre relata que él y Politzer sintieron profundamente la falta de un linaje apropiado y por ello se pusieron conscientemente a buscar uno que les pareciera adecuado; finalmente, dieron con Schelling.

<sup>42</sup> El resurgimiento de esta noción, oculta en la cultura de la izquierda alemana, es un problema que está por investigar. Probablemente, al que primero interesó fue a Ernst Bloch.

<sup>43</sup> *Eros and civilization*, pp. 185-93.

Nietzsche, por ejemplo, odioso para Lukács, fue paradójicamente exaltado por Adorno, Sartre, Marcuse y Althusser<sup>44</sup>. Pero quizá la más elocuente prueba de una invisible regularidad que atraviesa todo el campo del marxismo occidental, por fuertes que sean sus contrastes y oposiciones internos, es el caso de Gramsci. Pues éste fue el único teórico importante de Occidente que no era un filósofo, sino un político. Ningún interés puramente profesional podía haberle impelido a buscar antepasados anteriores a Marx. Sin embargo, también él organizó centralmente su obra más original alrededor de un precursor: Maquiavelo. Para Gramsci, el antecesor obligado del pasado premarxista era necesariamente no un filósofo clásico, sino un teórico político como él. Pero la medida y el tipo de los préstamos que tomó Gramsci de Maquiavelo son totalmente similares a los de otros pensadores del marxismo occidental. El también tomó directamente del anterior sistema del florentino términos y temas que introdujo en su propia obra. En los *Cuadernos de la prisión*, el partido revolucionario mismo se convierte en una versión moderna del «Príncipe», cuyo poder unitario exaltó Maquiavelo. El reformismo es interpretado como una visión «corporativa» semejante a la de las ciudades italianas, cuya decisiva estrechez Maquiavelo había anatematizado. El problema de un «bloque histórico» del proletariado y el campesinado es contemplado desde el punto de vista de los planes de éste para una «milicia» popular florentina. Del principio al fin, Gramsci analiza los mecanismos de la dominación burguesa en la dual apariencia de la «fuerza» y el «engaño», las dos formas del centauro de Maquiavelo<sup>45</sup>. Deriva la tipología de los sistemas estatales de

<sup>44</sup> Compárese Lukács, *Der Zerstörung der Vernunft*, Berlín, 1953, páginas 244-317 (*El asalto a la razón*, Barcelona, Grijalbo, 1976), único tratamiento extenso del tema, con los comentarios de Adorno en «Letters to Walter Benjamin», *New Left Review*, 81, septiembre-octubre de 1973, página 72; Sartre, *Saint Genet*, Londres, 1964, pp. 346-50 (*San Genet*, Buenos Aires, Losada); Marcuse, *Eros and civilization*, pp. 119-24, y Althusser, *Lenin and philosophy*, p. 181.

<sup>45</sup> Gramsci, *Prison notebooks*, Londres, 1971, especialmente pp. 125-43, 147-8 y 169-75. (Existen varias antologías en castellano de los *Cuadernos de la prisión*; véase, entre ellas, la *Antología* compilada por M. Sacristán, Madrid, Siglo XXI, 1974.)



la tríada de éste formada por el «territorio», la «autoridad» y el «consenso». Para Gramsci, el pensamiento de Maquiavelo «también podría ser llamado una 'filosofía de la praxis'»<sup>46</sup>, que era la forma en que Gramsci aludía al marxismo en la prisión. Así, hasta el mayor y menos típico de sus representantes confirma las reglas generativas del marxismo occidental.

La unidad operativa que delimitaba el campo del marxismo occidental en su conjunto, con sus desplazamientos globales de ejes, no excluía, desde luego, las divisiones subjetivas y los agudos antagonismos dentro de él. En verdad, éstos contribuyeron mucho a generar la vitalidad interna y la variedad de esta tradición, una vez establecidos históricamente sus límites externos. Sin embargo, es característico del marxismo occidental que nunca haya elaborado una cartografía exacta o adecuada de su propio paisaje intelectual. Esta laguna fue una consecuencia lógica de uno de los rasgos más sorprendentes y paradójicos de la nueva cultura teórica que se desarrolló después de 1920: su *falta de internacionalismo*. Este hecho señaló también una radical divergencia de los cánones del marxismo clásico. Hemos visto que Marx y Engels mantuvieron correspondencia y se pelearon con socialistas de toda Europa y fuera de ella. Los teóricos sucesores de la II Internacional estaban mucho más arraigados en sus contextos políticos nacionales que los fundadores del materialismo histórico, pero también formaban, al mismo tiempo, un ámbito integrado de debate socialista internacional. En la generación que siguió a Marx y Engels, la recepción a la obra de Labriola brinda quizás el ejemplo más elocuente de la comunicación continental que existía por entonces. Labriola, el primer teórico marxista que surgió en la zona políticamente atrasada y olvidada del sur de Europa, se hizo famoso con extraordinaria rapidez desde París hasta San Petersburgo. En realidad, su primer ensayo importante le fue encargado por Sorel para *Le Devenir Social*, de Francia, en 1895; al año, el periódico

<sup>46</sup> *Prison notebooks*, p. 248.

de Kautsky en Alemania, *Die Neue Zeit*, lo había registrado y saludado; en 1897, Plejánov publicó una larga recensión de los escritos de Labriola en *Novoe Slovo*, en Rusia; pocos meses más tarde, Lenin instaba a su hermana a que los tradujera al ruso, y en 1898 apareció una traducción rusa. La generación siguiente de marxistas formó una comunidad aún más internacionalista, si cabe, de pensadores y militantes, cuyos apasionados debates teóricos se basaban en gran medida en el estudio cabal y minucioso de las obras de unos y otros. La controversia sobre *La acumulación de capital*, de Luxemburgo, es un impresionante ejemplo de ello. Fue este ambiente, por supuesto, el que hizo de la creación disciplinada de la III Internacional una culminación de la experiencia histórica anterior del movimiento obrero en el continente, a la par que una ruptura con ella.

Con la victoria del «socialismo en un solo país» en la URSS, seguida de la progresiva burocratización de la Komintern y finalmente las perspectivas nacionalistas adoptadas por el comunismo europeo durante la segunda guerra mundial y después de ella, el marco dominante de la discusión marxista sufrió un cambio fundamental. Esta se desarrolló cada vez más, no sólo lejos de la militancia política, sino también de todo horizonte internacional. La teoría se contrajo gradualmente a compartimientos nacionales, aislados unos de otros por la indiferencia o la ignorancia relativas. Este proceso fue tanto más extraño cuanto que la abrumadora mayoría de los nuevos teóricos, como hemos visto, eran especialistas académicos situados en los más elevados niveles de sus respectivos sistemas universitarios, y, por tanto, se hallaban idealmente dotados, en principio, de facilidad de lenguaje y ocio para efectuar un estudio serio y lograr el conocimiento de los sistemas intelectuales de otras naciones. Sin embargo, de hecho, los filósofos de esta tradición —de estilos complejos y recónditos, como nunca había ocurrido antes— eran, prácticamente sin excepción, provincianos en grado sumo y carecían de información sobre las culturas teóricas de los países vecinos. Es asombroso que dentro de todo el *corpus* del marxismo occidental no haya una sola evaluación seria o crítica pormenorizada de la obra

de un teórico importante por otro que revele un íntimo conocimiento textual o un mínimo cuidado analítico en su tratamiento. A lo sumo hay calumnias precipitadas o elogios casuales, unas y otros basados en lecturas rápidas y superficiales. Ejemplos típicos de esta mutua preterición son las pocas y vagas observaciones de Sartre sobre Lukács, las dispersas y anacrónicas disgresiones de Adorno sobre Sartre, las virulentas invectivas de Colletti contra Marcuse, la confusión —propia de un aficionado— de Althusser entre Gramsci y Colletti y el rotundo rechazo de Althusser por Della Volpe<sup>47</sup>. Y se trata meramente de comentarios incidentales en obras cuya finalidad principal es totalmente otra. No hay ningún caso en el marxismo occidental de un combate o conflicto teórico total de un pensador o escuela con otro, y menos aún de un dominio global del ámbito internacional de esta tradición. Esto ocurre hasta en los casos en que hay una relación entre mentor y discípulo: por ejemplo, la aceptación por Goldmann de la obra del primer Lukács nunca fue acompañada del menor interés o estudio crítico de su obra posterior. El resultado de este provincialismo y esta ignorancia generalizados con respecto a los sistemas extranacionales de pensamiento fue impedir toda conciencia coherente y lúcida del edificio del marxismo occidental en su conjunto. El desconocimiento mutuo de los teóricos mantuvo en una opaca oscuridad el sistema real de relaciones y diferencias entre ellos.

Esto no significa que no hubiera intentos de delimitar claros frentes de batalla dentro del campo del marxismo occidental. Dos de tales intentos al menos fueron efectuados en los años sesenta por Althusser y Colletti. Ambos se basaron en una indiscriminada amalgama de todos los otros sistemas, aparte del propio, en un solo bloque filosófico, y en el rechazo de este conjunto como proveniente de

<sup>47</sup> Sartre, *The problem of method*, pp. 21, 37-9, 52-4; Adorno, *Negative dialectic*, Londres, 1973, pp. 49-51 (*Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1975); Colletti, *From Rousseau to Lenin*, pp. 128-40; Althusser, *Reading capital*, pp. 134-8; Della Volpe, *Critica dell'ideologia contemporanea*, Roma, 1967, pp. 25-26 n., 34-35 n., 37 n. (*Critica de la ideología contemporánea*, Madrid, A. Corazón, 1970).

Hegel y viciado por él, junto con la pretensión de que sólo su propia obra entroncaba directamente con Marx. Por lo demás, los dos relatos del desarrollo del marxismo desde los años veinte eran mutuamente incompatibles, pues las categorías de Althusser incluían explícitamente a Colletti en la tradición hegeliana que repudiaba, mientras que la lógica de Colletti atribuía a Althusser la herencia hegeliana que denunciaba. De estas dos construcciones retrospectivas, la interpretación de Althusser era más amplia y comprensiva. Para él, las obras de Lukács, Korsch, Gramsci, Sartre, Goldmann, Della Volpe y Colletti eran todas clasificables como variantes del «historicismo»: una ideología en la cual la sociedad se convierte en una totalidad «expresiva» circular, la historia en un flujo homogéneo del tiempo lineal, la filosofía en una autoconciencia del proceso histórico, la lucha de clases en un combate de «sujetos» colectivos, el capitalismo en un universo esencialmente definido por la alienación, y el comunismo en un estado de verdadero humanismo más allá de la alienación<sup>48</sup>. La mayoría de estas tesis, argüía Althusser, provenían de Hegel, a través de Feuerbach y los escritos del joven Marx: la teoría científica del materialismo histórico se fundó en una ruptura radical con ellas, realizada por Marx en *El capital*. La reconstrucción de Colletti, en cambio, tenía un enfoque más estrecho, aunque de mayor alcance: para él, el primer Lukács, Adorno, Marcuse, Horkheimer y Sartre estaban unidos en el ataque común contra la ciencia y la negación del materialismo, inherente a la afirmación de que la contradicción es un principio de realidad, más que de razón, mientras que el materialismo dialéctico al que el Lukács posterior y Althusser se adherían era meramente una versión naturalista del mismo idealismo oculto. Ambos procedían de la crítica metafísica al intelecto de Hegel, cuyo fin era la aniquilación filosófica de la materia<sup>49</sup>. Esta crítica había sido fatalmente

<sup>48</sup> Véase *Reading capital*, pp. 119-43.

<sup>49</sup> *Marxism and Hegel*, pp. 181-98. La admisión por Althusser de la dialéctica de la naturaleza como el único elemento valioso que puede salvarse en Hegel, una vez rebautizado como «proceso sin sujeto», le sitúa directamente dentro del campo de la crítica de Colletti; véase *Lenin and philosophy*, pp. 117-19.

mal entendida y adoptada por Engels en el *Anti-Dühring*, con lo que había echado los cimientos de una línea de pensamiento que iba a suponer una desviación completa del materialismo racional y científico de Marx, ejemplificado en el método lógico de *El capital*.

¿Qué validez puede asignarse a estas dos tesis? Está bastante claro que tanto la escuela de Della Volpe como la de Althusser se han distinguido por ciertos rasgos comunes que las separa de otros sistemas del marxismo occidental. Su hostilidad hacia Hegel, desarrollada antes y de manera más profunda en el sistema de Della Volpe, los destaca muy obviamente en una tradición que, por lo demás, muestra una predominante tendencia hegeliana. Además de esto, comparten el nuevo y agresivo énfasis en el carácter científico del marxismo, en la preeminencia de *El capital* dentro de la obra de Marx, y en la consiguiente importancia cardinal del pensamiento político de Lenin. Ambos representaron una vehemente reacción contra las anteriores tendencias teóricas, que negaban o ignoraban muchas de las aserciones de la tradición clásica. Pero estas características no bastan para dividir todo el campo del marxismo europeo desde 1920 en dos bandos antitéticos. Las polaridades simples propuestas por Althusser o Colletti son demasiado toscas y panorámicas y se basan en estudios comparativos demasiado escasos para proporcionar una guía seria en la compleja constelación de tendencias filosóficas dentro del marxismo occidental, incluidas las de ellos. Ni siquiera sería exacto hablar de un espectro más sutil o continuo de sistemas en lugar de una tajante polaridad de ellos, porque las actitudes de los teóricos a menudo han coincidido o se han superpuesto de manera desconcertante, desde muy diversos puntos de partida, lo que excluye su alineación en una única gama de posiciones filosóficas. El carácter irreconciliable de las tipologías que proponen Colletti y Althusser es en sí un indicio de la aporía lógica de ambos. Así, el tema de la alienación fue tildado de archihgeliano por Althusser, y su rechazo considerado como una condición previa del materialismo científico; sin embargo, Colletti, cuyo ataque a Hegel era más radical y más documentado que el

de Althusser, retuvo el concepto de alienación por considerarlo fundamental en la obra del Marx maduro y en el materialismo histórico como ciencia. A la inversa, Colletti concentró su fuego en la dialéctica de la materia en Hegel, como piedra de toque religiosa de su idealismo y el más nocivo legado al pensamiento socialista posterior; en cambio, Althusser señaló el mismo aspecto de la obra de Hegel como el único elemento viable de indagación científica heredado de él por el marxismo.

Además, el entrecruzamiento de tendencias va mucho más allá de estos dos protagonistas. Gran parte del sistema de Althusser fue construido contra el de Sartre, dominante en Francia a principios de los años sesenta; mientras que la mayor parte de la polémica de Colletti estuvo dirigida contra la Escuela de Francfort, temporalmente dominante en Alemania a fines de los años sesenta. Ninguno de ellos parece haber tenido un conocimiento íntimo del adversario del otro, con el resultado de que ambos eran inconscientes de ciertas semejanzas diagonales con ellos. La creciente preocupación de Colletti por la dualidad del marxismo como «ciencia o revolución», al mismo tiempo teoría de las leyes objetivas del capitalismo y de la capacidad subjetiva del proletariado para derrocar el modo de producción del que él mismo es parte estructural<sup>50</sup>, estaba en realidad muy cerca del punto de partida metodológico básico de la investigación de Sartre. Las involuntarias correspondencias entre Althusser y Adorno —en apariencia los dos teóricos más alejados posibles— eran aún más sorprendentes. La Escuela de Francfort estuvo desde el comienzo de su formación más saturada de influencia hegeliana que cualquier otra de Europa. El marxismo de Adorno representó, en los años sesenta, una versión extrema de la renuncia a todo discurso sobre las clases o la política, precisamente los objetos a los que el marxismo de Althusser daba primacía formal. Sin embargo, la *Dialéctica negativa*, de Adorno, desarrollada primero en conferencias dadas en París en 1961 y luego completada en 1966, reproduce toda una serie de motivos que

<sup>50</sup> Véase, por ejemplo, *From Rousseau to Lenin*, pp. 229-36.

se encuentran en *La revolución teórica de Marx y Para leer «El capital»*, publicados en 1965, por no hablar de otros que se hallan en *Hegel y el marxismo*, de Colletti, publicado en 1969. Así, entre otros temas, Adorno afirmaba explícitamente la absoluta primacía epistemológica del objeto, la ausencia de todo sujeto general en la historia y la vacuidad del concepto de «negación de la negación». Atacaba la atención filosófica concedida a la alienación y la cosificación como una ideología de moda, susceptible de uso religioso; el culto de las obras del joven Marx a expensas de *El capital*; las concepciones antropocéntricas de la historia y la emoliente retórica del humanismo que las acompaña; los mitos del trabajo como única fuente de riqueza social, haciendo abstracción de la naturaleza material, que es un componente irreducible de ella<sup>51</sup>. Adorno llegó incluso a hacerse eco de los preceptos de Althusser según los cuales la teoría es un tipo específico de práctica («práctica teórica») y la misma noción de práctica debe ser definida por la teoría. «La teoría es una forma de práctica», escribió Adorno, «y la práctica misma es un concepto eminentemente teórico»<sup>52</sup>. El desafiante teoricismo de estas declaraciones, que suprimen todo el problema material de la unidad entre teoría y práctica como vínculo dinámico entre el marxismo y la lucha revolucionaria de masas, proclamando desde el comienzo su identidad léxica, puede ser considerado como un lema general del marxismo occidental en la época posterior a la segunda guerra mundial. Indica la base subyacente compartida por las más dispares posturas intelectuales dentro de él.

Por lo demás, claro está, los sistemas teóricos de Althusser y Adorno eran notoriamente disímiles en su problemática y su orientación. La curiosa coincidencia de ciertos temas importantes en sus obras es mera prueba de que un vago contraste binario entre escuelas hegelianas y antihe-

<sup>51</sup> Véase *Negative dialectic*, pp. 67, 89, 158-60, 177-8, 183-4, 190-2, 304. Debe señalarse que la insistencia de Adorno en la primacía del objeto es al menos tan vigorosa como la de Colletti, lo cual hace ociosos los ataques genéricos de éste a la Escuela de Francfort a este respecto.

<sup>52</sup> *Stichworte*, Francfort, 1968, p. 171; *Negative dialectic*, p. 144.

gelianas es totalmente inadecuado para definir la ubicación exacta de las diferentes escuelas dentro del marxismo occidental o las relaciones entre ellas. La misma multiplicidad de filiaciones filosóficas que hemos examinado —que no sólo incluyen a Hegel, sino también a Kant, Schelling, Spinoza, Kierkegaard, Pascal, Rousseau, Montesquieu y otros— excluye tal alineación polar. Además, los vínculos colaterales de cada teórico con diversos sectores de la cultura burguesa contemporánea complican aún más el problema de las afinidades y antagonismos entre ellos. Estos, a su vez, han estado condicionados y regulados por las diversas situaciones políticas nacionales. En otras palabras, es perfectamente evidente que cada sistema particular de esta tradición ha recibido la impronta de una pluralidad de determinaciones, derivadas de los diferentes horizontes y niveles de las estructuras sociales e ideológicas de su tiempo y del pasado, lo cual ha producido una gran heterogeneidad de teorías, dentro de los parámetros de la coyuntura histórica básica que delimita a toda la tradición. No disponemos de espacio aquí para explorar la distribución real de las relaciones dentro de este campo, en toda su complejidad. Para nuestros fines, es más importante considerar la originalidad descollante de cada sistema frente al legado clásico del materialismo histórico de la época precedente. Porque en todo balance de las realizaciones del marxismo occidental, el desarrollo de nuevos conceptos o la aparición de nuevos temas brinda el indicio más claro de su naturaleza y su potencia como tradición.

Podemos discernir de inmediato ciertos rasgos generales. El marxismo occidental, como hemos visto, desde 1920 se inhibió cada vez más de abordar teóricamente los grandes problemas económicos o políticos. Gramsci fue el último de sus pensadores que trató directamente en sus escritos problemas fundamentales de la lucha de clases. Sin embargo, tampoco él escribió nada sobre la economía capitalista en sí, en el sentido clásico de analizar las leyes del movimiento de este modo de producción<sup>1</sup>. Después de él se produjo un silencio similar con respecto al orden político de la dominación burguesa y al modo de derrocarlo. El resultado fue que el marxismo occidental en su conjunto, cuando fue más allá de cuestiones de método para considerar problemas de sustancia, se concentró casi totalmente en el estudio de las *superestructuras*. Además, los órdenes superestructurales específicos por los que mostró un interés mayor y más constante fueron los más alejados de la base material, de la base económica, según la expresión de Engels. En otras palabras, no fueron el Estado o el Derecho los que

<sup>1</sup> El silencio de Gramsci sobre los problemas económicos fue total. Sin embargo, paradójica y misteriosamente, uno de sus más íntimos y viejos amigos fue Piero Sraffa, quien sirvió de intermediario en su correspondencia con el PCI fuera de Italia durante los últimos años de su prisión, y probablemente fue el último hombre que habló de política internacional con Gramsci, pocos meses antes de su muerte, acaecida en 1937. Hay cierto simbolismo en esta extraña relación entre el más grande pensador político marxista de Occidente y el más original teórico de la economía de la posguerra, con su mezcla de intimidad personal y alejamiento intelectual. No parece haber existido ni la más remota conexión entre los universos de sus respectivas obras. La crítica de Sraffa de la economía neoclásica iba a ser más rigurosa y devastadora que todo lo hecho dentro del campo del marxismo. Sin embargo, esta notable realización fue acompañada por un retorno, más allá de Marx, a Ricardo, y el sistema que surgió de ella fue apenas menos inclemente para la teoría del valor de *El capital*.

le proporcionaron los objetos típicos de su investigación. Lo que concentró el foco de su atención fue la cultura.

Y sobre todo, dentro del ámbito de la cultura, fue el *arte* el que absorbió las principales energías y dotes del marxismo occidental. A este respecto, la norma es llamativa. Lukács dedicó la mayor parte de su vida a trabajos sobre la literatura, produciendo una apretada serie de estudios sobre la novela alemana y europea, desde Goethe y Scott hasta Mann y Solzhenitsin, para culminar en una gran *Estética* general, su obra publicada más extensa y ambiciosa<sup>2</sup>. Adorno escribió una docena de libros sobre música que incluyen tanto análisis globales de las transformaciones musicales del siglo xx como interpretaciones de compositores, por ejemplo, Wagner y Mahler, además de tres volúmenes de ensayos sobre literatura; también completó su obra con una *Teoría estética* general<sup>3</sup>. El legado teórico más significativo de Benjamin dentro del marxismo fue un ensayo sobre *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, y su principal obra crítica en los años treinta fue un estudio sobre Baudelaire<sup>4</sup>. Paralelamente, concentró su interés en la obra de Brecht<sup>5</sup>. El principal trabajo de Gold-

<sup>2</sup> *Aesthetik*, Berlín/Neuwied, 1963. Las obras más importantes de crítica literaria marxista traducidas hasta ahora al inglés son: *Studies in European realism* (1950), *The historical novel* (1962), *The meaning of contemporary realism* (1963), *Essays on Thomas Mann* (1964), *Goethe and his age* (1967), *Solzhenitsyn* (1970). Excepto la primera, todas han sido publicadas por Merlin Press, que también ha traducido en 1971 la obra premarxista *Theory of the novel*. (En castellano están en curso de publicación las obras completas de Lukács: México y Barcelona, Editorial Grijalbo.)

<sup>3</sup> *Aesthetische Theorie*, Francfort, 1970 (*Teoría estética*, Madrid Taurus, 1978). De los principales estudios musicales, sólo *Philosophy of modern music*, Londres, 1973 (*La filosofía de la nueva música*, Buenos Aires, Sur) ha sido hasta ahora traducido al inglés. Los tres volúmenes de *Noten zur Literatur* fueron publicados en Alemania (Berlín y Francfort del Meno, 1958-61).

<sup>4</sup> Véase *Illuminations*, pp. 219-53 (*Discursos interrumpidos*, 1, pp. 15-57); y *Charles Baudelaire: a lyric poet in the era of high capitalism*, Londres, NLB, 1973; (*Illuminations*, 2, *Baudelaire*, Madrid, Taurus, 1972).

<sup>5</sup> Benjamin desde luego, fue un íntimo interlocutor de Brecht en el exilio. El pensamiento estético de Brecht, si bien es de gran importancia intrínseca —como es obvio— en la historia del marxismo europeo de su tiempo, estuvo siempre subordinado a su práctica como dramaturgo, y por lo tanto cae fuera del ámbito de este ensayo. Sobre la doble relación de Brecht con Benjamin y Lukács, véase *Understanding Brecht*, pá-

mann fue un análisis de Racine y el jansenismo, *El Dios oculto*, que al mismo tiempo estableció un canon general de crítica literaria para el materialismo histórico; en sus otros escritos exploró el teatro y la novela modernos (Malraux)<sup>6</sup>. Lefebvre, a su vez, escribió una *Contribución a la estética*<sup>7</sup>. Della Volpe, por su parte, elaboró otra teoría estética en gran escala, la *Crítica del gusto*, además de ensayos sobre cine y poesía<sup>8</sup>. Marcuse no escribió ninguna obra sobre algún artista específico, pero sistemáticamente trató la estética como la categoría fundamental de una sociedad libre, en la que «el arte como forma de realidad» finalmente modelaría los contornos objetivos del propio mundo social, tema común a *Eros y civilización* y *Un ensayo sobre la liberación*<sup>9</sup>. El primer encuentro de Sartre con el marxismo coincidió con su publicación de *¿Qué es la literatura?*; durante la transición hacia su labor dentro de la teoría marxista, su principal obra versó sobre Genet, a la par que escribió sobre Mallarmé y Tintoretto<sup>10</sup>; y cuando finalmente remató su paso al marxismo, dedicó el decenio siguiente a un monumental estudio sobre Flaubert, concebido en una escala mayor que la suma de todas sus obras filosóficas anteriores<sup>11</sup>. Gramsci, como de costumbre, presenta un caso

ginas 105-21 (*Iluminaciones*, 3, *Tentativas sobre Brecht*, Madrid, Taurus, 1975), y los ensayos de Brecht traducidos en *New Left Review*, 84, marzo-abril de 1974, «Against Georg Lukács» (véase *El compromiso en arte y literatura*, Barcelona, Península, 1974). Las críticas de Adorno sobre Benjamin y Brecht podrán hallarse en los textos traducidos en *New Left Review*, 81, septiembre-octubre de 1973 («Letters to Walter Benjamin»), y 87-88, septiembre-diciembre de 1974 («Commitment»). Estos complejos intercambios constituyen uno de los más importantes debates del desarrollo cultural del marxismo.

<sup>6</sup> *Pour une sociologie du roman*, París, 1964 (*Para una sociología de la novela*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967).

<sup>7</sup> *Contribution à l'esthétique*, París, 1953.

<sup>8</sup> *Crítica del gusto*, Milán, 1960 (*Crítica del gusto*, Barcelona, Seix Barral, 1966); *Il verosimile filmico*, Roma, 1954 (*Lo verosímil fílmico y otros ensayos de estética*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967).

<sup>9</sup> Su más explícita declaración puede hallarse en su ensayo «Art as a form of reality», en *New Left Review*, 74, julio-agosto de 1972.

<sup>10</sup> Los estudios sobre Mallarmé y Tintoretto, de los que sólo se han publicado fragmentos, eran en realidad extensos libros; véase M. Contat y M. Rybalka, *Les écrits de Sartre*, París, 1970, pp. 262, 314-15.

<sup>11</sup> *L'Idiot de la famille*, vols. I-III, París, 1971-72 (*El idiota de la familia*, Buenos Aires Tiempo Contemporáneo, 1975). Hay una extraña semejanza entre la obra de Sartre sobre Flaubert y la de Benjamin sobre

dentro de esta galería que, si bien está relacionado con los anteriores, es distintos de ellos. Escribió mucho sobre la literatura italiana en los *Cuadernos de la prisión*<sup>12</sup>, pero el objeto primario de su indagación teórica no fue el reino del arte, sino la estructura y función total de la cultura para los sistemas de poder político de Europa, desde el Renacimiento hasta nuestros días. Así, sus investigaciones más profundas y originales fueron análisis institucionales de la formación y la división históricas de los intelectuales, el carácter social de la educación y el papel de las ideologías mediadoras en la cimentación de bloques entre clases. Toda la obra de Gramsci estuvo constantemente centrada en temas superestructurales, pero, a diferencia de otros teóricos del marxismo occidental, abordó la cuestión de la autonomía y la eficacia de las superestructuras culturales como un problema *político*, que debía ser examinado teóricamente como tal de modo explícito, en su relación con el mantenimiento o la subversión del orden social. También Althusser, por último, sólo abandonó el terreno del método y llevó a cabo análisis sustantivos para explorar cuestiones superestructurales exclusivamente: su ensayo más largo de este tipo versó sobre la ideología y la educación, adoptando manifiestamente un punto de partida que derivaba de Gramsci; otros textos más breves trataban de teatro o pintura (Brecht o Cremonini) y de la naturaleza del arte. Fuera del campo de la filosofía, la única aplicación elaborada de sus ideas que lleva el sello de su autoridad personal ha sido una teoría de la literatura<sup>13</sup>. Así, la temática cultu-

Baudelaire, pese al contraste entre el gigantismo de uno y el miniaturismo del otro. El estudio de Benjamin iba a dividirse en tres partes: el mismo Baudelaire como alegorista; el mundo social de París en medio del cual escribió; y la mercancía como objeto poético que sintetiza el significado del poeta y del capital. El estudio de Sartre también fue concebido en un esquema tripartito: la formación subjetiva de la personalidad de Flaubert; el Segundo Imperio como campo objetivo de su recepción como artista, y *Madame Bovary* como unidad histórica singular de ambos.

<sup>12</sup> El volumen *Letteratura e vita nazionale* es el más extenso de los *Cuadernos de la prisión* en la edición de Einaudi, pero incluye las primeras críticas teatrales de Gramsci, anteriores a su encarcelamiento.

<sup>13</sup> Véase «Ideology and ideological State apparatuses», «Cremonini, painter of the abstract», «A letter on art», en *Lenin and philosophy and other essays* (no hay ningún volumen en castellano que reúna todos los textos

ral e ideológica ha predominado uniformemente en el marxismo occidental del principio al fin. La estética, que desde la Ilustración ha sido el puente más cercano de la filosofía hacia el mundo concreto, ha ejercido una especial y constante atracción sobre sus teóricos<sup>14</sup>. La gran riqueza y variedad de los escritos producidos en este dominio, mucho más rico y sutil que todo lo hecho dentro de la herencia clásica del materialismo histórico, quizá sea a fin de cuentas el logro colectivo más perdurable de esta tradición.

Pero, al mismo tiempo, los principales sistemas intelectuales del marxismo occidental también han engendrado específicamente nuevos temas teóricos, de mayor importancia para el materialismo histórico en su conjunto. Lo distintivo de estas concepciones es su radical novedad con respecto al legado clásico del marxismo. Se las puede definir por la ausencia de todo indicio o anticipación de ellas en los escritos del joven o del viejo Marx, o en la obra de sus herederos de la II Internacional. El criterio adecuado aquí no es la validez de estas innovaciones o su compatibilidad con los principios básicos del marxismo, sino su originalidad. No es tarea de estas consideraciones efectuar una evaluación crítica de los méritos de cada una de ellas, pues ello excedería de nuestros límites. Por el momento será suficiente señalar las desviaciones conceptuales más significativas, con respecto a lo anterior, en el desarrollo del marxismo occidental. Toda tentativa de este tipo debe inevitablemente ser arbitraria, en cierta medida, en su selección; particularmente, dentro de los estrechos límites de este ensayo, no es posible brindar un análisis exhaustivo<sup>15</sup>. Pero

de Althusser incluidos en inglés en *Lenin and philosophy*; véase «Ideología y aparatos ideológicos de Estado» en *Escritos*, Barcelona, Laia, 1974); «The 'piccolo teatro': Bertolazzi and Brecht», en *For Marx*, y Pierre Macherey, *Pour une théorie de la production littéraire*, en la serie *Théorie*, de Althusser, París, 1966.

<sup>14</sup> Es significativo que la única obra de verdadera calidad que abarca ampliamente todo el marxismo occidental sea un estudio estético: *Marxism and form*, de Frederic Jameson.

<sup>15</sup> Se verá que los sistemas principales que no se apartaron radicalmente del canon de la teoría marxista anterior fueron los creados por Della Volpe y Lukács. En ambos casos, esto se relacionaba con una fi-

ciertos temas distintivos resaltan inconfundiblemente en las teorías que estamos examinando. Se los puede considerar como un recuento mínimo de las contribuciones *sui generis* de la tradición que nos ocupa.

A este respecto, cabe referirse primero y ante todo a la noción de *hegemonía* de Gramsci. El término provenía del movimiento socialista ruso, donde Plejánov y Axelrod fueron los primeros en emplearlo en discusiones estratégicas sobre la futura dirección por la clase obrera de una revolución en Rusia<sup>16</sup>. La adopción de ese término por Gramsci lo transformó en un concepto totalmente nuevo en el discurso marxista, destinado precisamente a teorizar sobre unas estructuras políticas del poder capitalista que no existían en la Rusia zarista. Recordando los análisis de Maquiavelo de la violencia y el engaño e invirtiéndolos tácitamente, Gramsci formuló el concepto de hegemonía para designar la fortaleza y la complejidad muchísimo mayores de la dominación de la burguesía en Europa occidental, que habían impedido la repetición de la revolución de Octubre en las zonas capitalistas avanzadas del continente. Este sistema hegemónico de poder fue definido por el grado de consenso que obtenía de las masas populares a las que dominaba, y la consiguiente reducción en la cantidad de coerción necesaria para reprimirlas. Sus mecanismos de control para asegurarse este consenso residían en una red ramificada de instituciones culturales —escuelas, iglesias, partidos, asociaciones, etc.— que inculcaban a las masas explotadas la subordinación pasiva, a través de un conjunto de ideologías elaboradas en el pasado histórico y transmitidas por grupos intelectuales auxiliares de la clase dominante. Esos intelectuales, a su vez, podían ser tomados por la clase

delidad textual más estricta a los escritos de Marx (¿para bien o para mal?). El desarrollo de temas como los de la alienación o la cosificación en el joven Lukács no son genuinas innovaciones, por grande que haya llegado a ser su difusión mucho más tarde en el marxismo occidental, pues ya están presentes en toda la obra del joven Marx.

<sup>16</sup> La evolución y significación del concepto de hegemonía serán examinadas extensamente en otra parte, en un futuro ensayo sobre Gramsci que aparecerá en *New Left Review* («The antinomies of Antonio Gramsci», *New Left Review*, 100, noviembre de 1976-enero de 1977; *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1978).



dominante de anteriores modos de producción («tradicionales») o engendrados dentro de sus propias filas sociales («orgánicos») como una nueva categoría. La dominación burguesa era fortalecida, además, por la adhesión de clases aliadas secundarias, soldadas en un compacto bloque social bajo su dirección política. La flexible y dinámica hegemonía ejercida por el capital sobre el trabajo en Occidente, mediante esta estructura consensual estratificada, fue para el movimiento socialista una barrera mucho más difícil de superar que la que encontró en Rusia<sup>17</sup>. Este orden político podía contener y resistir las crisis económicas del tipo que los marxistas anteriores habían considerado como la palanca fundamental de la revolución bajo el capitalismo. No permitía un ataque frontal del proletariado, según el modelo ruso. Para hacerle frente, sería necesaria una larga y difícil «guerra de posiciones». Mediante este conjunto de conceptos, sólo Gramsci entre los pensadores del marxismo occidental intentó directamente hallar una explicación teórica del callejón sin salida histórico que fue el origen y la matriz de ese marxismo occidental.

La teoría de Gramsci de la hegemonía poseía también otra peculiaridad dentro de esta tradición. No sólo se basaba en la participación personal en los conflictos políticos contemporáneos, sino también en una investigación comparativa sumamente minuciosa del pasado europeo. En otras palabras, era el producto del estudio científico de un material empírico, en el sentido clásico en que era practicado por los fundadores del materialismo histórico. Esto no iba a ocurrir con ninguna otra innovación temática importante del marxismo occidental. Todas las demás serían construcciones especulativas, en el viejo sentido filosófico: esquemas conceptuales *a priori* para la comprensión de la historia, no necesariamente incompatibles con los elementos de juicio empíricos, pero siempre indemostrados en su modo de presentación. Característicamente, estas concepciones han carecido de todo sistema concreto de periodi-

<sup>17</sup> Entre los pasajes fundamentales en los que Gramsci expone estas ideas, véase la traducción inglesa, *Prison notebooks*, pp. 5-14, 52-8, 229-39.

zación que las articulase en categorías abiertamente historiográficas del género que Gramsci respetaba escrupulosamente. La teoría de este tipo más amplia e inesperada fue la visión de la relación entre *el hombre y la naturaleza*, elaborada por la Escuela de Francfort. Sus orígenes se remontaban a la filosofía de Schelling, quien a la mitad de su evolución adoptó una metafísica contraevolucionista en la cual se consideraba toda la historia registrada como una regresión desde un estado superior a otro inferior de «naturaleza caída», después de una «contracción» original de la divinidad con respecto al mundo y antes de una «resurrección» final de la naturaleza, con la reunificación de la deidad y el universo<sup>18</sup>. Esta doctrina místico-religiosa fue adaptada y transformada por Adorno y Horkheimer en una «dialéctica de la ilustración» secular. La concepción marxista clásica de la marcha de la historia, desde las comunidades primitivas hasta el capitalismo, había puesto de relieve el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza con el desarrollo de las fuerzas productivas, como progresiva emancipación de la sociedad humana de la tiranía de la necesidad natural (*Naturnotwendigkeit*). Los frutos de esta liberación fueron arrebatados por las sucesivas clases explotadoras mediante la división social del trabajo, pero con el advenimiento del comunismo se produciría su reapropiación por los productores mismos para crear finalmente una sociedad de abundancia generalizada, cuyo dominio definitivo de la naturaleza sería el signo del «reino de la libertad». Adorno y Horkheimer convirtieron esta concepción afirmativa en otra radicalmente interrogativa e incluso negativa. Para ellos, la ruptura original del hombre con la naturaleza y el posterior proceso de su creciente dominio sobre ella no llevó apareja-

<sup>18</sup> Schelling: «¿No anuncia todo una vida sumergida? ¿Crecieron acaso esas montañas hasta llegar a ser como son ahora? ¿Se elevó el suelo que nos sostiene hasta su nivel actual, o descendió hasta él?... ¡Oh, no, esos restos de la magnificencia humana originaria, en cuya búsqueda el viajero curioso visita los páramos de Persia o los desiertos de la India, son las verdaderas ruinas! Toda la tierra es una enorme ruina, cuyos animales la habitan como fantasmas, y los hombres, como espíritus, y donde muchas fuerzas y tesoros ocultos son retenidos como por poderes invisibles o mágicos hechizos» (*Werke*, IV, Erg. Bd., Munich, 1927, p. 135).



do un progreso necesario en la emancipación humana, pues el precio del dominio sobre la naturaleza, de la cual el hombre era también parte inseparable, fue una división social y psíquica del trabajo que produjo una opresión aún mayor de los hombres, aunque creó un potencial aún mayor para su liberación. La subordinación de la naturaleza se efectuó *pari passu* con la consolidación de las clases, y de ahí la subordinación de la mayoría de los hombres a un orden social impuesto como una implacable segunda naturaleza sobre ellos. El avance de la tecnología hasta ahora sólo ha perfeccionado la maquinaria de la tiranía.

Al mismo tiempo, la estructura de la razón como condición de la civilización se basó en el sofocamiento de la naturaleza en el hombre, con la creación de la escisión psicológica entre el ego y el ello, que hizo posible el control racional de sus impulsos espontáneos. El refinamiento instrumental de la razón en la lógica y la ciencia redujo constantemente el mundo natural exterior al hombre a meros objetos cuantificados de manipulación, borrando la distinción entre cosas subsistentes y conceptos cognoscitivos para engendrar una identidad operacional. El retorno de lo reprimido, que fue la consecuencia fatal de esta supresión de la naturaleza, con el tiempo adquirió forma filosófica en la Ilustración, en la que la naturaleza misma fue identificada, a la inversa, con la razón, y finalmente alcanzó su forma política en el fascismo, cuando la barbarie se vengó de la civilización que la había conservado secretamente, en un salvaje desquite de la naturaleza degradada contra la razón<sup>19</sup>. El refinamiento de la tecnología industrial iba también a culminar en la posibilidad de la autodestrucción planetaria: todos sus artefactos estarían expuestos al aniquilamiento por las explosiones o la polución de los elementos. Así, una sociedad liberada interrumpiría toda búsqueda presuntuosa: su objetivo histórico sería no la dominación de la naturaleza, sino la *reconciliación* con ella. Esto significaría el abandono del cruel e inútil intento de imponer la identidad

<sup>19</sup> Adorno y Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment*, Londres, 1973, especialmente pp. 81-119, 168-208 (*Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1970).

del hombre y la naturaleza, mediante la subyugación de la segunda al primero, para llegar al reconocimiento tanto de la diferencia como de la relación entre ambos; en otras palabras, su vulnerable *afinidad*<sup>20</sup>. Finalmente, se redimiría la «caída» de la naturaleza, fuera y dentro de los hombres; pero su no identidad aún excluiría una armonía libre de contradicciones entre ellos.

Esta temática básica fue común a toda la Escuela de Francfort. Sin embargo, Marcuse le dio un matiz especial. En su obra, la naturaleza y la sociedad adquieren referencias más precisas y programáticas. Para Marcuse, siguiendo directamente a Freud, la naturaleza instintiva del hombre residía esencialmente en la libido sexual: Eros. Además, y por encima de la represión original necesaria para que el hombre primitivo luchase contra la necesidad y lograse la civilización, represión postulada por Freud, la estructura de la sociedad de clases engendró sucesivas formas históricas de «represión adicional», derivada de la desigualdad y la dominación. Sin embargo, la riqueza tecnológica del capitalismo avanzado ahora ha hecho posible el fin de la represión adicional mediante la inauguración de un socialismo de la abundancia<sup>21</sup>. Por consiguiente, el principio de placer (junto con el principio contrario de evitación del dolor, llamado Tánatos por Freud) podía finalmente concordar con el principio de realidad del mundo externo, una vez abolidas las restricciones del trabajo alienado. La emancipación humana y la emancipación natural, entonces, coincidirían en la liberación erótica. Esto no significaría meramente una liberación polimorfa de la sexualidad, sino también una difusión de la inversión libidinal en las relaciones laborales y sociales, que otorgaría a toda práctica de una existencia pacificada las sensuales cualidades del juego estético. En este mundo órfico, más allá del «principio de rendimiento» del capitalismo, la sublimación cesaría de ser represiva; la gratificación erótica fluiría libremente por toda la vida social; finalmente el hombre y la naturaleza esta-

<sup>20</sup> *Minima moralia*, pp. 155-75; *Negative dialectic*, pp. 6, 191-2, 270.

<sup>21</sup> *Eros and civilization*, pp. 35-7, 151-3.

rían sintonizados en una armoniosa unidad de sujeto y objeto<sup>22</sup>. Esta afirmación distinguía tajantemente a Marcuse de Adorno, cuya obra no contenía ninguna solución sensual semejante. Sin embargo, para Marcuse, el curso real de la historia negó ese resultado posible: el capitalismo contemporáneo realizó lo contrario de una verdadera emancipación libidinal: la «des-sublimación represiva» de una sexualidad comercializada y seudopermisiva que ahogó y sofocó toda rebelión de los impulsos eróticos a un nivel más profundo. Un destino similar sufrió el arte, antaño crítico y ahora neutralizado e incorporado a una cultura celebrada por la realidad establecida. La tecnología, a su vez, cesó de contener la posibilidad oculta de una sociedad alternativa: el avance mismo de las fuerzas productivas modernas se había convertido en una involución que perpetuaba las relaciones de producción existentes. La abundancia que había creado solamente permitió al capitalismo integrar al proletariado en un orden social monolítico de opresión y conformidad, en el cual perdió toda conciencia de sí mismo como clase separada y explotada<sup>23</sup>. Así, la democracia era ahora el disfraz normal de la dominación, y la tolerancia, un suave medio de manipulación dentro de un sistema homogéneo en el cual las masas, despojadas de toda dimensión de conciencia negativa, elegían mecánicamente los amos para que la dominaran.

El empleo fundamental de Freud para elaborar una nueva perspectiva teórica dentro del marxismo, evidente en la obra de Marcuse, paradójicamente iba a caracterizar también a la de Althusser. Pero en este caso la selección de conceptos del psicoanálisis y su transformación fueron muy diferentes. Mientras Marcuse adaptaba la metapsicología de Freud para formular una nueva teoría de los instintos, Althusser se apropiaba del concepto freudiano de inconsciente para construir una nueva teoría de la *ideología*. La radical ruptura de Althusser con las concepciones tradicionales del materialismo histórico residía en su firme afir-

<sup>22</sup> *Eros and civilization*, pp. 116, 164-7, 194-5, 200 8.

<sup>23</sup> *One-dimensional man*, pp. 60-78, xvi, 19 52.

mación de que «la ideología» no tiene historia», porque es —como el inconsciente— «inmutable» en su estructura y funcionamiento dentro de las sociedades humanas<sup>24</sup>. La autoridad en la que basó esta afirmación fue, por analogía, la obra de Freud, para quien el inconsciente era «eterno». La ideología, para Althusser, era un conjunto de representaciones míticas o ilusorias de la realidad, que expresaban la relación imaginaria de los hombres con sus condiciones reales de existencia y eran inherentes a su experiencia inmediata: como tal, era un sistema inconsciente de determinaciones, no una forma de conciencia, como se la concebía comúnmente. La permanencia de la ideología como medio vivo de ilusión fue, a su vez, una consecuencia necesaria de su función social, que era la de atar a los hombres en la sociedad, adaptándolos a las posiciones objetivas que les asignaba el modo de producción dominante. De este modo, la ideología fue el cemento indispensable de la cohesión social en todo período de la historia. Para Althusser, la razón por la cual era inevitable como conjunto de creencias y representaciones falsas era que todas las estructuras sociales eran, por definición, opacas para los individuos que ocupaban posiciones dentro de ellas<sup>25</sup>. En realidad, la estructura formal de toda ideología era una inversión invariable de esta relación real entre las formaciones sociales y los individuos que las integraban, pues el mecanismo esencial de toda ideología fue siempre constituir a los individuos

<sup>24</sup> *Lenin and philosophy*, pp. 151-2.

<sup>25</sup> Véase, en particular, «Théorie, pratique théorique et formation théorique. Idéologie et lutte idéologique», texto sólo publicado hasta ahora en forma de libro en traducción española: *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba, Argentina. Cuadernos de Pasado y Presente, 1968, páginas 21-73. Sus tesis son inequívocas: «En una sociedad sin clases, al igual que en una sociedad de clases, la ideología tiene por función asegurar la *ligazón* de los hombres entre sí en el conjunto de las formas de su existencia, la *relación* de los individuos con las tareas que les fija la estructura social [...] la deformación de la ideología es socialmente necesaria en función misma de la naturaleza del todo social, muy precisamente en función de su *determinación por su estructura*, a la que hace, como todo social, opaca para los individuos que ocupan en él un lugar determinado por esta estructura. La opacidad de la estructura social hace necesariamente *mítica* la representación del mundo indispensable a la cohesión social» (pp. 54-55).

en «sujetos» imaginarios —centros de libre iniciativa— de la sociedad para asegurar su sujeción real *al* orden social como ciegos soportes o víctimas de él. La religión en general (la «unión» del hombre con Dios) y el cristianismo en particular proporcionó, a este respecto, el modelo arquetípico de los efectos de toda ideología: instilar las ilusiones de la libertad para asegurar mejor las operaciones de la necesidad. Spinoza brindó una descripción completa de esta operación característica de la ideología, y precisamente con respecto a la religión, antes y de una manera más acabada que Marx. Pero hoy es posible relacionar y articular la naturaleza inconsciente de la ideología con el concepto científico de Freud del inconsciente psíquico, este mismo «iniciado» por las formas de ideología peculiares de la familia como estructura objetiva<sup>26</sup>. Finalmente, el carácter transhistórico de la ideología como medio inconsciente de la experiencia vivida implicaba que aun en una sociedad sin clases su sistema de errores e ilusiones sobreviviría para dar cohesión vital a la estructura social del propio comunismo. Porque también esta estructura sería invisible e impermeable para los individuos que vivieran dentro de ella<sup>27</sup>. La ciencia del marxismo nunca coincidirá con las ideas y creencias vividas de las masas bajo el comunismo.

Las conclusiones de la obra de Sartre tienen ciertas curiosas semejanzas subterráneas con las de Althusser. Pero el tema definitorio del sistema de Sartre, el que lo distingue de cualquier otro, es la categoría de la *escasez*. El término fue acuñado por el *philosophe* italiano Galiani en la época de la Ilustración. Este formuló por primera vez el valor como una razón entre la utilidad y la *escasez* (*rarietà*) en todo sistema económico<sup>28</sup>; esta noción técnica de *escasez* pasó marginal-

<sup>26</sup> *Lenin and philosophy*, pp. 160-5.

<sup>27</sup> *For Marx*, p. 232; *La filosofía como arma de la revolución*, p. 55.

<sup>28</sup> Fernando Galiani, *Dalla moneta*, Milán, edición de 1963: «El valor es, pues, una razón, y se compone de dos razones, expresadas mediante los nombres de utilidad y *escasez*» (p. 39). Este uso del término fue posteriormente adoptado por Condillac. Para Ricardo: «Al poseer utilidad, las mercancías derivan su valor intercambiable de dos fuentes: de su *escasez* y de la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlas» (*The principles of political economy and taxation*, Londres, edición de 1971, p. 56).

mente a Ricardo, fue prácticamente ignorada por Marx y reapareció luego como categoría fundamental en la economía neoclásica posterior a él. El uso que hace Sartre del término, sin embargo, no tiene nada en común con el de Galiani. En efecto, éste creía que la situación original de la humanidad había sido de abundancia: los objetos más útiles eran también los más abundantes en la naturaleza<sup>29</sup>. Marx fue más ambiguo en sus alusiones a la cuestión. Pero si bien ocasionalmente sugirió que quizá hubiera existido un estado primitivo de *escasez*<sup>30</sup>, más comúnmente supuso una profusión original de la naturaleza con respecto a la limitación de las necesidades humanas antes del advenimiento de la civilización<sup>31</sup>. Además, su teoría del valor no contenía referencia alguna a la *escasez*, a diferencia aun de la mención nominal de ella por Ricardo. Para Sartre, en cambio, la *escasez* o rareza fue la «relación fundamental» y «la condición de

Pero en la práctica Ricardo ignoró en gran medida la *escasez* en su teoría del valor, pues la consideró pertinente sólo para categorías muy limitadas de bienes de lujo (estatuas, pinturas o vinos).

<sup>29</sup> «Con maravillosa providencia, este mundo está de tal modo constituido para nuestro bien que la utilidad, en general, nunca coincide con la *escasez* [...] Las cosas necesarias para mantener la vida se hallan con tanta profusión en toda la tierra que no tienen ningún valor o valen relativamente poco» (*Dalla moneta*, p. 47).

<sup>30</sup> En *La ideología alemana*, Marx escribió que «este desarrollo de las fuerzas productivas [...] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* (*nur der Mangel verallgemeinert*) y, por tanto, con la pobreza (*Notdurf*) comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior». Véase *Werke*, vol. 3, páginas 34-5 (*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970, p. 36). Este pasaje sería recordado por Trotski en su análisis de las razones del surgimiento del estalinismo en Rusia, análisis en el que hizo de la *escasez* (*nuzhda*) una categoría fundamental de su explicación; véase *The revolution betrayed*, Nueva York, 1965, pp. 56-60 (*La revolución traicionada*, Barcelona, Fontamara, 1976).

<sup>31</sup> La declaración más representativa quizá se encuentre en los *Grundrisse*: «Originariamente, los dones espontáneos de la naturaleza son abundantes, o por lo menos sólo es menester apropiárselos. Desde un principio, asociación, que surge naturalmente (familia) y su correspondiente división del trabajo y cooperación. Ya que, también en el origen, las necesidades son escasas», *Grundrisse*, Londres, 1973, p. 612 (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1972, vol. 2, p. 121). Al mismo tiempo, por supuesto, Marx y Engels definían el «reino de la libertad» por la superabundancia material, más allá del «reino de la necesidad» que gobernaba tanto a las sociedades anteriores a las clases como a las sociedades de clases.

posibilidad» de la historia humana, tanto el punto de partida contingente como el «motor pasivo» de todo desarrollo histórico. No existió ninguna unidad original entre el hombre y la naturaleza; por el contrario, el hecho absoluto de la rareza determinó a la naturaleza como la «negación del hombre» desde el comienzo, y a la historia, recíprocamente, como una antinaturaleza. La lucha contra la rareza engendró la división del trabajo y por ende la lucha de clases, con lo cual el hombre mismo se convirtió en la negación del hombre. La violencia, la incesante opresión y explotación de todas las sociedades conocidas es, pues, la rareza internalizada<sup>32</sup>. El duro dominio del mundo natural sobre los hombres y el dividido antagonismo de sus esfuerzos por transformarlo para dar seguridad a sus vidas dio origen a colectividades seriales, conjuntos inhumanos en los que cada miembro es extraño a todos los otros miembros y a sí mismo y en los que los fines de todos son confiscados en el resultado total de sus acciones. Tales series siempre han sido la forma predominante de coexistencia social en todo modo de producción hasta la fecha. Su antítesis formal es el «grupo en fusión», en el que todos los hombres son miembros de todos los otros y están unidos en una empresa fraternal para lograr un objetivo común en y contra el ambiente de rareza. El ejemplo supremo de un grupo fusionado es un movimiento de masas en el momento apocalíptico de un levantamiento revolucionario triunfante<sup>33</sup>. Mas para conservar su existencia, llevando a cabo un combate desigual en un mundo de violencia y privación, tal grupo debe adquirir a su vez inercia organizativa y especialización funcional, con lo cual pierde su fraternidad y dinamismo para convertirse en un grupo «institucional». Entonces le aguardan la petrificación y la dispersión: el paso siguiente es transferir la unidad del grupo hacia arriba, a una autoridad

<sup>32</sup> *Critique de la raison dialectique*, pp. 200-24. La analogía que se hace a menudo entre Sartre y Hobbes es infundada. Para Hobbes, como para Galiani, la naturaleza aseguró una abundancia original al hombre, quien tenía que hacer poco más que recibirla como los frutos de la tierra. Véase *Leviathan*, xxiv, Londres, edición de 1968, pp. 294-5.

<sup>33</sup> *Critique de la raison dialectique*, pp. 306-39 ss., 384-96 ss.

«soberana» que está por encima de él, para alcanzar una estabilización vertical. El Estado es la encarnación final de tal soberanía, y su estructura invariable es la de una cúspide restringida y autoritaria, que manipula la serie dispersa que está debajo de ella mediante una jerarquía burocrática y el terror represivo. Con su consolidación, el grupo activo que originariamente la creó es degradado una vez más a la pasividad serializada<sup>34</sup>. Si para Sartre los grupos y las series constituyen los «elementos formales de toda historia», la historia real de las clases sociales dibuja el mapa de las complejas combinaciones o conversiones de unas formas en otras. Pero las clases nunca constituyen grupos fusionados como un todo: son siempre un compuesto inestable de aparatos, grupos y series en el que normalmente predominan las últimas. Así, la idea marxista clásica de «dictadura del proletariado» era una imposible contradicción en los términos, un compromiso bastardo entre la soberanía activa y la serialidad pasiva<sup>35</sup>. Pues ninguna clase, como tal, puede coincidir con un Estado: el poder político no puede ser ejercido por toda la clase obrera, y el Estado no es nunca una expresión real ni siquiera de la mayoría de ella. De este modo, la burocratización y represión de todos los Estados posrevolucionarios producidos por la historia hasta ahora está vinculada a la naturaleza y la condición misma del proletariado como conjunto social, mientras existan la escasez general y la división en clases. La burocracia es un acompañamiento ineliminable y contrario al socialismo en esta época.

Se observará que las sucesivas innovaciones en temas sustantivos dentro del marxismo occidental, que acabamos de examinar, reflejaban o preveían problemas reales y fundamentales que la historia planteó al movimiento socialista en el medio siglo posterior a la primera guerra mundial. El absorbente interés de Gramsci por la hegemonía preveía la estabilización consensual del Estado capitalista en Occiden-

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 573-94, 608-14.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 644, 629-30.

te dos decenios antes de que apareciera como fenómeno duradero y general. Muchas de las preocupaciones de Adorno por la naturaleza, que por entonces parecían una perversa desviación de la Escuela de Francfort, repentinamente reaparecieron en el extenso debate posterior sobre ecología en los países imperialistas. Los análisis de Marcuse de la sexualidad presagiaron el derrumbe institucional de las restricciones eróticas y la sensibilidad, la emancipación como enervación, característica de buena parte de la cultura burguesa a partir de mediados de los años sesenta. Las principales disgresiones en Althusser sobre la ideología fueron inspiradas directamente por la ola de revueltas dentro del sistema de educación superior del mundo capitalista avanzado durante el mismo período. El tratamiento de Sartre de la escasez esbozó la cristalización universal de la burocracia después de cada revolución socialista en los países atrasados, mientras que su dialéctica de las series y los grupos previó en buena medida el curso formal del primer levantamiento de masas contra el capitalismo en los países desarrollados después de la segunda guerra mundial (Francia en 1968). El valor o la adecuación relativos de las soluciones propuestas por cada sistema a los problemas de su esfera no nos concierne aquí. Lo que es necesario aclarar y subrayar, más bien, es la orientación colectiva de las innovaciones teóricas peculiares del marxismo occidental.

Porque, por heteróclitos que sean en otros aspectos, comparten un rasgo fundamental: un común y latente *pesimismo*. Todas las variantes o desarrollos sustanciales de esta tradición se distinguen de la herencia clásica del materialismo histórico por lo sombrío de sus implicaciones o conclusiones. A este respecto, entre 1920 y 1960 el marxismo cambió lentamente de colorido en Occidente. La confianza y el optimismo de los fundadores del materialismo histórico y de sus sucesores desaparecieron progresivamente. Casi todos los nuevos temas importantes de la producción intelectual de esta época revelan la misma disminución de la esperanza y la misma pérdida de la certeza. El legado de Gramsci era la perspectiva de una larga guerra de desgaste

contra una estructura del poder capitalista enormemente fuerte, más resistente al colapso económico de lo que habían creído sus predecesores, una lucha sin un resultado final claramente visible. Indefectiblemente ligada su vida al destino político de la clase obrera de su tiempo y su país, el temperamento revolucionario de Gramsci se expresó sucintamente en la máxima: «pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad». Nuevamente, sólo él percibió y registró conscientemente cuál iba a ser el timbre del nuevo e imprevisto marxismo.

La difusa melancolía de la obra realizada por la Escuela de Francfort carecía de una nota similar de fortaleza activa. Adorno y Horkheimer pusieron en tela de juicio la idea misma del dominio final de la naturaleza por el hombre, como ámbito de liberación más allá del capitalismo. Marcuse evocó la potencialidad utópica de la liberación de la naturaleza en el hombre, sólo para negarla más enfáticamente como tendencia objetiva de la realidad y para concluir que quizá la misma clase obrera había sido absorbida irrevocablemente por el capitalismo. El pesimismo de Althusser y Sartre presentaba un horizonte distinto, pero no menos sombrío, con respecto a la estructura misma del socialismo. Althusser declaró que aun el comunismo, como orden social, seguiría siendo opaco para los individuos que vivieran en él, engañándolos con la perpetua ilusión de su libertad como sujetos. Sartre rechazó la idea misma de una verdadera dictadura del proletariado como una imposibilidad e interpretó la burocratización de la revolución socialista como el producto ineluctable de una escasez cuyo fin era inconcebible en este siglo.

Estas tesis específicas fueron acompañadas por acentos y cadencias generales totalmente insólitos en la historia anterior del movimiento socialista. También ellos eran, de un modo menos directo, signos inconfundibles de la profunda alteración del clima histórico en el que tuvo que vivir el marxismo en Occidente. Ningún pensador anterior de la tradición del materialismo histórico habría escrito con tonos e imágenes como los que Adorno, Sartre, Althusser o Gramsci usarían. La constante visión de la historia de la

Escuela de Francfort fue expresada por Benjamin mejor que nadie, en un lenguaje que habría sido prácticamente incomprendible para Marx y Engels: «Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremisiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.» Es típico que Benjamin escribiera de los anales de toda lucha de clases: «*Tampoco los muertos* estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer»<sup>36</sup>. Gramsci, entre tanto, en la prisión y la derrota, resumió la vocación de un socialista revolucionario de la época con un desolado estoicismo: «Algo ha cambiado fundamentalmente. Y puede verse. ¿Qué es? Antes todos querían ser aradores de la historia, desempeñar la parte activa; tener cada uno una parte activa. Ninguno quería ser 'abono' de la historia. Pero ¿se puede arar sin enriquecer primero la tierra? Por consiguiente, se debe ser el arador y el 'abono'. Abstractamente, todos lo admitirían. Pero ¿en la práctica? 'Abono' por 'abono', tanto valía tirarse atrás, volver a las tinieblas, a lo indistinto. Algo cambió, porque existe quien se adapta 'filosóficamente' a ser abono, que sabe que tiene que serlo y se adapta [...] No es tampoco la cuestión de vivir un día de león o cien años de oveja. No se vive siquiera un minuto como león, todo lo contrario: se vive como infraoveja por años y años, y se sabe que debe vivirse así»<sup>37</sup>.

Benjamin y Gramsci fueron víctimas del fascismo. Pero

<sup>36</sup> *Illuminations*, pp. 257, 259-60; *Discursos interrumpidos*, 1, pp. 181, 183.

<sup>37</sup> *Prison notebooks*, p. xciii (*Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, página 1128; *Pasado y presente*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 108).

en la época de la posguerra el tono dominante en el marxismo occidental a menudo no fue menos sombrío. En el ensayo quizá más vigoroso de Althusser, por ejemplo, describe el desarrollo social desde el nacimiento hasta la infancia en el que se forma el inconsciente, con ruda violencia, como una dura prueba «que todos los hombres adultos han superado: ellos son los testigos, para siempre amnésicos, y muy a menudo las víctimas, de esta victoria, llevando en lo más oculto, es decir, en lo más vociferante de sí mismos, las heridas, enfermedades y fatigas de ese combate por la vida o la muerte humanas. Algunos, la mayoría, salen más o menos ilesos de ella, o al menos tratan de aparentarlo; muchos de estos ex combatientes quedan marcados de por vida; algunos morirán algo más tarde, a consecuencia de su combate, al abrirse repentinamente las viejas heridas en explosiones psicóticas, en la locura, la compulsión última de una «reacción terapéutica negativa»; otros, con la mayor «normalidad» del mundo, bajo la apariencia de un desfallecimiento «orgánico». La humanidad sólo inscribe como caídos en guerra a sus muertos oficiales: a los que han sabido morir a tiempo, es decir, tarde, como hombres, en guerras humanas en las que sólo lobos y dioses *humanos* se desgarran y sacrifican»<sup>38</sup>. Sartre usó otra cruda metáfora para describir las relaciones entre los hombres en un universo de escasez: «Nos aparece el mismo como el contrahombre, en tanto que este mismo hombre aparece como radicalmente otro (es decir, portador para nosotros de una amenaza de muerte). O, si se quiere, comprendemos de una manera general sus fines (son los nuestros), sus medios (tenemos los mismos), las estructuras dialécticas de sus actos; pero los comprendemos como si fuesen los caracteres de *otra especie*, nuestro doble demoníaco. En efecto, nada —ni las grandes fieras ni los microbios— puede ser más terrible para el hombre que una especie inteligente, carnícora, cruel, que sabría comprender y frustrar a la inteligencia humana y cuyo fin sería precisamente la destrucción del hombre. Esta especie, evidentemente, es la

<sup>38</sup> *Lenin and philosophy*, pp. 189-90.

nuestra aprehendiéndose por todo hombre en los otros en el medio de la rareza»<sup>39</sup>. Pasajes como éstos pertenecen a una literatura fundamentalmente extraña al mundo de Marx, Labriola o Lenin. Revelan un pesimismo subterráneo, más allá de las intenciones o las tesis declaradas de sus autores<sup>40</sup>, ninguno de los cuales renunció al optimismo de

<sup>39</sup> *Critique de la raison dialectique*, p. 208 (*Crítica de la razón dialéctica*, vol. 1, p. 291).

<sup>40</sup> En este punto es menester decir algo sobre los escritos de Sebastiano Timpanaro, al que aludimos antes. La obra de Timpanaro contiene el rechazo más coherente y elocuente de lo que él mismo llama «marxismo occidental» que se haya escrito desde la guerra. Por ello, es tanto más sorprendente que en una serie de aspectos críticos su propia obra, pese a todo, coincida con el esquema considerado antes. En efecto, también la obra de Timpanaro es esencialmente filosófica, no política o económica. Además, también apela a un antepasado intelectual anterior a Marx, a través del cual es sustancialmente reinterpretado el marxismo. En este caso, el predecesor dominante es el poeta Giacomo Leopardi, cuya particular forma de materialismo es juzgada como un saludable y necesario complemento de la de Marx y Engels, a causa de su firme conciencia de los límites insuperables —de fragilidad y mortalidad— que impone al hombre una naturaleza hostil. El tema más distintivo de la obra de Timpanaro es, pues, la inevitabilidad de la victoria final, no del hombre sobre la historia, sino de la naturaleza sobre el hombre. Así, es quizá, en definitiva, más pesimista con una tristeza clásica, que la de cualquier otro pensador socialista de este siglo. En todos estos aspectos puede considerarse a Timpanaro, paradójica pero inconfundiblemente, como parte de la tradición del marxismo occidental al que se opone. Podría argüirse que la notable importancia que tuvo en su formación la filología antigua —disciplina totalmente dominada por la erudición no marxista, desde Wilamowitz hasta Pasquali— también corresponde al modelo identificado en este ensayo. Dicho esto, debe subrayarse inmediatamente que en otros aspectos la obra de Timpanaro presenta un genuino y manifiesto contraste con las normas del marxismo occidental. Las diferencias son que la filosofía de Timpanaro nunca ha estado reducida principalmente a un interés por la epistemología, sino que ha tratado de elaborar una visión sustantiva del mundo, en una adhesión crítica a la heresia de Engels; que el uso que hace de Leopardi nunca se ha basado en la afirmación de que Marx haya sido influido por el poeta o siquiera que le haya conocido, o que los dos sistemas de pensamiento sean homogéneos: tal como lo presenta, Leopardi suministra algo que falta en Marx, no que está oculto en él; y que su pesimismo es conscientemente declarado y defendido como tal en una prosa límpida. Por último, puede decirse que estos rasgos han ido acompañados de un grado de libertad del campo de fuerzas del comunismo oficial mayor que el de cualquier otra figura del marxismo occidental. Timpanaro, nacido en 1923, no fue miembro del partido comunista ni un intelectual independiente, sino militante de otro partido obrero: primero de la izquierda del PSI y luego del PSIUP, en Italia.

la volición en la lucha contra el fascismo o el capitalismo. A través de ellos, el marxismo expresó pensamientos antañónos impensables para el socialismo.

Podemos resumir ahora el conjunto de rasgos que definen al marxismo occidental como tradición distinta. Nacido del fracaso de las revoluciones proletarias en las zonas avanzadas del capitalismo europeo después de la primera guerra mundial, desarrolló dentro de sí una creciente escisión entre la teoría socialista y la práctica de la clase obrera. El abismo entre ambas, abierto originalmente por el aislamiento imperialista contra el Estado soviético, fue ampliado y fijado institucionalmente por la burocratización de la URSS y de la Komintern bajo Stalin. Para los exponentes del nuevo marxismo que surgió en Occidente, el movimiento comunista oficial representaba la única encarnación real de la clase obrera internacional que tenía sentido para ellos, ya se afiliasen a él, se aliasen a él o lo rechazasen. El divorcio estructural entre la teoría y la práctica inherente a la naturaleza de los partidos comunistas de esta época impedía una labor político-intelectual unitaria del tipo que definía el marxismo clásico. El resultado fue la reclusión de los teóricos en las universidades, lejos de la vida del proletariado de sus países, y un desplazamiento de la teoría desde la economía y la política a la filosofía. Esta especialización fue acompañada de una creciente dificultad en el lenguaje, cuyas barreras técnicas estaban en función de su distancia de las masas. Recíprocamente, marchó a la par de un decreciente nivel de conocimiento o comunicación internacional entre los teóricos de los diferentes países. A su vez, la pérdida de todo contacto dinámico con la práctica de la clase obrera desplazó a la teoría marxista hacia los sistemas de pensamiento contemporáneos no marxistas e idealistas, con los cuales se desarrolló típicamente en simbiosis estrechas aunque contradictorias. Al mismo tiempo, la concentración de los teóricos en la filosofía profesional, junto con el descubrimiento de los primeros escritos de Marx, llevó a una búsqueda general retrospectiva de antecesores del marxismo en el anterior pensamiento filosófico eu-



ropeo y a una reinterpretación del materialismo histórico a la luz de ellos. Los resultados de esto fueron triples. Primero, hubo un marcado predominio de la labor epistemológica, enfocada esencialmente en problemas de método. Segundo, el principal campo en el que se aplicó el método fue la estética, o las superestructuras culturales, en un sentido más amplio. Por último, las principales desviaciones teóricas fuera de este campo, que desarrollaron nuevos temas ausentes del marxismo clásico —sobre todo de manera especulativa—, revelaron un persistente pesimismo. El método como impotencia, el arte como consuelo y el pesimismo como quietud: no es difícil percibir elementos de todos ellos en el marxismo occidental. Porque lo determinante de esta tradición fue su formación por la derrota, las largas décadas de retroceso y estancamiento, muchas de ellas terribles desde cualquier perspectiva histórica, por las que pasó la clase obrera occidental después de 1920.

Pero la tradición en su conjunto tampoco puede ser reducida a esto. Pese a todo, los pensadores principales permanecieron inmunes al reformismo<sup>41</sup>. No obstante, su lejanía de las masas, ninguno capituló ante el capitalismo triunfante, como habían capitulado antes teóricos de la II Internacional, como Kautsky, que estaban mucho más cerca de la lucha de clases. Además, la experiencia histórica que su obra articuló, en medio de sus inhibiciones y afecciones, fue también en ciertos aspectos críticos la más *avanzada* del mundo, ya que abarcaba las formas superiores de la economía capitalista, los más viejos proletariados industriales y las más largas tradiciones intelectuales del socialismo. Algo de la riqueza y la complejidad de este historial, así como de su miseria y fracaso, entró inevitablemente en el marxismo que produjo o permitió, aunque siempre de forma oblicua e incompleta. En sus campos de elección, este marxismo alcanzó una sutileza mayor que el de cualquier fase anterior del materialismo histórico. Su profundidad en esos campos fue comprada al precio de las di-

<sup>41</sup> Horkheimer es el único ejemplo de renegado, pero fue siempre, intelectualmente, un pensador de segundo orden dentro de la Escuela de Frankfurt.

mensiones de su ámbito. Pero si bien éstas se redujeron radicalmente, no se produjo una parálisis completa de la energía. Hoy, la experiencia total de los cincuenta años pasados de imperialismo constituye un acervo fundamental que aún debe ser evaluado por el movimiento obrero. El marxismo occidental ha sido parte integrante de esa historia, y ninguna nueva generación de socialistas revolucionarios de los países imperialistas puede sencillamente ignorarlo o dejarlo de lado. Así, ajustar cuentas con esta tradición —aprendiendo de ella y rompiendo con ella— es una de las condiciones para una renovación actual de la teoría marxista. Este necesario doble movimiento de reconocimiento y ruptura no es, por supuesto, una tarea exclusiva. La naturaleza de su objeto excluye esto. Porque, a fin de cuentas, los lazos mismos de esta tradición con una geografía particular han originado también su dependencia y su debilidad. El marxismo aspira en principio a ser una ciencia *universal*, no más reducible a límites meramente nacionales o continentales que cualquier otro conocimiento objetivo de la realidad. En este sentido, el término «occidental» implica inevitablemente un juicio *limitativo*. La falta de universalidad es un indicio de falta de verdad. El marxismo occidental fue necesariamente menos que el marxismo en la medida en que era occidental. El materialismo histórico sólo puede desplegar toda su potencia cuando está libre de cualquier especie de provincialismo. Y tiene todavía que recuperarla.



El advenimiento de un nuevo período en el movimiento obrero que ponga fin a la larga pausa que dividió a la teoría de la práctica es ahora visible, sin embargo. La revuelta francesa de mayo de 1968 señaló, a tal respecto, un profundo cambio histórico. Por primera vez en casi cincuenta años se produjo un levantamiento revolucionario masivo en el capitalismo avanzado, en tiempos de paz y en condiciones de prosperidad imperialista y democracia burguesa. La fuerza de esta explosión superó al Partido Comunista Francés. Con ello comenzaron a debilitarse por primera vez las dos condiciones esenciales de la no coincidencia histórica de la teoría y la política en Europa occidental. La reaparición de masas revolucionarias fuera del control de un partido burocratizado hizo *potencialmente* concebible la unificación de la teoría marxista y la práctica de la clase obrera una vez más. En realidad, desde luego, la revuelta de Mayo no fue una revolución, y la mayoría del proletariado francés ni organizativa ni ideológicamente ha abandonado el PCF. La distancia entre la teoría revolucionaria y la lucha de masas estuvo lejos de ser eliminada de un día para otro en París durante mayo y junio de 1968; pero llegó a su mínima separación en Europa desde que fuera derrotada la huelga general en Turín durante los tumultos de 1920. Además, la revuelta de Francia no fue una experiencia aislada. En los años siguientes se produjo una oleada internacional cada vez más vasta de insurrecciones de la clase obrera en los países imperialistas, a diferencia de todo lo que había ocurrido desde comienzos de los años veinte. En 1969 el proletariado italiano desencadenó la mayor serie de huelgas registrada en el país; en 1972 la clase obrera británica lanzó la más lograda ofensiva industrial de su historia, lle-

gando a paralizar la economía nacional; en 1973 los trabajadores japoneses llevaron a cabo su mayor ataque contra el capital registrado hasta la fecha. En 1974 la economía capitalista mundial entró en su primer receso importante desde la guerra. La probabilidad de un restablecimiento del circuito revolucionario entre la teoría marxista y la práctica de masas, a través de luchas reales de la clase obrera industrial, se ha hecho cada vez mayor. Las consecuencias de tal reunificación de la teoría y la práctica serán la transformación del marxismo, al recrear condiciones que, en su momento, produjeron a los fundadores del materialismo histórico.

Entre tanto, la serie de conmociones iniciada por la revuelta de mayo ha tenido otro impacto decisivo sobre las perspectivas contemporáneas del materialismo histórico en la zona capitalista avanzada. El marxismo occidental, desde Lukács y Korsch hasta Gramsci o Althusser, ocupó en muchos aspectos el frente del escenario en toda la historia intelectual de la izquierda europea, después de la victoria de Stalin en la URSS. Pero a lo largo de todo este período subsistió y se desarrolló «fuera del escenario» otra tradición de un carácter muy diferente, que por primera vez atrajo la atención política durante la explosión francesa y después de ella. Se trata, desde luego, de la teoría y el legado de Trotski. El marxismo occidental, como hemos visto, siempre se polarizó magnéticamente alrededor del comunismo oficial, como única encarnación histórica del proletariado internacional en cuanto clase revolucionaria. Nunca aceptó completamente el estalinismo, mas tampoco lo combatió activamente. Pero cualesquiera que hayan sido los matices de las actitudes adoptadas por los sucesivos pensadores hacia él, para todos ellos no había otra realidad o medio de acción socialista fuera de él. Fue esto lo que lo separó radicalmente de la obra de Trotski. Porque desde la muerte de Lenin en adelante, Trotski dedicó su vida a una lucha práctica y teórica para liberar al movimiento obrero internacional de la dominación burocrática, de forma que pudiera llevar a cabo el derrocamiento del capitalismo a

escala mundial. Derrotado en la lucha interna del pcus en los años veinte y exiliado de la URSS por ser un peligro permanente para el régimen simbolizado por Stalin, el desarrollo más perdurable de la teoría marxista por Trotski comenzó en el exilio<sup>1</sup>. Su nueva obra nació de la matriz de una tremenda conmoción de masas: la revolución de octubre. Pero el trotskismo como sistema tuvo un nacimiento retardado: fue en gran parte posterior a la revolución, cuando la experiencia que lo hizo posible había ya desaparecido. Así, la primera producción importante de Trotski en el exilio fue una obra de *historia* concreta, caso único en un teórico marxista de su talla. Su *Historia de la revolución rusa* (1930) sigue siendo en muchos aspectos el más eminente ejemplo de literatura histórica marxista hasta hoy, y la única en la cual la competencia y la pasión del historiador se unen a la actividad y el recuerdo de un dirigente y organizador político, en una importante reconstrucción del pasado.

La siguiente realización de Trotski fue aún más significativa en algunos aspectos. Aislado en una isla turca, escribió desde lejos una serie de textos sobre el surgimiento del nazismo en Alemania, cuya calidad como estudios concretos de una *coyuntura política* no tiene parangón en los anales del materialismo histórico. En este campo, ni siquiera Lenin escribió una obra de semejante profundidad y complejidad. Los escritos de Trotski sobre el fascismo alemán constituyen, en verdad, el primer análisis marxista verdadero de un *Estado capitalista* del siglo xx: la formación de la dictadura nazi<sup>2</sup>. El espíritu internacionalista de su intervención, destinada a armar a la clase obrera alemana contra el peligro mortal que la amenazaba, se mantuvo du-

<sup>1</sup> Aunque, desde luego, tuvo sus orígenes proféticos en su obra pre-revolucionaria *Resultados y perspectivas*.

<sup>2</sup> Este juicio puede parecer paradójico; volveremos a él en otro lado. Es sintomático del destino del legado de Trotski el que estos escritos sobre Alemania no hayan sido publicados en forma de libro hasta 1970, año en que apareció la primera edición alemana. Una traducción inglesa de ellos se hallará en *The struggle against fascism in Germany*, Nueva York, 1971.

rante toda su vida. Exiliado y expulsado de un país tras otro, sin contacto físico con el proletariado de ninguna nación, siguió elaborando análisis políticos de primer orden sobre Europa occidental. Francia, Inglaterra y España fueron examinadas por él con un dominio de la especificidad nacional de sus formaciones sociales que Lenin, totalmente concentrado en Rusia, nunca alcanzó<sup>3</sup>. Finalmente, elaboró una rigurosa y vasta teoría sobre la naturaleza del Estado soviético y el destino de la URSS bajo Stalin, documentada y desarrollada con un manejo clásico de los elementos de juicio<sup>4</sup>. La escala histórica de las realizaciones de Trotski es aún difícil de apreciar hoy.

No disponemos aquí de espacio para desentrañar el legado posterior del pensamiento y la obra de Trotski. Algún día esta otra tradición —perseguida, injuriada, aislada y dividida— tendrá que ser estudiada en toda la diversidad de sus canales y corrientes subterráneas. Puede sorprender a los historiadores futuros con sus riquezas. Aquí sólo es necesario comentar la obra de dos o tres de los posteriores herederos de Trotski. Los miembros más dotados de la generación siguiente a él procedían ambos de la intelectualidad de Europa oriental, en los límites entre Polonia y Rusia. Isaac Deutscher (1907-67), nacido cerca de Cracovia, fue un militante del Partido Comunista Polaco en la ilegalidad, rompió con la Komintern por su política ante el ascenso del nazismo en 1933, y luchó durante cinco años en un grupo trotskista de oposición dentro de la clase obrera, en la Polonia de Pilsudski. En vísperas de la segunda guerra mundial, rechazó la decisión de Trotski de crear una IV Internacional, renunció al intento de mantener la unidad política entre teoría y práctica, que juzgó entonces impo-

<sup>3</sup> Ahora reunidos respectivamente en *Whither France?* (1970), *On Britain* (1973) y *The Spanish revolution* (1973), todos publicados en Nueva York. Los escritos sobre Gran Bretaña datan en su mayoría de los años veinte, pero la colección anterior omite algunos importantes escritos de los años treinta.

<sup>4</sup> Sobre todo, *The revolution betrayed*, *The class nature of the Soviet State* e *In defense of marxism*, Nueva York, 1965 (*En defensa del marxismo*, Barcelona, Fontamara, 1977).

sible, y emigró a Inglaterra<sup>5</sup>. Allí, después de la guerra, se hizo historiador profesional y escribió la importante serie de obras sobre el curso y los resultados de la revolución soviética por las que se hizo famoso en todo el mundo. Pese a sus divergencias con Trotski, la continuidad de sus preocupaciones difícilmente podría haber sido más estrecha. Trotski estaba trabajando en una biografía de Stalin cuando murió; la primera obra de Deutscher fue una biografía de Stalin, que comenzaba allí donde su predecesor la había dejado. Después, la principal obra de Deutscher sería una biografía del propio Trotski<sup>6</sup>. Su contemporáneo y colega más importante fue otro historiador. Roman Rosdolsky (1898-1967), nacido en Lvov, fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Ucrania occidental. Mientras trabajaba bajo la dirección de Riazanov como miembro correspondiente del Instituto Marx-Engels en Viena, se unió a Trotski en su crítica de la consolidación del estalinismo en la URSS y de la política de la Komintern frente al fascismo en Alemania a principios de los años treinta. De 1934 a 1938 volvió a Lvov y trabajó en el movimiento trotskista local de Galitzia, a la par que escribía un largo estudio sobre la historia de la servidumbre en la región. Capturado por el ejército alemán durante la segunda guerra mundial, fue enviado a campos de concentración nazis. Al ser liberado en 1945, emigró a los Estados Unidos, donde trabajó como investigador aislado en Nueva York y Detroit, abandonando la actividad política directa. Allí escribió uno de los pocos textos marxistas importantes sobre el problema nacional en Europa que aparecieron desde la época de Lenin<sup>7</sup>. Su *magnum opus*, sin embargo, fue un extenso análisis en dos volúmenes de los *Grundrisse* de Marx y su relación con *El*

<sup>5</sup> Sobre la primera etapa de Deutscher, véase Daniel Singer, «Armed with a pen», en D. Horowitz, comp., *Isaac Deutscher, the man and his work*, Londres, 1971, pp. 20-37.

<sup>6</sup> *The prophet armed* (1954), *The prophet unarmed* (1959) y *The prophet outcast* (1963) (*El profeta armado*, *El profeta desarmado* y *El profeta desterrado*, México, Era, 1966, 1968 y 1969).

<sup>7</sup> *Friedrich Engels und das problem der «Geschichtslosen Völker»*, Hannover, 1964. Sobre la vida de Rosdolsky, véase la reseña aparecida en *Quatrième Internationale*, 33, abril de 1968.

*capital*, publicado póstumamente en Alemania Occidental en 1968<sup>8</sup>. El objetivo de esta importante reconstrucción de la arquitectura del pensamiento conómico maduro de Marx fue permitir al marxismo contemporáneo reanudar la tradición fundamental de la teoría económica dentro del materialismo histórico, interrumpida al extinguirse el austromarxismo en el período de entreguerras. Trotski no había escrito ninguna obra económica de entidad, a diferencia de la mayoría de los teóricos de su generación: el mismo Rosdolsky, que no era economista de formación, emprendió esa tarea por un sentido del deber hacia las generaciones siguientes, como solitario superviviente de la cultura de Europa oriental que había antaño producido el bolchevismo y el austromarxismo<sup>9</sup>. Su esperanza no fue vana. Cuatro años más tarde, Ernest Mandel —un trotskista belga que había participado activamente en la Resistencia y caído prisionero de los nazis, antes de destacarse en la IV Internacional después de la guerra— publicó en Alemania un estudio de gran aliento sobre *El capitalismo tardío*, directamente en deuda con Rosdolsky<sup>10</sup>: fue el primer análisis teórico del desarrollo global del modo de producción capitalista desde la segunda guerra mundial, concebido dentro del marco de las categorías marxistas clásicas.

Así, la tradición que se remonta a Trotski presenta un contraste polar, en los aspectos más esenciales, con la del marxismo occidental. Se concentró en la política y la economía, no en la filosofía. Fue resueltamente internacionalista y nunca se limitó en sus preocupaciones o su horizonte

<sup>8</sup> *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen Kapitals*, Francfort, 1968 (*Génesis y estructura de «El capital» de Marx*, México, Siglo XXI, 1978).

<sup>9</sup> «El autor no es un economista ni un filósofo *ex profeso*. Por ello, no se hubiese atrevido a escribir un comentario a los *Grundrisse* si aún existiese en la actualidad —tal como la había en el primer tercio de nuestro siglo— una escuela de teóricos marxistas que se hallasen más a la altura de esa tarea. Sin embargo, la última generación de teóricos marxistas de renombre cayeron, en su mayoría, víctimas del terror hitlerista y estalinista», *Zur Entstehungsgeschichte*, pp. 10-11 (p. 14).

<sup>10</sup> *Der Spätkapitalismus (Versuch einer Erklärung)*, Francfort, 1972; dedicatoria a Rosdolsky, p. 9. [La edición inglesa ampliada, *Late capitalism*, Londres, NLB, 1975, omite el subtítulo de la edición alemana.] (Traducción prevista: México, Era.)

a una sola cultura o país. Habló un lenguaje claro y apremiante, cuyo prosa más fina (Trotsky o Deutscher) poseía, sin embargo, una calidad literaria igual o superior a la de cualquier otra tradición. No ocupó cátedras en las universidades. Sus miembros fueron perseguidos y desterrados. Trotsky fue asesinado en México. Deutscher y Rosdolsky fueron exiliados, imposibilitados de retornar a Polonia o Ucrania. Mandel está desterrado de Francia, Alemania Occidental y los Estados Unidos hasta el día de hoy. Podrían agregarse otros nombres. El precio pagado por el intento de mantener la unidad marxista entre teoría y práctica, aun en los casos en que finalmente se renunció a ella, fue elevado. Pero la ganancia obtenida para el futuro del socialismo, en cambio, fue inmensa. Hoy, esta herencia teórico-política brinda uno de los elementos fundamentales para todo renacimiento del marxismo revolucionario a escala internacional. Las adquisiciones que encarna tienen sus propios límites y flaquezas. El desarrollo por Trotsky de la fórmula específica de la revolución rusa en una regla general para el mundo subdesarrollado sigue siendo problemática; sus escritos sobre Francia y España no tienen la misma seguridad que los referentes a Alemania; su juicio sobre la segunda guerra mundial, abandonando su análisis del nazismo, era equivocado. El optimismo de Deutscher sobre las perspectivas de una reforma interna en la URSS después de Stalin era infundado. Los principales esfuerzos de Rosdolsky fueron de carácter expositivo más que exploratorio. El estudio de Mandel, después de un silencio tan prolongado en ese campo, fue subtítulo deliberadamente «Un intento de explicación». En general, el progreso de la teoría marxista no podía saltar por encima de las condiciones materiales de su propia producción: la práctica social del proletariado real de la época. La combinación del aislamiento forzado de los principales destacamentos de la clase obrera organizada en todo el mundo y la prolongada inexistencia de levantamientos revolucionarios de masas en las tierras centrales del capitalismo industrial inevitablemente dejó sus huellas en toda la tradición trotskista. También ella estuvo sujeta a los dictados últimos de la larga época de derrota

histórica de la clase obrera occidental. Su reto al espíritu del tiempo, que la separó del marxismo occidental, le impuso sus penalidades particulares. La reafirmación de la validez y realidad de la revolución socialista y la democracia proletaria, contra tantos hechos que las negaban, inclinó involuntariamente a esta tradición hacia el conservadurismo. La preservación de las doctrinas clásicas tuvo prioridad sobre su desarrollo. El triunfalismo en la causa de la clase obrera y el catastrofismo en el análisis del capitalismo, afirmados de forma más voluntarista que racional, iban a ser los vicios típicos de esta tradición en sus formas rutinarias. Será necesario hacer un inventario histórico de los logros y los fracasos de esta experiencia. Hace falta desde hace tiempo una evaluación crítica y sistemática del legado de Trotsky y sus sucesores, comparable con la que hoy está potencialmente disponible con respecto a la herencia del marxismo occidental. Al mismo tiempo, el crecimiento de la lucha de clases internacional desde finales de los años sesenta ha comenzado a crear, por primera vez desde la derrota de la Oposición de Izquierda en Rusia, una posibilidad objetiva de reaparición de las ideas políticas asociadas a Trotsky en ámbitos fundamentales de los debates y la actividad de la clase obrera. Cuando se produzca esta conjunción, sus valores serán juzgados por la crítica más amplia de la práctica proletaria de masas.

Mientras tanto, el cambio de clima desde finales de los años sesenta también ha tenido efectos sobre el marxismo occidental. La reunificación de la teoría y la práctica en un movimiento revolucionario de masas, libre de trabas burocráticas, sería el fin de esta tradición. Como forma histórica, se extinguirá cuando sea superado el divorcio que le dio origen. Los signos preliminares de esta superación son visibles hoy, pero en modo alguno se trata de un proceso acabado. El período actual es aún de transición. Los grandes partidos comunistas del continente europeo, que siempre fueron el campo gravitacional subyacente del marxismo occidental, están lejos de haber desaparecido; su predominio dentro de la clase obrera de sus respectivos países no ha

disminuido notablemente, aunque su crédito como organizaciones revolucionarias se haya debilitado entre la intelectualidad. Muchos de los principales teóricos del marxismo occidental a los que nos hemos referido están ahora muertos. Los que sobreviven han demostrado hasta ahora ser incapaces de responder a la nueva coyuntura creada desde la revuelta de Mayo en Francia con algún desarrollo notable de sus teorías. En su mayoría, probablemente hayan terminado su carrera intelectual. En una generación más joven, formada bajo la influencia de esta tradición, se ha manifestado cierta preocupación mayor por la teoría económica y política, fuera del perímetro filosófico de sus mayores<sup>11</sup>. Sin embargo, este cambio a menudo ha sido acompañado de un simple desplazamiento del horizonte referencial, del comunismo soviético al chino. Organizativa e ideológicamente más vago como polo de orientación, la sustitución de la URSS por China, por lo demás, ha conservado básicamente la tácita heteronomía política del marxismo occidental. El paso de algunos de los teóricos de la vieja generación —Althusser o Sartre— más o menos directamente de una a otra, meramente confirma la continuidad de la relación estructural<sup>12</sup>. Fundamentalmente, los cambios dentro del marxismo occidental deben ser considerados como imponderables, en la medida en que existen. En todo caso, quizá los viejos teóricos de esta tradición que sobreviven estén condenados a la repetición y el agotamiento filosóficos. El futuro de sus discípulos, naturalmente, está más abierto.

Entre tanto, cualquiera que sea su destino en su zona de origen, los últimos años han sido testigos de la introducción en gran escala del marxismo occidental, creado en Alemania, Francia e Italia, en nuevas regiones del mundo capitalista y, sobre todo, en los países anglosajones y nórdicos.

<sup>11</sup> Las obras más notables de este tipo son las de Nicos Poulantzas: traducciones inglesas, *Political power and social classes*, Londres, NLB/SW, 1973, y *Fascism and dictatorship*, Londres, NLB, 1974 (*Poder político y clases sociales* y *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1969 y 1971).

<sup>12</sup> La naturaleza y la influencia del maoísmo caen fuera del alcance de este ensayo; será menester examinarlas detalladamente en otra parte.

Las consecuencias de esta difusión son imprevisibles. Ninguna de esas naciones ha poseído históricamente un fuerte movimiento comunista, y ninguna hasta ahora ha producido nada importante en la teoría marxista. Sin embargo, algunas tienen haberes específicos propios. En Inglaterra, especialmente, la clase obrera ha sido hasta ahora una de las más poderosas del mundo, y la calidad de la *historiografía* marxista probablemente sea superior a la de cualquier otro país. La relativa modestia, hasta la fecha, de la cultura marxista en un sentido más amplio, en esta región, puede sufrir cambios sorprendentemente rápidos. Porque la ley del desarrollo desigual también rige el ritmo y la distribución de las realizaciones teóricas: puede transformar países rezagados en países dirigentes, que se beneficien de las ventajas de los recién llegados, en un plazo relativamente corto. De todos modos, puede decirse con alguna seguridad que *hasta que* no domine el terreno de los Estados Unidos e Inglaterra —respectivamente los países de la clase imperialista más rica y la clase obrera más vieja del mundo— el marxismo no habrá medido sus fuerzas con la amplia gama de problemas que le plantea la civilización del capital en la segunda mitad del siglo xx. La incapacidad de la III Internacional, aun en los días de Lenin, para hacer algún progreso serio en las potencias anglosajonas, cuando Estados Unidos y Gran Bretaña eran los dos centros mayores del capitalismo mundial, indica en qué grado era *incompleto* el materialismo histórico aun en el apogeo de sus realizaciones como teoría revolucionaria viva. Hoy, los formidables problemas científicos que plantea al movimiento socialista el modo de producción capitalista en su momento más *fuerte*, y no en el más débil, están aún por resolver en gran medida. En este sentido, el marxismo tiene todavía que realizar las tareas más difíciles. Es improbable que esté en condiciones de abordarlas hasta que no eche raíces en los bastiones imperiales maduros del mundo anglosajón.

Porque después del prolongado y tortuoso rodeo del marxismo occidental, aún esperan respuesta las cuestiones que la generación de Lenin dejó pendientes y a las que luego fue imposible responder por la ruptura entre la teo-

ría y la práctica en la época de Stalin. No pertenecen al ámbito de la filosofía. Conciernen a las realidades económicas y políticas fundamentales que han dominado la historia del mundo en los últimos cincuenta años. Aquí sólo disponemos de espacio para hacer una brevísima enumeración de ellas. Primero y ante todo, ¿cuáles son la naturaleza y la estructura reales de la *democracia burguesa* como tipo de sistema estatal que se ha convertido en la forma normal del poder capitalista en los países avanzados? ¿Qué tipo de *estrategia revolucionaria* puede derrocar esta forma histórica de Estado, tan distinta de la de la Rusia zarista? Después de ella, ¿cuáles serían las formas institucionales de la *democracia socialista* en Occidente? La teoría marxista apenas ha abordado estos tres temas en sus interconexiones. ¿Cuál es el significado y la posición de la *nación* como unidad social, en un mundo dividido en clases? Sobre todo, ¿cuáles son los complejos mecanismos del *nacionalismo* como fenómeno de masas de fuerza fundamental en los dos últimos siglos? Ninguno de estos problemas ha recibido nunca una respuesta adecuada desde la época de Marx y Engels. ¿Cuáles son las *leyes contemporáneas del movimiento del capitalismo* como modo de producción? ¿Definen nuevas formas específicas de *crisis*? ¿Cuál es la verdadera configuración del *imperialismo* como sistema internacional de dominación económica y política? Sólo acaba de empezar la labor sobre estos problemas, en un paisaje que ha cambiado hace tiempo desde Lenin o Bauer. Finalmente, ¿cuáles son las características básicas y la dinámica de los *Estados burocráticos* que han surgido de las revoluciones socialistas en los países atrasados, tanto en su *unidad* como en su *distinción* de los otros? ¿Cómo fue posible que la *destrucción de la democracia proletaria* en Rusia después de la revolución fuera seguida por revoluciones *sin democracia proletaria desde el comienzo*, en China y otras partes, y cuáles son los límites determinados de tal proceso? Trotski inició el análisis del primer proceso, pero no vivió para ver el segundo. Son estas densas cuestiones las que plantean hoy el desafío fundamental al materialismo histórico.

La condición necesaria para su solución es, como hemos visto, el surgimiento de un movimiento revolucionario de masas, libre de restricciones organizativas, en los países natales del capitalismo industrial. Sólo entonces será posible una nueva unidad entre la teoría socialista y la práctica de la clase obrera, capaz de dotar al marxismo de los poderes necesarios para elaborar el conocimiento del que hoy carece. No es posible prever qué formas adoptará esta teoría del futuro, ni quiénes serán sus creadores. Sería erróneo suponer que ellos repetirán necesariamente los modelos clásicos del pasado. Prácticamente todos los teóricos importantes del materialismo histórico hasta la fecha, desde Marx y Engels hasta los bolcheviques, desde las figuras principales del austromarxismo hasta las del marxismo occidental, han sido intelectuales provenientes de las clases poseedoras, y por lo general de la alta burguesía más que de la baja<sup>13</sup>. Gramsci es el único ejemplo perteneciente a un medio de verdadera pobreza, pero hasta él nació lejos del proletariado. Es imposible no ver en esto una inmadurez provisional de la clase obrera en su conjunto, desde una perspectiva histórica mundial. Basta pensar en las consecuencias para la revolución de Octubre de la fragilidad de la vieja guardia bolchevique, una dirección política reclutada en su abrumadora mayoría entre la intelectualidad rusa, superpuesta a una clase obrera aún en gran medida inculta: la facilidad con que tanto la vieja guardia como la vanguardia proletaria fueron eliminadas por Stalin en los años veinte no carecía de relación con el abismo social que había entre ellas. Un movimiento obrero capaz de lograr una autoemancipación perdurable no reproducirá este dualismo. Los «intelectuales orgánicos» imaginados por Gramsci, engendrados dentro de las filas del mismo proletariado, aún no han tenido el papel estructural en el socialismo revo-

<sup>13</sup> La denominación convencional de «intelectual pequeñoburgués» no es apropiada para la mayoría de las personas a que nos hemos referido. Muchas de ellas pertenecían a familias de ricos fabricantes, comerciantes y banqueros (Engels, Luxemburgo, Bauer, Lukács, Grossmann, Adorno, Benjamin, Marcuse y Sweezy), o de terratenientes (Plejánov, Mehring, Labriola), o de importantes abogados o burócratas (Marx y Lenin).

lucionario que él creía que sería el suyo<sup>14</sup>. Las formas extremas de esoterismo que han caracterizado al marxismo occidental eran propias de «intelectuales tradicionales», en el sentido de Gramsci, en un período en que había poco o ningún contacto entre la teoría socialista y la práctica proletaria. Pero a largo plazo el futuro de la teoría marxista dependerá de los intelectuales producidos orgánicamente por las clases obreras industriales del mundo imperialista, a medida que adquieran capacidad cultural y confianza en sí mismas.

La palabra final la dijo Lenin. Se cita a menudo y con razón su famosa afirmación de que «sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario». Pero también escribió, con igual énfasis: «Una acertada teoría revolucionaria [...] sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario»<sup>15</sup>. Ambas cláusulas son importantes aquí. La teoría revolucionaria puede ser acometida en un relativo aislamiento, como Marx en el Museo Británico o Lenin en Zurich durante la guerra: pero sólo puede adquirir una forma *correcta* y *definitiva* cuando está vinculada con las luchas colectivas de la clase obrera. La mera pertenencia formal a una organización de partido, del tipo común en la historia reciente, no basta para establecer tal vínculo: es necesaria una *estrecha conexión* con la *actividad práctica* del proletariado. Tampoco es suficiente la militancia en un pequeño grupo revolucionario: debe existir un lazo con las *masas reales*. Recíprocamente, tampoco basta el lazo con

<sup>14</sup> Tal vez el más destacado pensador socialista hasta ahora procedente de las filas de la clase obrera occidental haya sido un británico, Raymond Williams. Sin embargo, la obra de Williams, aunque ha respondido al modelo del marxismo occidental por sus temas típicamente estéticos y culturales, no ha sido la de un marxista. No obstante, su historia de las clases —constante y firmemente presente en todos los escritos de Williams— confiere a su obra ciertas cualidades que no pueden hallarse en ninguno de los escritos socialistas contemporáneos y que formarán parte de toda futura cultura revolucionaria.

<sup>15</sup> «Left-wing communism: an infantile disorder», *Selected works*, volumen III, p. 378 (*El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, en *Obras escogidas*, Moscú, 1970, III, p. 354).

un movimiento de masas, pues éste puede ser reformista: sólo cuando las masas son *revolucionarias* la teoría puede completar su vocación eminente. Estas cinco condiciones para el desarrollo con éxito del marxismo no se han dado en ninguna parte del mundo capitalista avanzado desde la segunda guerra mundial. Pero las perspectivas de su reaparición están ahora aumentado al menos. Cuando haya nacido un movimiento verdaderamente revolucionario en una clase obrera madura, la «forma final» de la teoría no tendrá ningún precedente preciso. Todo lo que puede decirse es que, cuando hablen las propias masas, los teóricos —del género de los que ha producido Occidente durante cincuenta años— permanecerán necesariamente en silencio.



Las afirmaciones con que concluye el ensayo anterior deben inspirar hoy ciertas reservas. En efecto, carecen de ciertas aclaraciones y distinciones sin las cuales su lógica es, en última instancia, reduccionista. Su mismo tono apocalíptico es un signo sospechoso de dificultades perentoriamente eludidas o ignoradas. Explorar esas dificultades de modo adecuado, por no hablar ya de resolverlas, requeriría otro ensayo. Lo más que podemos hacer aquí es indicar la debilidad fundamental en la construcción del texto anterior. Esto puede ser formulado sucintamente. La teoría marxista, se arguye en todo el ensayo y con mayor énfasis al final, sólo adquiere sus contornos apropiados en relación directa con un movimiento revolucionario de masas. Cuando éste se halla ausente o ha sido derrotado, la primera, inevitablemente, sufre deformaciones o se eclipsa. La premisa de este tema general, desde luego, es el postulado de la «unidad entre teoría y práctica», tradicionalmente considerado como definitorio de la epistemología marxista. Hay ciertas sugerencias en el ensayo de que la relación entre ellas es más compleja de lo que habitualmente se admite; pero en conjunto el texto es una persistente afirmación del lazo fundamental entre ciencia y clase, materialismo histórico e insurrección proletaria, en este siglo. Las condiciones reales o los horizontes precisos de la unidad entre teoría y práctica no son examinadas en ninguna parte. Como resultado de ello, las conclusiones del ensayo invitan a una lectura «activista» de sus tesis que podría ser científicamente insostenible y políticamente irresponsable.

Porque hay una objeción insuperable a toda descripción del marxismo como la sugerida en las últimas páginas de este ensayo. Es extraño que no haya sido formulada antes

con más frecuencia. Si la designación apropiada del marxismo es «materialismo histórico», debe ser, sobre todo, una teoría de la historia. Pero la historia es, principalmente, el *pasado*. El presente y el futuro, por supuesto, también son históricos, y es a ellos a los que se refieren involuntariamente los preceptos tradicionales sobre el papel de la práctica dentro del marxismo. Pero el pasado no puede ser alterado por ninguna práctica del presente. Los sucesos del pasado pueden siempre ser reinterpretados y sus épocas redescubiertas por generaciones posteriores, pero no pueden ser modificados en ningún sentido sensatamente materialista. Desde un punto de vista político, el destino de los hombres y mujeres vivientes —en el presente real y el futuro previsible— es inmensamente más importante para un socialista que cualquier otra consideración. Pero científicamente, el dominio abrumadoramente preponderante del conocimiento discernible es el reino de los muertos. El pasado, que no puede ser cambiado o anulado, puede ser conocido con mayor certidumbre que el presente, cuyas acciones están aún por hacer. Y hay más todavía. Habrá siempre una escisión intrínseca entre el conocimiento y la acción, la teoría y la práctica, para toda ciencia posible de la historia. Ningún marxismo responsable puede renunciar a la tarea de comprender el universo inmenso del pasado o aspirar a ejercer la jurisdicción de una transformación material de éste. Así, pese a toda tentación encomiable, la teoría marxista no puede equipararse con una sociología revolucionaria. Nunca puede ser reducida al «análisis de la coyuntura actual», por usar una terminología ahora de moda. Porque, por definición, lo que es actual pronto pasa. Confinar el marxismo a lo contemporáneo es condenarlo a un olvido perpetuo en que el presente deja de ser cognoscible una vez que retrocede al pasado<sup>1</sup>. Pocos socialistas disen-

<sup>1</sup> Esta no es una doctrina imaginaria. En una obra reciente se declara: «El marxismo, como práctica teórica y política, no gana nada al asociarse con la escritura y la investigación históricas. El estudio de la historia no sólo carece de valor científicamente, sino también políticamente. El objeto de la historia, el pasado, al margen de cómo se conciba, no puede afectar a la situación actual. Los sucesos históricos no existen



tirán de esto. Sin embargo, es paradójico que el lugar exacto que ocupa la historia dentro del materialismo histórico nunca haya sido adecuadamente discutido hasta ahora. Es incompatible con todo pragmatismo filosófico. En este sentido, quizás el marxismo aún deba asumir con toda seriedad su pretensión de ser una «ciencia de la historia». Pues el orgulloso título de materialismo histórico sólo puede ser ganado con un modesto respeto por la realidad de sus dos términos. Este respeto exige un límite a la noción de la unidad entre teoría y práctica. Los grandes problemas políticos que se plantean a la clase obrera internacional en el siglo xx, y cuya ausencia de la tradición del marxismo occidental hemos subrayado aquí, permanecen, ciertamente, sujetos a su regulación. Pero las formas y los cambios exactos de su regla nunca han sido estudiados adecuadamente. Sin embargo, el abandono de la universalidad general y acrítica que a menudo han atribuido a la unión entre teoría y práctica puede, en verdad, ayudar a los marxistas a enfocar más precisamente las condiciones sociales concretas para el surgimiento de la teoría revolucionaria y los procedimientos científicos específicos para su validación.

Esto no significa que deban distinguirse en el materialismo histórico dos dominios separados y cerrados: una «política» activa y una «historia» pasiva, la una totalmente gobernada por la marejada de las prácticas de las masas y la otra idealmente exenta de ellas. En cambio, nuestro propósito

---

en el presente y no pueden tener ninguna influencia material sobre él. Las condiciones de existencia de las relaciones sociales actuales existen necesariamente y son constantemente reproducidas en el presente. El objeto que debe elucidar la teoría marxista y sobre el que debe actuar la práctica política marxista no es el 'presente', aquello que el pasado se ha dignado permitirnos, sino la 'situación actual'. Toda la teoría marxista, por abstracta que sea, por general que sea su campo de aplicación, existe para permitir el análisis de la situación actual [...] Un análisis histórico de la 'situación actual' es imposible» (B. Hindess y P. Hirst, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, 1975, p. 312). Los autores de esta declaración, remotos descendientes de Althusser, tienen el discernimiento de proclamar con cierta precisión las exasperadas consecuencias de una lógica cuyas premisas iniciales pueden a menudo parecer intrascendentes y no susceptibles de provocar controversias en las explicaciones marxistas convencionales de la unidad entre teoría y práctica dentro del materialismo histórico.

es plantear la cuestión, hasta ahora indebidamente descuidada, de la relación —real y potencial— entre «historiografía» y «teoría» en la cultura marxista en su conjunto. Las determinaciones políticas de los modernos estudios históricos, marxistas o no marxistas, son tan conocidas que no necesitamos insistir en ellas. (No constituyen, claro está, una forma de la unidad entre teoría y práctica, en el sentido clásico.) Las adquisiciones históricas disponibles o necesarias para los escritos modernos sobre teoría política o económica, dentro del marxismo, no han sido consideradas con tanta frecuencia. En verdad, debería ser evidente que los avances en la historiografía marxista son potencialmente de importancia fundamental para el desarrollo de la teoría marxista. Sin embargo, a pesar de la formación de importantes escuelas de historiografía marxista en casi todos los países capitalistas avanzados, no puede decirse que el materialismo histórico como sistema teórico se haya beneficiado de modo proporcional. Ha habido relativamente poca integración de los hallazgos de la historia marxista en la política o la economía mixta, hasta ahora. Esta anomalía parece todavía mayor cuando se recuerda que en la época del marxismo clásico no había ninguna historiografía profesional de este género, mientras que su advenimiento en una época posterior no ha tenido efectos apreciables en el marxismo posclásico. A causa de su novedad, aún está por verse su importancia para la estructura del materialismo histórico en su conjunto. Al menos, puede conjeturarse que el equilibrio entre «historia» y «teoría» podrá restablecerse en una cultura marxista del futuro que altere su configuración presente.

Hay otro punto destacado en este ensayo que requiere una modificación relacionada con la anterior. Hemos usado el lema de la unidad entre teoría y práctica para señalar un contraste estructural entre el marxismo clásico y el «occidental». Ciertamente, este contraste no es falso. Sin embargo, la manera de exponerlo aquí tiende a eximir indebidamente al marxismo clásico de un examen crítico. La unidad práctica de este último con las luchas de la clase obrera de su tiempo, que lo hace genuinamente muy supe-

rior a la tradición posterior, aparece como una norma de comparación absoluta dentro del materialismo histórico. Pero una vez que se relativiza la regla de la unidad entre teoría y práctica, aun la ciencia que estuvo más estrecha y heroicamente vinculada con la clase obrera debe ser sometida a una constante y escrupulosa reevaluación. Si bien el ensayo no atribuye perfección alguna al marxismo clásico, los límites a los que se refiere, sin embargo, son presentados esencialmente como elementos incompletos, como lagunas cuyo remedio era un posterior desarrollo de la teoría que el marxismo occidental fue luego incapaz de realizar. No hemos tomado con suficiente seriedad la posibilidad de que haya elementos en la herencia clásica que no sean tanto incompletos cuanto incorrectos. En parte, es precisamente la acumulación de unos conocimientos del pasado que no poseían las primeras generaciones de marxistas, quienes lo vivían como su presente, lo que permite y exige hoy plantear nuevos interrogantes científicos sobre su obra.

En otras palabras, el marxismo clásico debe ser sometido al mismo examen riguroso y a la misma evaluación crítica que la tradición posclásica derivada de él. El valor y la calma necesarios para llevar a cabo tal programa serían mucho mayores que en el caso del marxismo occidental, habida cuenta de la veneración con que casi todos los socialistas serios han tratado a los maestros clásicos del materialismo histórico y la ausencia hasta ahora de toda crítica intelectual de ellos que mantenga en política una postura igual y resueltamente revolucionaria. El mayor respeto, sin embargo, es compatible con la mayor lucidez. El estudio del marxismo clásico requiere hoy una combinación de conocimientos eruditos y honestidad escéptica que todavía no ha tenido. En la época de la posguerra, los trabajos mejores y más originales en este campo tomaron comúnmente la forma de reinterpretaciones ingeniosas de un texto o autor canónico —Marx, Engels o Lenin— para refutar ideas convencionales sobre otro, a menudo con el propósito de rebatir críticas o malas interpretaciones burguesas del marxismo. Hoy es necesario abandonar esta práctica y proce-

der, en cambio, a examinar la validez de los mismos textos del marxismo clásico, sin ningún supuesto previo de que son necesariamente coherentes o correctos. En verdad, quizá la responsabilidad más importante de los socialistas contemporáneos sea identificar las principales debilidades teóricas del marxismo clásico, explicar sus razones históricas y remediarlas. La presencia de errores es uno de los signos de toda ciencia: la afirmación de que no los hay, sencillamente ha desacreditado la pretensión del materialismo histórico de ser una ciencia. La comparación habitual de Marx con Copérnico o Galileo, si ha de hacerse, debe ser tomada en serio: nadie pensaría hoy que los escritos de estos últimos están exentos de errores y contradicciones importantes. Su misma condición de precursores de la astronomía o la física modernas garantiza la inevitabilidad de sus errores en el alba del desarrollo de una nueva ciencia. Lo mismo vale, *a priori*, con respecto al marxismo. Obviamente, no podemos explorar aquí los problemas que plantean los textos clásicos de esta tradición. Sin embargo, afirmar meramente la necesidad formal de hacerlo, sin ninguna especificación, sería poco más que una piedad simbólica. Por ello, para concluir, indicaremos ciertos ámbitos críticos en los que la herencia del marxismo clásico parece inadecuada o insatisfactoria. Los rápidos comentarios que haremos sobre ellos no pretenden, naturalmente, ser un tratamiento adecuado de los problemas correspondientes. Sólo son unas pocas y breves indicaciones de unos problemas que deberán ser examinados en otra parte. Por razones de conveniencia, nos limitaremos a la obra del trío descollante de la tradición clásica: Marx, Lenin y Trotski.

No necesitamos insistir aquí en la grandeza de la obra global de Marx. En verdad, fue la amplitud misma de su visión general del futuro la que, en cierto sentido, originó las ilusiones y miopías locales en su examen del presente de su época. Marx no sería política y teóricamente tan importante para el siglo xx si a veces no hubiese tenido una falta de sincronización con el siglo xix en el que vivió. Puede decirse que sus errores y omisiones fueron, por lo

general, el precio de sus previsiones. Lo que debe permitir al materialismo histórico superarlos hoy es la suma de los conocimientos científicos ahora disponibles sobre la historia del capitalismo, muy superior a los que él tenía a su disposición. Es en este aspecto en el que hay tres ámbitos donde la obra de Marx parece muy incierta desde una perspectiva contemporánea.

i) El primero de ellos es su tratamiento del Estado capitalista. En sus primeros escritos empezó a teorizar, en efecto, sobre lo que más tarde iba a ser la democracia burguesa, antes de que existiese en ninguna parte de Europa, pero a un nivel muy abstracto y filosófico. Luego, en 1848-1850, escribió un estudio histórico concreto del peculiar Estado dictatorial creado por Napoleón III en Francia, su único escrito de este género. Más tarde, nunca analizó directamente el Estado parlamentario inglés bajo el cual vivió el resto de su vida. En todo caso, tendió a generalizar abusivamente el «bonapartismo» como forma típica del Estado burgués moderno, a causa de sus recuerdos políticos del papel contrarrevolucionario de dicho Estado bonapartista en 1848. Por consiguiente, fue incapaz de analizar la III República que surgió en Francia después de la derrota de 1870. Finalmente, debido a su preocupación por el bonapartismo «militarista», en cambio tendió aparentemente a subestimar la capacidad represiva de los Estados «pacifistas» inglés, holandés y norteamericano, y a veces pareció creer que en esos países podría alcanzarse el socialismo por medios pacíficos y electorales solamente. El resultado fue que Marx nunca hizo una descripción coherente o comparativa de las estructuras políticas del poder burgués de clase. Hay una notable disparidad entre sus primeros escritos politicofilosóficos y sus posteriores escritos económicos.

ii) Parece haber acompañado a este fallo la incompreensión, en buena medida, de la naturaleza de la época posterior en que le tocó vivir. Aunque en su época Marx fue el único que comprendió el dinamismo económico del modo de producción capitalista posterior a 1850, que iba a transformar el mundo, al parecer no registró nunca el gran cambio en el sistema estatal internacional que lo acompañó.

Las derrotas de 1848 al parecer convencieron a Marx de que ya no podía haber revoluciones burguesas, a causa del temor que en todas partes experimentaba el capital ante la clase obrera (de ahí las traiciones en Francia y Alemania en ese año). En realidad, durante el resto de su vida presenció una sucesión de revoluciones capitalistas triunfantes en Alemania, Italia, Estados Unidos, Japón y otros países. Todas ellas se realizaron bajo la bandera del nacionalismo, no de la democracia. Marx creía que el capitalismo atenuaría y anularía progresivamente la nacionalidad en un nuevo universalismo; de hecho, su desarrollo estimuló y reforzó el nacionalismo. Su incapacidad para percibir esto dio como resultado una serie de graves errores políticos durante los decenios de 1850-60 y 1860-70, época en que los principales dramas de la política europea estuvieron todos relacionados con luchas nacionalistas. De ahí su hostilidad hacia el Risorgimento en Italia, su desprecio por el bismarckismo en Alemania, su adulación de Lincoln en los Estados Unidos y su aprobación del otomanismo en los Balcanes (esta última determinada por otra preocupación «anacrónica» de 1848: su temor a Rusia). Sólo dejó a las posteriores generaciones de socialistas un silencio teórico sobre el carácter de las naciones y los nacionalismos, con muy perjudiciales consecuencias.

iii) La arquitectura económica del propio *El capital*, la mayor realización de Marx, no es inmune a una serie de posibles dudas. Las más insistentes de éstas conciernen a la teoría del valor expuesta por Marx. Aparte de las dificultades asociadas a su exclusión de la escasez como determinante (cf. Ricardo), surge el problema de fijar las cantidades agregadas de trabajo (cf. Sraffa) y, sobre todo, la inquietante dificultad hallada hasta ahora para convertir estos últimos en precios como elemento cuantificable (en contradicción con los cánones normales de científicidad y las comparaciones habituales del descubrimiento del plusvalor con el del oxígeno). Otro perturbador aspecto de toda la teoría del valor es la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo, que, aunque esencial para ella, nunca ha sido codificada teóricamente o establecida empírica-

mente por Marx o sus sucesores. Las conclusiones más aventuradas del sistema de *El capital* fueron el teorema general de la caída de la tasa de ganancia y el supuesto de una creciente polarización de clase entre la burguesía y el proletariado. Ninguna de ellas ha sido adecuadamente fundamentada. La primera implicaba la quiebra económica del capitalismo por sus mecanismos internos; la segunda, su quiebra social por medio, si no de una pauperización del proletariado, sí de una preponderancia absoluta final de una vasta clase obrera industrial de trabajadores productivos sobre una diminuta burguesía, con pocos grupos intermedios o ninguno. De este modo, la ausencia misma de una teoría política apropiada en el último Marx puede estar lógicamente relacionada con un latente catastrofismo en su teoría económica, que hacía redundante el desarrollo de la primera.

El caso de Lenin presenta otro conjunto de problemas, porque, a diferencia de Marx o Engels, Lenin no sólo fue el autor de una teoría original, sino el arquitecto de una práctica política que llegó a organizar una revolución socialista y a crear un Estado proletario. Las relaciones entre su teoría y su práctica son, pues, tan importantes como las relaciones entre sus tesis teóricas mismas. Los principales problemas que su vida y su obra parecen plantear son los concernientes a la democracia proletaria (en el partido y el Estado) y la democracia burguesa (en Occidente y en Oriente).

i) La teoría inicial de Lenin de un partido neojacobino ultracentralizado expuesta en *¿Qué hacer?* llevaba la premisa explícita de la distinción entre las condiciones de clandestinidad en la Rusia autocrática y de legalidad en la Alemania constitucionalista. Lenin ajustó un poco la teoría a las revueltas de masas que se produjeron en la revolución de 1905-1906, pero nunca la revisó o modificó oficialmente. En 1917, el resurgimiento de los soviets en Rusia convenció a Lenin de que los consejos de obreros eran la forma revolucionaria necesaria del poder proletario, en contraste con las formas universales del poder capitalista en Europa, y elaboró

el primer desarrollo real de la teoría política marxista con su famosa interpretación de ellos en *El Estado y la revolución*. Sin embargo, ni entonces ni más tarde relacionó o integró su doctrina sobre el partido en su explicación de los soviets en Rusia o en cualquier otra parte. Sus textos sobre la primera no hacen mención alguna de la segunda, y sus textos sobre ésta guardan silencio en lo referente a la primera. El resultado de esto fue que permitió una rápida reversión del democratismo soviético radical de *El Estado y la revolución* al radical autoritarismo partidista radical del Estado ruso después del comienzo de la guerra civil. Los discursos de Lenin posteriores a la guerra civil registran la decadencia de los soviets, pero sin preocuparse mucho o lamentarlo seriamente. Los remedios finales que propuso para hacer resurgir la democracia proletaria frente a las usurpaciones de una burocracia chovinista en la URSS meramente instaban a efectuar cambios limitados dentro del partido, no dentro de la clase o el país: no hay ninguna alusión a los soviets en su testimonio político. El fallo teórico que esto implicaba puede ser relacionado con los errores prácticos cometidos por Lenin y los bolcheviques durante la guerra civil y después de ella en el ejercicio y la justificación de una represión política de la oposición que, como probablemente se demostrará cuando los historiadores marxistas la hayan estudiado honestamente, fue a menudo innecesaria y retrógrada.

ii) Lenin comenzó su actuación política reconociendo la fundamental diferencia histórica entre Europa occidental y Europa oriental en *¿Qué hacer?* En varias ocasiones posteriores (sobre todo en *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*) aludió nuevamente a ella. Pero nunca hizo seriamente de ella un objeto de reflexión política marxista. Es notable el hecho de que en *El Estado y la revolución*, quizá su obra más importante, se mantenga en un plano de total generalidad su examen del Estado burgués, pues por la forma en que lo considera podría referirse a cualquier país del mundo. De hecho, el Estado ruso, que acababa de ser eliminado por la revolución de Febrero, era absolutamente distinto de los Estados alemán, francés,

inglés o norteamericano, a los que se referían las citas de Marx y Engels en las que se basó Lenin. Al no delimitar inequívocamente una autocracia feudal de la democracia burguesa, Lenin originó involuntariamente una constante confusión entre los marxistas posteriores, confusión que iba a impedirles elaborar una estrategia revolucionaria eficaz en Occidente. Esta sólo podía haberse forjado sobre la base de una teoría directa y sistemática del Estado representativo democraticoburgués en los países capitalistas avanzados y de las combinaciones específicas de su maquinaria de consenso y coerción, que eran ajenas al zarismo. La consecuencia práctica de esta deficiencia teórica fue la incapacidad de la III Internacional, fundada y guiada por Lenin, para lograr arraigo en las masas de los mayores centros del imperialismo moderno en los años veinte: el mundo anglosajón de Inglaterra y los Estados Unidos. En estas sociedades se necesitaba otro tipo de partido y otro tipo de estrategia, que no fueron inventados. La obra sobre economía de Lenin, *El imperialismo*, que fue un considerable avance en la época en que fue escrita (1916), era, sin embargo, principalmente descriptiva, y después de la guerra parecía indicar una incapacidad del capitalismo moderno para recuperarse de sus desastres que halló formulación oficial en muchos documentos de la Komintern. Una vez más, un táctico catastrofismo económico dispensó a los militantes socialistas de la difícil tarea de elaborar una teoría política de las estructuras del Estado con el que tenían que habérselas en Occidente.

Es exigua la evaluación teórica seria de la obra de Trotski que se ha realizado hasta ahora. La biografía de Deutscher, probablemente la biografía más leída de un revolucionario, curiosamente no ha ido acompañada o seguida de ningún estudio análogamente sistemático de las ideas de Trotski, en parte, quizá, porque sus mismos méritos han ocultado la necesidad de hacerlo. Más próxima en el tiempo a la polémica política actual que la de los otros teóricos de la tradición clásica, la obra de Trotski exige un análisis desapasionado y honesto que aún, en general, no ha recibido.

Las dificultades fundamentales que plantea parecen ser las siguientes.

i) La noción de «revolución permanente» fue expuesta por Trotski para explicar y predecir el curso de la revolución rusa. Demostró ser exacta. No hubo ninguna revolución burguesa en Rusia; no se produjo ninguna estabilización capitalista intermedia; una insurrección obrera estableció un Estado proletario a los pocos meses del fin del zarismo, y este Estado no logró construir el socialismo cuando se halló aislado en un solo país. Sin embargo, después de 1924, Trotski generalizó su esquema de la revolución rusa a todo el mundo colonial y ex colonial, afirmando que en adelante no podría triunfar ninguna revolución burguesa en un país atrasado ni haber ninguna fase capitalista estabilizada de desarrollo anterior a una revolución proletaria. Los dos logros siempre citados como imposibles para una burguesía colonial eran la consecución de la independencia nacional y la solución de la cuestión agraria. La experiencia histórica de posguerra iba a ser más ambigua. El ejemplo de la revolución argelina parece contradecir la primera afirmación; el caso de la revolución boliviana, la segunda. Un tercer criterio, no mencionado tan a menudo, era el establecimiento de la democracia representativa (parlamentaria): treinta años de Unión India sugieren que esto también es posible. Se podrían utilizar argumentos secundarios para sostener que ninguno de los antiguos países coloniales ha satisfecho nunca los tres criterios, o que la verdadera independencia, la solución de la cuestión agraria y la democracia nunca han sido conquistadas en ningún país a causa del papel del imperialismo, la usura y la corrupción en ellos. Pero toda generalización indebida de los criterios que definen una revolución burguesa de este tipo tiende a convertir la teoría de la revolución permanente en una tautología (sólo el socialismo puede, por definición, rescatar completamente a un país del mercado mundial o resolver todos los problemas del campesinado), o exige pruebas de ella que nunca han dado ni siquiera los mismos países capitalistas avanzados (que tardaron siglos en llegar a la democracia burguesa, por ejemplo, con muchas regresiones si-

milares a las de la India contemporánea). Por lo tanto, el axioma de la «revolución permanente» debe considerarse indemostrado hasta ahora como teoría general. Tal vez podrían conjeturarse sus dificultades por su derivación literal de un texto de Marx de 1850. La fidelidad canónica a Marx de este género no puede ser una garantía de exactitud científica.

ii) Los escritos de Trotski sobre el fascismo constituyen el único análisis directo y elaborado de un Estado capitalista moderno en todo el marxismo clásico. Superior en calidad a todo lo escrito por Lenin, tratan, sin embargo, de algo que ha resultado ser una forma atípica de Estado burgués en el siglo xx, por importante que pueda haber sido históricamente su aparición en su tiempo. Para teorizar sobre la especificidad del Estado fascista como el más mortal enemigo de la clase obrera, Trotski, desde luego, tuvo que brindar elementos de una contrateoría del Estado demócraticoburgués, a fin de establecer el contraste entre ambos. Por ello, en sus escritos hay más consideraciones sobre la democracia burguesa que en los de cualquiera de sus predecesores. Sin embargo, Trotski nunca elaboró una explicación sistemática de ella. La ausencia de tal teoría parece haber tenido efectos determinantes sobre sus juicios políticos después de la victoria del nazismo. En particular, mientras que en sus ensayos sobre Alemania subrayaba la imperativa necesidad de ganar a la pequeña burguesía para una alianza con la clase obrera (citando el ejemplo del bloque contra Kornilov en Rusia), en sus ensayos sobre el Frente Popular descartaba a la organización tradicional de la pequeña burguesía local, el Partido Radical, por considerarlo meramente un partido de «imperialismo democrático» que en principio debía ser excluido de toda alianza antifascista. El mismo cambio es evidente en sus artículos sobre la guerra civil española, aunque con algunas reservas y correcciones. Luego, al comienzo de la segunda guerra mundial, Trotski condenó el conflicto internacional como una mera repetición interimperialista de la primera guerra mundial, en la que la clase obrera no debía optar por ninguna de las partes, pese al carácter fascista

de una de ellas y el carácter demócraticoburgués de la otra. Esta postura fue justificada mediante la afirmación de que, puesto que de todos modos en los años treinta el mundo imperialista marchaba hacia el desastre económico, la distinción entre las dos formas de Estado capitalista había dejado de tener importancia práctica para la clase obrera. Los errores de esta evolución teórica son evidentes. Los propios escritos anteriores de Trotski sobre Alemania son la mejor refutación de sus escritos posteriores sobre la guerra. Una vez que la URSS fuese atacada por Alemania, por supuesto, Trotski habría modificado su postura sobre el conflicto mundial. Pero el catastrofismo económico que parece haber motivado los errores de su fase final fue una constante de la III Internacional desde Lenin en adelante, y su fuente última, como hemos visto, era Marx.

iii) Trotski fue el primer marxista que elaboró una teoría de la burocratización de un Estado obrero. Su explicación de la situación de la URSS en los años treinta sigue siendo un logro magistral, por cualquier patrón que se la juzgue. Sin embargo, quizá inevitablemente, nunca exploró todas las implicaciones y paradojas de la idea de un «Estado obrero» que sistemáticamente reprimía y explotaba a la clase obrera. En particular, no era probable que la teoría, tal como él la legó, pudiera predecir o explicar el surgimiento de nuevos Estados de este tipo fuera de Rusia, en países donde no había un proletariado industrial similar (China) o no se había producido una revolución social semejante desde abajo (Europa oriental), y donde —no obstante— se creó un sistema histórico obviamente similar, sin ninguna generación anterior. La polémica posterior sobre la extensión de la noción de «estalinismo» iba a reflejar esta dificultad. Otro problema de la teoría general de Trotski sobre la naturaleza de un Estado obrero burocratizado iba a plantearlo su tesis de que era indispensable una «revolución política» coercitiva para restaurar la democracia proletaria allí donde había sido abolida por una casta usurpadora de funcionarios. Esta perspectiva ha sido repetidamente justificada por el curso de los acontecimientos en la URSS, en contra de las esperanzas de quienes, como Deutscher, creían en la

posibilidad de una reforma gradual y pacífica de la dominación burocrática desde arriba. Pero su premisa era, evidentemente, la preexistencia de una democracia proletaria original que había sido anulada y que, por ende, podía ser recuperada mediante una revuelta política inmediata. En China, Vietnam y Cuba, sin embargo, la idea de una «revolución política» parecía históricamente mucho menos convincente, dada la ausencia de soviets iniciales que restaurar. En otras palabras, en estos países se planteaba la difícil cuestión de «fechar» el momento en que podía juzgarse que una revolución política era un objetivo oportuno y no utópico. Trotski dejó pocas indicaciones de cómo podía ocurrir esto aun en Rusia. Y no ha habido prácticamente ninguna discusión sobre cómo podría o debería realizarse en China o Cuba. Así, quedan sin resolver algunos de los más importantes problemas implícitos en la noción de «Estado obrero» o en la de «revolución política».

Estos son, pues, algunos de los problemas canónicos que plantea todo estudio de la literatura clásica del materialismo histórico. Registrarlos no es en modo alguno faltar al respeto a los más grandes de sus pensadores. Sería absurdo imaginar que Marx, Lenin o Trotski podrían haber resuelto todos los problemas de su tiempo, por no hablar de los que aparecieron después de ellos. Que Marx no descifrara el enigma del nacionalismo, que Lenin no dilucidara la esencia de la democracia burguesa o que Trotski no predijera revoluciones sin soviets, no son motivos de sorpresa ni de censura. La talla de sus realizaciones no queda disminuida por ninguna lista de sus omisiones o errores. En verdad, puesto que la tradición que representan siempre se ocupó de las estructuras políticas y económicas —como no se ocupó de ellas el marxismo occidental, con su orientación típicamente filosófica—, los mismos temas reaparecen prácticamente como problemas universales ante todo militante socialista del mundo contemporáneo. Hemos visto cuán numerosos y acuciantes son ahora. ¿Cuál es la naturaleza constitutiva de la democracia burguesa? ¿Cuáles son la función y el futuro de la nación-Estado? ¿Cuál es el ca-

rácter real del imperialismo como sistema? ¿Cuál es el significado histórico de un Estado obrero sin democracia obrera? ¿Cómo puede llevarse a cabo una revolución socialista en los países capitalistas avanzados? ¿Cómo puede hacerse del internacionalismo una práctica genuina, no meramente un ideal piadoso? ¿Cómo puede evitarse en los antiguos países coloniales el destino de revoluciones anteriores en situaciones similares? ¿Cómo pueden ser atacados y abolidos los sistemas establecidos de privilegios y opresión burocráticos? ¿Cuál sería la estructura de una auténtica democracia socialista? Estos son los grandes problemas por resolver que constituyen el orden del día más urgente para la teoría marxista actual.

## INDICE DE NOMBRES

- Adorno, Theodor, 37 y n. (4), 39, 45-47, 58-59, 65, 69-70, 75, 79, 84, 88, 89, 91, 92, 95, 101, 102 n. (19), 104, 110, 111, 129 n. (13)
- Albania, 35
- Alemania, 2, 7-13, 15, 18-22, 24, 25, 30-32, 35, 37-39, 42-48, 51 n. (16), 57, 60, 62, 65, 72, 120, 123, 124, 126, 141, 144, 145
- Althusser, Louis, 1, 37, 38, 52, 53, 57, 58, 64, 65, 67, 69, 70, 74, 75, 77, 81-85, 88-92, 97, 104-106, 110, 111, 113, 119, 126, 134 n. (1)
- Archivos para la Historia del Socialismo y el Movimiento Obrero*, 31, 45
- Argelia, 57, 59
- Aristóteles, 80
- Austria, 15, 18, 25, 26, 30-33, 64, 123, 129
- Axelrod, Paul, 99
- Bachelard, Gaston, 74, 75
- Baran, Paul, 61
- Baudelaire, Charles, 95, 97 n. (11)
- Bauer, Otto, 14, 15, 17, 22, 26, 32, 33, 64, 128
- Bélgica, 123
- Benjamin, Walter, 37-39, 50, 65 n. (1), 70, 95, 96 n. (5), 112, 129 n. (13)
- Bernstein, Eduard, 12 n. (3), 21
- Bogdanov, Alexander, 75 n. (19)
- Böhm-Bawerk, Eugen von, 17, 32
- bolchevismo, 15, 22, 27, 29, 123, 129, 141
- Brecht, Bertolt, 95, 97
- Bujarin, Nicolás, 14, 15, 18, 22 n. (11), 24, 29, 32, 38
- Bulgaria, 35
- Canguilhem, Georges, 74 n. (14)
- Cassano, Franco, 56 n. (21)
- Cerroni, Umberto, 55
- Colletti, Lucio, 37, 39, 55, 56, 58, 60, 64, 65, 77, 80, 81 n. (28), 84, 88-91, 92 n. (51)
- Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, 12, 15, 24 n. (13)
- Copérnico, Nicolás, 137
- Cornu, Augusto, 52
- Cremonini, Leonardo, 97
- Croce, Benedetto, 40, 73
- Cuba, 59, 146
- Checoslovaquia, 30, 35
- China, 52, 126, 128, 145, 146
- De Beauvoir, Simone, 51
- Deborin, Abram, 82 n. (30)
- Della Volpe, Galvano, 37 n. (4), 39, 54-56, 65, 66, 69, 70, 74 n. (15), 80, 88-90, 96, 98 n. (115)
- De Sanctis, Francisco, 73
- Descartes, René, 77, 82 n. (30)
- Deutscher, Isaac, 122, 124, 142, 145



- Die Neue Zeit*, 12, 24 n. (13), 86  
 Dilthey, Wilhelm, 72
- Engels, Friedrich, 8-13, 17, 18, 21, 31, 40 n. (4), 48, 52, 53, 76, 77, 81 n. (30), 86, 90, 94, 107 n. (31), 112, 114 n. (40), 128, 129, 136, 140  
 Escandinavia, 127  
 España, 30, 39, 40, 56, 121, 124, 144  
 Estados Unidos, 11, 33, 35, 42, 44, 46, 47, 57, 59-62, 65 n. (1), 122, 124, 127, 142
- fascismo, 30, 35, 39, 43, 55, 60, 102, 112; véase *nazismo*  
 Feuerbach, Ludwig, 8, 68, 77, 78, 89  
 Fiori, Giuseppe, 44 n. (7)  
 Flaubert, Gustavo, 74, 96  
 Francia, 2, 30, 35, 37-39, 47-52, 57, 60, 62, 65 n. (1), 66, 67, 70, 73, 79, 86, 91, 96, 110, 118-121, 124, 126, 141  
 Francfort, Escuela de, 31, 32, 44-47, 57, 64, 73, 91, 92 n. (31), 101, 103, 110, 111, 116 n. (41)  
 Frente Popular, 47, 50  
 Freud, Sigmund, 73-75, 103-106  
 Friedmann, Georges, 48
- Galiani, Fernando, 106, 107  
 Galilei, Galileo, 80, 137  
 Genet, Jena, 96  
 Goethe, Wolfgang, 95  
 Goldmann, Lucien, 37, 39, 65, 74, 84, 88, 89, 95  
 Gramsci, Antonio, 1, 36, 38, 40 n. (4), 41-44, 54, 57, 59, 65 n. (1), 70, 71, 73, 74, 85, 88, 94, 96, 97, 99-101, 109-112, 119, 129, 130
- Gran Bretaña, 2, 8, 35, 40, 62, 118, 121, 122, 126, 127, 130 n. (14), 142  
 Grecia, 56  
 Grossmann, Henryk, 32, 33, 45, 62 n. (25), 129 n. (13)  
 Grünbert, Carl, 31, 45  
 Guerra Mundial, I, 14, 17, 19, 21, 22, 27, 38-41, 144; II Guerra Mundial, 33, 35, 39-41, 57, 60, 62, 65, 87, 122-124, 144  
 Guterman, Norbert, 48, 66
- Hamerow, Theodore, 9 n. (1)  
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 8, 51, 68, 69, 77-80, 89, 90, 92  
 Heidegger, Martin, 51 n. (16), 74  
 Hilferding, Rudolf, 14, 15, 17, 22, 33, 45, 64  
 Hindness, Bary, 134 n. (1)  
 Hirts, Paul, 134 n. (1)  
 Hitler, Adolf, 45, 123 n. (9)  
 Hjemslev, Louis, 74 n. (15)  
 Hobbes, Thomas, 108 n. (32)  
 Holanda, 46  
 Horkheimer, Max, 37, 38 n. (2), 45, 46, 50, 84, 89, 101, 102 n. (19), 111, 116 n. (41)  
 Horthy, Miklos, 43  
 Hume, David, 77, 80  
 Hungría, 25, 26, 30, 35, 37, 42, 43, 51, 53, 55, 57, 59, 64, 65 n. (1)  
 Husserl, Edmund, 73
- India, 143  
 Instituto de Investigación Social. Véase *Francfort, Escuela de*  
 Instituto Marx-Engels (Moscú), 24, 31, 65, 122  
 Internacional, I, 8, 9; II, 8, 22, 37, 65, 81 n. (28) y (30), 86,

- 98, 116; III, 27, 29, 30, 44, 57, 87, 115, 127, 142, 145; IV, 121-123  
 Italia, 2, 26, 27, 30, 34, 38, 39, 42-44, 53-58, 60, 62, 65 n. (1), 66, 73, 74 n. (15), 80, 85, 91, 97, 106, 114 n. (40), 118, 126
- Jameson, Frederic, 98 n. (14)  
 Japón, 62, 119  
 Jaspers, Karl, 51 n. (16)  
 Jaurès, Jean, 48  
 Jay, Martin, 44 n. (8)
- Kalecki, Michal, 62 n. (25)  
 Kant, Immanuel, 77, 80, 81 n. (28), 84, 93  
 Kautsky, Karl, 11, 12, 15-17, 21, 22, 64, 75 n. (19), 86, 116  
 Keynes, John Maynard, 61, 62 n. (25)  
 Kierkegaard, Søren, 79, 80, 93  
 Kojève, Alexandre, 51  
 Korsch, Karl, 36, 37 n. (4), 38, 41, 42, 44, 64, 65, 68, 76, 89, 119  
 Koyré, Alexandre, 51 n. (16)
- Labriola, Antonio, 11, 12, 15, 26, 40 n. (4), 54, 78 n. (21), 87, 114, 129 n. (13)  
 Lacan, Jacques, 74, 75 n. (18)  
 Lask, Emil, 72  
 Lefebvre, Henri, 37, 39, 48-51, 58, 65, 66, 75, 84, 96  
 Leibniz, Gottfried Wilhelm, 77  
 Lenin, Vladimir Ilyich, 14-24, 27-29, 38, 63, 64, 73 n. (12), 75 n. (19), 78 n. (21), 87, 90, 114, 119-120, 122, 127, 128, 130, 136, 137, 140, 141, 144, 145  
 Leopardi, Giacomo, 114 n. (40)  
 Levi, Paul, 25 n. (14)  
 Lincoln, Abraham, 139
- Lukács, Georg, 1, 36-38, 41-44, 50, 53, 57, 58, 64, 65, 67, 68, 69, 72, 74, 76, 78, 79, 84, 88, 89, 98 n. (15), 119, 129 n. (13)  
 Luxemburgo, Rosa, 14, 15, 17, 20, 22, 24, 25, 32, 45, 62 n. (25), 64, 87, 129 n. (13)
- Mach, Ernst, 75 n. (19)  
 Machiavelli, Niccolo, 85, 99  
 Mahler, Gustav, 95  
 Mallarmé, Stéphane, 96  
 Malraux, André, 96  
 Mandel, Ernest, 123, 124  
 Mann, Thomas, 95  
 Marcuse, Herbert, 1, 37-39, 45, 47, 57, 58, 65, 67, 69, 73, 74, 75, 77, 79, 84, 88, 89, 96, 103, 104, 110, 111, 129 n. (13)  
 Martov, Julius, 24 n. (13)  
 Marx, Karl, 7-22, 23, 31, 33, 48, 52, 63, 65-69, 75-86, 89, 91, 92, 94 n. (1), 98, 99 n. (15), 106, 107, 112, 114, 115, 128-130, 134-138, 144-146  
 Mehring, Franz, 11-13, 15, 22, 52, 129 n. (13)  
 Merker, Nicolo, 55  
 Merlau-Ponty, Maurice, 51, 67  
 Mondolfo, Rodolfo, 54  
 Montesquieu, Charles de Secondat, 84, 93  
 Morris, William, 12 n. (3)  
 Moszkowska, Natalie, 32, 33, 62 n. (25)  
 Mussolini, Benito, 30
- Napoleón III, 138  
 nazismo, 32, 33, 35, 43, 45-47, 65, 120-122, 124, 144  
 Nietzsche, Friedrich, 84  
 Nizan, Paul, 48-50
- Octubre, revolución de, 1, 22-27, 38, 56, 99, 119, 129, 144  
 Oposición de Izquierda, 43, 125

- París, Comuna de, 8, 9, 14  
 Partido Comunista Alemán (KPD), 15, 25, 30, 42, 44-47, 57  
 Partido Comunista Francés (PCF), 39, 48-51, 53, 57, 118  
 Partido Comunista Húngaro, 41, 42, 49 n. (12)  
 Partido Comunista Italiano (PCI), 39, 42, 43, 54-56, 59, 60, 94 n. (1)  
 Partido Comunista Polaco, 32, 62 n. (25), 121  
 Partido Comunista Soviético, 29, 43, 51, 52, 57  
 Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), 12, 15, 21, 45, 46, 65  
 Partido Socialdemócrata Polaco, 15  
 Partido Socialista Francés, 48  
 Partido Socialista Italiano (PSI), 12, 27, 38, 114 n. (40)  
 Pascal, Blaise, 84, 93  
 Pasquali, Giorgio, 114 n. (40)  
 Piaget, Jean, 74  
 Pietranera, Giulio, 55  
 Platón, 77  
 Plejánov, Georgy, 11, 13, 15, 22, 81 n. (30), 87, 99, 129 n. (13)  
 Politzer, Henri, 48, 49, 84 n. (41)  
 Polonia, 21, 27, 32, 35, 62 n. (25), 121  
 Portugal, 30  
 Preobrazhenski, Evgeni, 14, 15, 24, 29  
 Procacci, Giuliano, 16 n. (9)  
 Proudhon, Pierre Joseph, 8
- Racine, Jean, 96  
 Revai, Josef, 70 n. (9)  
 Riazanov, David, 23, 29, 45, 52, 64, 65, 122  
 Ricardo, David, 69, 94 n. (1), 107, 139
- Riechers, Christian, 54 n. (20)  
 Rosdolsky, Roman, 122-124  
 Rossi, Pietro, 55  
 Rousseau, Jean-Jacques, 81, 93  
 Rumania, 36  
 Rusia, 11, 15-30, 63, 87, 99, 100, 121, 128, 140, 141, 143; véase URSS
- Sartre, Jean-Paul, 1, 37, 39, 49 n. (13), 51, 58, 65, 67, 69, 70, 73, 74, 77, 79, 85, 88, 89, 91, 96, 106, 107, 109, 111, 113, 126  
 Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph, 84, 93, 101  
 Schiller, Friedrich, 66  
 Schumpeter, Joseph, 26 n. (15), 75  
 Scott, Walter, 95  
 Sève, Lucien, 70 n. (9)  
 Simmel, Georg, 72  
 Solzhenitsin, Alexander, 95  
 Sorel, Georges, 86  
 Spinoza, Baruch, 81-84, 93, 106  
 Straffa, Piero, 94 n. (1), 139  
 Stalin, José Vissarionovich, 29, 36, 115, 120, 123 n. (9), 128, 129  
 Sternberg, Fritz, 32  
 Suiza, 33 n. (19), 37, 39, 46, 74  
 Sweezy, Paul, 33, 61, 75, 129 n. (13)
- Tarback, Ken, 18 n. (10)  
 Timpanaro, Sebastiano, 77 n. (20), 114 n. (40)  
 Tintoretto, Jacopo, 96  
 Togliatti, Palmiro, 43  
 Tomás de Aquino, 77  
 Trotski, Leon, 14, 15, 19, 21, 22 n. (11), 23, 24, 27, 29, 107 n. (30), 119-124, 128, 142-146  
 Tugan-Baranovski, Mikhail, 26 n. (13), 33  
 Turati, Filippo, 12 n. (4)

- Ucrania, 26 n. (19), 122, 124  
 Unamuno, Miguel de, 40 n. (4)  
 URSS, 28-31, 34-36, 41-44, 56, 57, 59, 65, 107 n. (30), 115, 119-122, 124-126, 140, 141, 145, 146
- Wilamowitz, Ulrich von, 114 n. (40)  
 Williams, Raymond, 130 n. (14)  
 Yugoslavia, 36, 56
- Wagner, Richard, 95  
 Weber, Max, 16 n. (9), 72
- zhdanovismo, 50, 54